



NO PUEDES SER MI JEFE

Dina Reed

NO PUEDES SER MI JEFE

DINA REED

©Dina Reed, marzo, 2021

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStockby Getty Images iStock.com/HASLOO

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[EPÍLOGO](#)

NOTA DE LA AUTORA

SINOPSIS

Audrey Lacer pasó una semana de vacaciones, de puro sexo y diversión, junto a un surfero llamado Duncan.

Luego, se dijeron adiós y no volvieron a saber el uno del otro hasta que, seis meses después, Audrey encuentra un trabajo de asistente de dirección en Nueva York y descubre que Duncan es su jefe.

El surfero que aún conserva las pulseras que ella le regaló y que se queda estupefacto al verla entrar en su oficina.

Y viceversa, pues Audrey jamás habría imaginado que el misterioso Duncan Stone, el dueño de una compañía de aviones privados, cuyo rostro nadie conoce, iba a ser el cañonazo con el que pasó sus mejores vacaciones.

Duncan tampoco espera que la elegida por la agencia para ser su asistente sea la chica con la que pasó sus días más felices, si bien lo de Malibú debe quedar atrás, y más cuando él acaba de comprometerse por mero interés con Dafne Morgan, la heredera de una cadena hotelera de lujo.

Audrey le asegura que lo del verano está más que olvidado y le recuerda que ella pasa del amor, así que no tiene nada que temer.

Todo es perfecto y los dos empiezan a trabajar estrechamente hasta que al poco saltan las chispas otra vez. Y lo peor es que no solo es atracción, es que también hay algo más...

Porque hay demasiado en juego y, no es precisamente el poder o el dinero, es algo mucho más importante.

El amor. Ese amor con el que no contaban, pero que están sintiendo muy a su pesar. ¿Se arriesgarán a ir más allá? ¿O se quedarán al borde del precipicio?

Capítulo 1

Audrey entró en el despacho del señor Stone, en uno de los rascacielos más elegantes de Midtown, a las ocho de la mañana en punto, de un lunes de primeros de febrero, y saludó al joven que estaba mirando por el ventanal cómo no paraba de nevar.

—¡Buenos días! —saludó Audrey, convencida de que ese joven no podía ser el señor Stone.

Y es que, a pesar de que era un misterio todo lo que rodeaba a la figura de Duncan Stone, porque no concedía entrevistas, no había publicada ni una sola foto suya y ni siquiera tenía perfil profesional en LinkedIn, Audrey suponía que ese hombre tendría unos sesenta años y, en cualquier caso, jamás tendría la planta del tío que tenía delante.

Porque era un joven de unos treinta años, alto, moreno, con un cuerpazo espectacular, buen corte de pelo, abundante y liso, y una voz profunda que era como para derretirse ahí mismo.

Pero Audrey no se derritió, porque no estaba ahí para eso...

—¡Buenos días! ¡Menudo día! ¿Le ha costado mucho llegar? —preguntó el señor Stone sin despegar la vista del ventanal y con cierto desdén.

No en vano, esta era la octava asistente que iba a contratar en seis meses y estaba más que hartó.

Desde que la señora Carter se había jubilado no había vuelto a encontrar a nadie que estuviera a su altura.

De hecho, todas las asistentes que habían venido después de ella, por desgracia, habían salido despavoridas a las pocas semanas de trabajo duro y muy intenso.

Él no sabía hacerlo de otra manera...

Y suponía que con la chica que acababa de enviarle la agencia iba a pasarle lo mismo.

Tanto era así, que ni se había molestado en ojear su currículum, para qué, si ya sabía lo que iba a suceder con ella.

—He venido en metro —respondió Audrey a ese tío que no tenía ni idea de quién era.

¿Tal vez el hijo del señor Stone?

Porque el traje azul oscuro que llevaba, y que le quedaba perfecto, tenía pinta de ser carísimo.

El caso fue que ese joven replicó, sin demasiado entusiasmo, justo antes de darse la vuelta:

—Es lo más inteligente que se puede hacer estos días. Nueva York cuando nieva es...

Duncan no pudo acabar la frase, ya que en cuanto se giró y comprobó quién era la chica que tenía en frente se quedó atónito.

—¡No! —exclamó Audrey que estaba tan perpleja como él.

Y es que no podía creerlo. Aquello no podía ser. Era imposible.

Y Duncan estaba pensando otro tanto de lo mismo, porque la chica que tenía enfrente no podía ser ella.

La mujer con la que había pasado el mejor verano de su vida...

—¿Audrey? ¿Tú eres la Audrey que me envía la agencia como asistente de dirección?

Audrey se encogió de hombros, resopló y luego asintió sin salir de su asombro:

—Yo soy Audrey Lacer. Pero tú no puedes ser el señor Stone. O al menos, el señor que Stone

que es dueño de la compañía. Tú debes ser Duncan Stone, hijo; o el sobrino del señor Stone, o...

Duncan sonrió divertido, pues se alegraba muchísimo de que Audrey estuviera de nuevo en su vida, y replicó:

—Soy el único Duncan Stone, soy el dueño de la compañía Dunfly.

Audrey se quedó boquiabierta, puesto que no podía ser que el chico con el que había pasado la mejor semana de su vida fuera a ser su maldito jefe:

—No, o sea, no. Es que no me lo puedo creer.

Duncan se cruzó de brazos y preguntó sin dejar de sonreír:

—¿Por qué te cuesta tanto creer que la compañía sea mía?

Audrey sabía que era un chico listo, pero había tantos chicos en Nueva York que estaban sirviendo mesas que replicó:

—Estaba convencida de que el señor Duncan tendría la edad de mi padre o más. ¿Cómo demonios puedes tener una compañía de aviones privados con treinta años?

Duncan se quedó mirándola, con esa coleta tirante, un traje sastre marrón, botines de tacón cuadrado y un bolso de lo más anodino, y no pudo evitar preguntar:

—¿Y tú? ¿Cómo has podido vestirme así?

Audrey le miró con el ceño fruncido y replicó mosqueada:

—¿Así cómo?

—Como si fueras una chica aburrida, formal y gris.

—Es un traje de corte recto, elegante y serio. Visto como se supone que tiene que hacerlo una asistente de dirección. Te recuerdo que esto no es Malibú.

A Duncan se le encendió la mirada y se le fue la sangre a la entrepierna de solo escuchar la palabra Malibú.

—Si esto fuera Malibú, ahora mismo estaríamos follando contra esa pared —masculló Duncan, sin dejar de mirarla.

Audrey sintió que un calor súbito se le subía hasta el rostro y repuso:

—¿Qué?

—Lo que pasó entre nosotros fue muy intenso. Una atracción salvaje. La más bestia que he tenido en mi vida. Así que si esto fuera Malibú...

—Ya, pero no lo es —se apresuró a decir Audrey.

—No. No lo es. Y además estoy prometido —dijo Duncan, clavando la mirada en la de ella.

Audrey sintió un escalofrío extraño al notar la mirada de Duncan, tragó saliva y replicó forzando la sonrisa:

—Eso es genial. Pero ¿tú no eras el que no creías en el amor?

Duncan, que no podía dejar de mirarla, sintió también algo extraño y unas ganas absurdas de volver a besarla.

Pero no le dio la menor importancia y replicó sonriendo también:

—No me caso por amor. Me caso por placer y por negocios.

Audrey levantó una ceja de pura perplejidad y repuso:

—Lo del matrimonio por interés ¿no es algo que está pasadísimo de moda?

—Yo no sigo las modas. Y ahora siéntate, por favor, y echemos un vistazo a tu currículum.

Duncan le señaló la silla que estaba frente a él, Audrey se sentó y él hizo lo mismo en su sillón giratorio de piel negra, moderno, funcional y elegante.

—¿Todavía no te ha dado tiempo a echarle un vistazo?

Duncan abrió la carpeta donde estaba el currículum de Audrey y respondió con la misma

sinceridad que ella estaba gastando con él:

—Las asistentes no me duran demasiado y pensé que tú serías una más.

—¿Qué pasa que en la agencia te mandan a todas las incompetentes o es que tú eres un jefe tocapelotas que no hay Dios que te aguante?

Duncan levantó la cabeza de la carpeta y se echó a reír, porque le encantaba cómo era esa chica.

—¿Ves? Tú ropa no tiene nada que ver con cómo eres. Una chica que no tiene pelos en la lengua jamás se pondría ese traje marrón tan feo. ¿De dónde diablos lo has sacado?

Audrey bufó, dio un manotazo al aire y replicó tras fijarse en que Duncan seguía llevando en su muñeca las pulseras de cuentas de madera que le había comprado en un puesto callejero en Malibú:

—¿Qué pesadito estás con mi traje! Y ahora responde: ¿por qué no aguantan las asistentes ni dos tardes?

—No te pases, tampoco salen por piernas en cuanto me ven, pero sí al cabo de unas semanas porque soy un jefe cabrón, exigente, duro y sí, muy tocapelotas.

Audrey que no daba crédito, porque la verdad era que le costaba creer que el surfero jodidamente divertido y *sexy* que había conocido en Malibú fuera todo un señor don importante, replicó:

—Supongo que por ser como eres has logrado el exitazo que tienes con tu compañía.

—Trabajo muy duro, pero también he tenido suerte.

—Me temo que en tu caso la suerte tiene que ver mucho con el talento también —observó Audrey.

Y es que le había conocido lo suficiente como para saber que era un tío muy talentoso, y no solo en la cama...

—¿Me estás haciendo la pelota, señorita Lacer? Por cierto, si supieras la de veces que me pregunté cómo te apellarías...

—Jajajaja. A mí también me despertaba mucha curiosidad saber cuál sería tu nombre completo. Pero como decidimos que era mejor que lo nuestro fuera sin preguntas...

Duncan sonrió de solo recordar otra vez aquellos días tan felices y afirmó:

—Y fue genial. Pero ahora que vas a ser mi asistente voy a tener que hacerte unas cuantas preguntas.

Audrey sonrió de oreja a oreja y repuso:

—Y yo a ti, señor Stone...

Capítulo 2

Duncan echó una ojeada rápida al currículum de Audrey mientras le pedía:

—Empieza tú con las preguntas, por favor.

Audrey se revolvió en el asiento y preguntó al tiempo que no salía de su asombro:

—¿Cómo un tío que tiene pinta de ser un camarero buenorro aspirante a actor o un *rider* es, en realidad, un millonitis que dirige una compañía de aviones privados?

Duncan soltó una carcajada, apartó el currículum a un lado y respondió ajustándose el nudo de la corbata:

—¿Tengo pinta de camarero a pesar del espectacular traje italiano?

Audrey negó con la cabeza divertida y respondió para que quedara claro lo que quería decir:

—A lo que me refiero es a que jamás habría imaginado que fueras el dueño de una compañía. Yo pensaba que eras un chico normal.

—¿Normal? —inquirió Duncan con una cara de diablo tremenda.

Audrey pensó que solo había que echarle una ojeadita para darse cuenta de que muy normal no era, y se sorprendió a sí misma diciendo:

—Y *sexy*.

—Jajajajajaja.

—No te rías. ¡Es la verdad! Eres *sexy*. Muy *sexy*. Tremendamente *sexy*. Pero yo estaba convencida de que serías pues eso... Un aspirante a actor, un dependiente de tienda de ropa, una cosa normal. Y no esto... —aseguró echando un vistazo rápido a esa oficina de impresión.

—¿Tienes algún problema con que sea el dueño de una compañía aérea privada? —preguntó Duncan con esa voz suya tan arrebatadora y ese descaro en la mirada.

—¿Tienes algún problema con que vaya a ser tu asistente? —inquirió Audrey arqueando una ceja.

Duncan se recostó en el asiento, negó con la cabeza y reconoció:

—Tienes un currículum impecable. No te pega para nada haber estudiado Economía y Finanzas en la Universidad de Chicago.

—Soy de Chicago. ¿Y qué es lo que me pega haber estudiado según tú? —quiso saber Audrey entornando los ojos.

—Bellas Artes, Historia del Arte, Literatura... Algo loco y creativo.

—Yo también te imaginaba a ti en un sector más creativo.

—Y ya ves, también he estudiado Economía y Finanzas, pero en Yale —informó Duncan, que se lo estaba pasando genial.

—No. Jajajajaja. ¡No puede ser! ¿Y cómo se te ocurrió montar un negocio como este? Y lo más importante ¿de dónde sacaste la pasta?

Duncan se echó el pelo a un lado, sonrió con esa sonrisa perfecta, de dientes blancos y largos, y respondió:

—Si estás pensando que soy un niño de papá: lo soy. Mi padre es Denis Duncan, el inversionista multimillonario que se hizo a sí mismo y cuya trayectoria se estudia en todas las

universidades del país. Pero también tengo que decir en mi defensa que papá no me ha dado un céntimo para montar esto. Lo que sí tengo que agradecerle es que me diera sabios y valiosos consejos, desde que era un enano, que he aplicado a conciencia. He sabido mover bien mi dinero desde que, con siete años, empecé a lavar coches en mi barrio residencial de lujo. Luego, fui encadenando trabajos y negocios que no voy a detallar para no aburrirte, pero el caso fue que, con veinte años, y al tiempo que estudiaba, entré a trabajar en una gran compañía de inversiones. Con veintitrés era director general y tenía tanta pasta que me compré mi primer avión privado. Sé que todo esto puede sonar un tanto presuntuoso, pero te juro que es cierto.

Audrey se encogió de hombros y dijo exactamente lo que estaba pensando:

—Me suena a ciencia ficción. Yo tengo veintiséis años, estudié lo mismo que tú y mis ahorros no me dan ni para comprarme un bolso bueno.

Duncan, sin pretender ser paternalista, porque lo detestaba, replicó:

—Aprendí mucho de mi padre y he tenido suerte. Ya te lo he dicho. Partía con ventaja. Pero tú también has hecho cosas, acabo de leer que has sido repartidora, cajera, dependienta y en los últimos dos años has sido ayudante del chef Antoine en París.

—He hecho un poco de todo —replicó levantando la barbilla con orgullo, porque, aunque ella no hubiera montado una empresa como la de él, había trabajado como una mula.

—No me sorprende que hayas trabajado con Antoine, porque en la vida he probado unos platos tan exquisitos como los tuyos.

A Audrey le entró un calor súbito de solo recordar el día que ese hombre se comió uno de sus postres sobre su piel desnuda. Qué vergüenza, pensó. Mira que recordar aquello en ese instante...

Pero sí, con él había hecho esas cosas y le había cocinado un montón de platos, pues la semana que estuvieron juntos habían salido de la cama lo justo para prepararse la comida o ir a la playa a surfear.

Y es que, desde el primer día que se liaron en la playa, ella se instaló en el apartamento de él, que era mucho más grande y más lujoso. Y de allí no salió hasta que pasó una semana...

Y qué semana.

Audrey sentía calores en todo el cuerpo de solo recordarlo...

Y no había noche que no lo recordara...

Claro que eso era un secreto que no se lo pensaba confesar a nadie y mucho menos a él.

—Me encanta cocinar. Para mí fue un sueño poder trabajar junto Antoine —reconoció.

Y tras decir esto puso una cara tan rara, mezcla de decepción, frustración y pena que Duncan le preguntó:

—¿Y qué pasó? ¿Era un jefe cabrón?

Audrey, con esa cara tan extraña, respondió con la vista clavada en el suelo:

—Era exigente, duro, borde, estricto, puntilloso, perfeccionista y me enamoré hasta las trancas de él.

Duncan, que en absoluto esperaba que Audrey se arrancara con esa confesión, replicó:

—¿Y qué pasó?

A Audrey le entró un agobio tremendo de solo recordar a Antoine, negó con la cabeza y se excusó:

—Me temo que estoy hablando demasiado. Esto se supone que es una entrevista de trabajo. No creo que sea adecuado ponerme a hablar de mi vida privada.

Duncan resopló, le clavó su mirada azul y le recordó por si acaso lo había olvidado:

—Estás hablando demasiado porque tuvimos Malibú. Fue algo muy especial y aunque las

reglas estaban claras: nada de preguntas, sin compromiso y demás; lo que pasó fue muy bonito. ¿No crees?

Audrey asintió, levantó la vista y repuso con sinceridad:

—Sí, fue bonito, pero yo estaba convencida de que no iba a verte en la vida. Y ahora, mira... Vas a ser mi jefe. Eso lo cambia todo. No pienso contarte mi vida íntima. Estoy aquí para trabajar duro y nada más. No he venido a hacer amigos.

Audrey apretó fuerte las mandíbulas al tiempo que le sostenía la mirada, esa mirada de Duncan que era preciosa, porque era azul como un mar bravo, intensa, apasionada, sagaz...

Y luego era tan guapo, con ese pelo abundante de color castaño oscuro, la frente amplia, las cejas tupidas y naturales, la nariz recta, la boca en su punto justo, el mentón marcado...

Pero a ella eso le tenía que dar lo mismo y más cuando él repuso:

—Me parece perfecto. Yo estoy aquí para lo mismo, por eso me gustaría saber si eres la típica chica que se enamora de su jefe, se obsesiona y acaba liándola parda.

Audrey se quedó mirándole perpleja y, muy molesta, replicó:

—Me estás ofendiendo, señor Stone. Yo soy una chica profesional y seria que se enamoró de su jefe, que lo dio todo en el trabajo y por la relación, que trabajó hasta la extenuación, que luchó por ese maldito amor, a pesar de que Antoine es una persona muy difícil, con un carácter horrible. Pero un buen día, me lo encontré follando con una camarera y sí, se la lie parda. Luego, me fui a casa, hice las maletas y volví a Chicago. Estuve dos meses rota de dolor y mis padres me vieron tan mal que me pagaron una semana de vacaciones en Malibú. Iba a ir con mi amiga Kate, pero no le dieron permiso en su trabajo, así que me fui sola y el resto de la historia ya la sabes.

Duncan se sintió un auténtico cretino, cogió su pluma y creyó conveniente decir:

—Lo siento.

Audrey le miró con los ojos llenos de lágrimas y agradeció su disculpa:

—Está bien. Y desde luego que no tienes que preocuparte por si me enamoro de ti. He aprendido con sangre la lección y jamás tendría nada con nadie del trabajo. Aparte de que ya no creo en el amor...

A Duncan le dio rabia que esa chica que parecía tan romántica dejara de creer por ese cerdo:

—¿Solo porque ese tío te decepcionó vas a dejar de creer?

—Sufrió demasiado. Me niego a volver a pasar por aquello.

—Pero hay hombres decentes y fieles con los que podrías ser muy feliz.

—No sé dónde están... Y me da exactamente lo mismo. A mí ya solo me interesa divertirme, como me divertí contigo. Pero tranquilo que lo nuestro jamás volverá a repetirse.

Duncan se quedó mirándola y le entraron unas ganas tan absurdas de besarla que se puso a garabatear algo en un informe y masculló:

—Exacto. Jamás en la vida.

—Tengo muy claro que eres mi jefe y además estás comprometido.

Duncan levantó la mirada y replicó tras fruncir los labios:

—Estupendo. Este punto había que aclararlo para sentar bien las bases de lo que va a ser nuestra relación.

El punto estaba aclarado, sin embargo, ese gesto de los labios a Audrey le puso cardiaca.

Era absurdo, pero era así...

—Bien —farfulló ella.

Y Duncan, de repente, se vio preguntando algo que sonó rarísimo:

—¿Y después de lo de Malibú has seguido divirtiéndote mucho?

—¿Cómo? —preguntó Audrey, dando un respingo en su silla.

Duncan se puso serio al tiempo que se sentía un imbécil por haber preguntado semejante cosa y especificó:

—En el trabajo... He visto en tu currículum que, después de Malibú, estuviste seis meses trabajando en una empresa de cáterin de Chicago.

—¡Ah! Sí. Aprendí mucho, pero no pagaban tan bien como tú. Y necesito el dinero. Ahora sé lo que quiero y voy a por ello. Me pasa igual que con los chicos, aunque si te soy sincera, después de lo de Malibú no he vuelto a estar con nadie. ¡Y estoy fenomenal así!

Duncan sonrió de oreja a oreja y dijo para su pasmo más absoluto:

—¡Genial!

Capítulo 3

Audrey se echó a reír y le preguntó con mucha curiosidad:

—¿Qué es lo que te parece tan genial que tenga las cosas claras, lo de los chicos o qué?

A Duncan le parecía todo de maravilla, pero él se limitó a responder:

—Me encanta que hayas escogido mi empresa para desarrollarte profesionalmente. Supongo que has decidido dejar atrás el mundo de la gastronomía y el cáterin y que quieres cambiar de sector.

Audrey negó con la cabeza y se lanzó a contarle sus planes:

—No. Me apasiona la cocina: es lo mío. Estudié Economía y Finanzas con vistas a montar un negocio relacionado con la gastronomía, luego me fui a aprender el oficio a París con el mejor y estos últimos meses lo he aprendido todo sobre el cáterin. Mi idea ahora es montar mi propia empresa de cáterin, pero para eso necesito dinero y esa es la razón por la que estoy aquí. Cuando vi tu oferta de trabajo y lo bien pagado que está, ni me lo pensé. Además, tengo la suerte de que mi amiga Kate está en Nueva York, en casa de su tía Doris, y no tengo que pagar ni un céntimo por el alojamiento.

Duncan, que estaba escuchándola con suma atención, no pudo evitar preguntar porque él era básicamente un hombre de acción:

—¿Y por qué no te buscas un inversor y te lanzas de una vez con tu negocio?

Audrey se encogió de hombros y replicó tras resoplar un poco:

—No quiero tener socios. No quiero que nadie me diga qué es lo que tengo que hacer, ni cómo, ni cuándo, ni dónde. Quiero que el negocio sea mío. No quiero injerencias. Es mi sueño y solo yo quiero llevarlo a cabo.

—Pero hacerlo de esa manera te va a costar mucho más tiempo y esfuerzo.

—Lo sé. Y no me importa. Trabajaré duro. Ahorraré todo lo que pueda. Pediré luego un crédito y me lanzaré yo sola. Son mis reglas.

Duncan sonrió encantado de escucharla hablar con esa determinación y esa fuerza. Le gustaba la gente que sabía lo que quería y que iba hasta el final. Y, sin duda, Audrey Lacer era una de esas personas:

—Me agrada mucho que estés en mi equipo. Me gusta la gente como tú, que tiene las ideas y las metas bien claras.

Audrey se atusó una ceja y repuso convencida de que ese era el momento de hablarlo todo:

—¿Aunque eso suponga que no vaya a desarrollar una carrera a largo plazo en tu empresa?

—Con que me dures más de seis meses, estaré más que satisfecho.

—Espero que sí. Calculo que con un par de años será suficiente para juntar el dinero que necesito.

—Jajajajaja. ¿Crees que vas a aguantar dos años a mi lado? Me temo que soy mucho más cabrón, exigente y perfeccionista que tu chef Antoine.

—¡No digas eso de tu chef, por favor! —exigió Audrey con una cara de asco tremenda.

—Lo siento. Pero vamos, te aseguro que va a ser muy jodido. No soy un jefe fácil. La única que

me soportaba era la antigua secretaria que heredé de mi padre. ¡Y es que él era un hueso bien duro de roer!

—Estoy aquí para trabajar, Duncan. Soy una persona sacrificada, esforzada, luchadora, entregada... Y estoy dispuesta a darlo todo para conseguir mi sueño. Este trabajo es una gran oportunidad para mí. No te voy a decepcionar. Y en cuanto a lo que pasó en Malibú, para mí es como si no hubiera sucedido.

Duncan se revolvió en su asiento, negó con la cabeza y confesó:

—Esa semana fue la mejor que he pasado en mi vida. Fue una delicia, Audrey. Así que no, no pienso olvidarla. Y sucedió, vaya sí sucedió. Y me ayudaste muchísimo...

Audrey sintió una punzada en el estómago al escuchar aquello, porque sonaba completamente sincero y porque no en vano aún llevaba sus pulseras, pero también quiso saber mucho más:

—¿A qué te ayudé?

—Llevaba mucho tiempo sin tomar vacaciones, trabajaba muchísimo y una mañana tras una negociación muy tensa en la que me jugaba bastante, me sentí muy mal. Me quedé sin aire, pensé que me moría; pero solo fue un ataque de ansiedad. Mi médico me recomendó que tomara unas vacaciones y yo me resistí. La consecuencia fue que, dos semanas después, mi cuerpo me dio otro susto y ahí fue cuando no me quedó otra que marcharme a Malibú. La verdad es que yo no esperaba nada, solo hacer surf, tomar el sol, leer, ver series... En fin, lo típico. Sin embargo, apareciste tú y cambiaste todos mis planes. Pasé la mejor semana de mi vida, sin preguntas, sin compromisos, pero fue todo tan de verdad, tan intenso y tan mágico que me curaste. Me llenaste de energía y de paz. Me enseñaste a ver las cosas de otra manera, y todavía recuerdo esas charlas que teníamos hasta al amanecer después de hacerlo como salvajes.

Audrey bajó la vista al suelo y masculló azorada:

—¿Cómo olvidarlo!

—Me enseñaste a ser consciente de mi respiración, me enseñaste a tomar las cosas con perspectiva, a ser paciente, a no anticipar...

—He leído unos cuantos manuales de autoayuda porque, como te conté, yo también sé lo que es la ansiedad. He tenido que aprender a vivir con ella y a mantenerla a raya.

—Me ayudaste muchísimo, así que no voy a olvidar esa semana. Estará siempre ahí, entre mis mejores recuerdos. Y ahora empieza otra etapa en la que voy a ser tu jefe...

Duncan sonrió, le clavó esa mirada suya tan salvaje y ella negó con la cabeza:

—No puedo creerlo aún. Tú no puedes ser mi jefe.

—Lo soy. Bueno, si es que decides aceptar la oferta.

Audrey ni se lo pensó dos veces, asintió y replicó entusiasmada:

—¡Claro que acepto!

—Si te digo la verdad, no esperaba nada de esta entrevista. Quiero decir que pensaba que los de la agencia me habían mandado a una candidata más. Pero tú no eres una de tantas, Audrey. Tú eres la persona perfecta para este puesto. Solo espero no desesperarte demasiado...

—Ni yo a ti, Duncan. Y respecto a lo de Malibú, y perdona que me ponga pesada con el tema, la verdad es que yo tampoco lo voy a olvidar, pero lo que quería decirte es que eso ya quedó atrás. Y que no te preocupes que no voy a quedarme colgada de ti, ni nada por el estilo. Lo que pasó, pasó y ya está. Ahora estoy aquí para trabajar y punto.

Duncan la miró y pensó que cualquiera podía quedarse colgado de una chica tan encantadora como ella.

No era una belleza de revista de moda, no era como esas modelos o actrices con las que él

salía, era una chica normal.

Estatura media, menuda, pero con las curvas justas, cabello liso de color miel, rostro ovalado, pómulos altos, ojos grandes y verdes, nariz respingona...

Pero tenía tanta luz, tanto encanto y tanta fuerza que ninguna mujer le había vuelto tan loco en la cama y fuera de ella como esa chica que ahora iba a ser su asistente.

Era muy especial. No se parecía a nadie. Era generosa y fuerte, sensible y dulce, apasionada y descarada, alocada y responsable. Lo tenía todo.

Todo lo que él creía que era imposible encontrar en una sola mujer, Audrey lo tenía.

De hecho, el último día de las vacaciones había estado tentado a decirle que siguieran con eso que habían empezado.

Aunque fuera a distancia, pero seguir con el contacto, continuar conociéndose y tener encuentros de alto voltaje, cuando se pudiera.

Y con el tiempo... Quién sabía...

Sin embargo, al final no se atrevió a decir nada.

Le entró demasiado vértigo.

Él había ido a Malibú a desconectar, no a encontrar el amor.

El amor no estaba en sus planes y decidió irse sin más.

Pero ahora estaba de nuevo frente a ella y la verdad es que estaba sintiendo otra vez demasiadas cosas.

Y no. No podía ser.

Porque estaba Dafne y tenía que seguir adelante con todo. Ya no había vuelta a atrás. Y era lo mejor para todos. Por eso, habló convencido o eso creyó:

—Así va a ser, Audrey. Malibú será un recuerdo feliz y ya está. Por mi parte, puedes estar también tranquila. Jamás volverá a pasar nada entre nosotros. Y yo, además, estoy comprometido con Dafne Morgan. Voy a casarme con ella y voy a darle todo por esa relación.

Audrey frunció el ceño y no pudo evitar preguntar:

—¿Aunque no la ames?

Duncan arqueó una ceja, sonrió de una forma cínica y respondió:

—Precisamente por eso. Los matrimonios por amor tienen más probabilidad de fracasar, y no quiero correr riesgos. Yo voy a hacer un buen negocio con esta boda, con Dafne lo paso muy bien y vamos a formar una familia. Tengo treinta años. Ya no quiero perder más el tiempo.

—Suenan todo tan frío.

—Soy un tipo racional. Es la mejor manera que conozco de reducir riesgos.

—Pero el amor es algo que no puede someterse a la razón o a la lógica. El amor es algo...

Audrey se calló y Duncan preguntó con extrema curiosidad:

—¿Algo qué?

—Nada. A lo mejor tienes razón. Yo no soy quién para hablar del amor: me ha ido como el culo. Así que no me hagas ni caso.

Duncan se quedó mirándola, pensó en que si había alguien que se mereciera ser feliz era ella, pero se limitó a decir:

—Lo que sé es que es lo que más me conviene. Soy un hombre práctico. Y en Dafne he encontrado todo lo que necesito. El vínculo que hemos creado es perfecto. Lo del romanticismo y todo lo demás: no es para mí. Pero tú debes seguir creyendo. Tu próxima pareja tal vez no falle, tal vez sea la buena...

Audrey se cruzó de brazos, negó con la cabeza y aseguró convencida:

—Paso del amor. Y me temo que va para largo, pero no renuncio a la diversión, contigo no, por supuesto —se apresuró a precisar—. Quiero decir que...

Duncan se echó a reír y, convencido de que con Audrey Lacer en su oficina todo iba a ser mucho más divertido, repuso:

—Ya. Te entiendo. Está todo perfectamente aclarado...

Capítulo 4

Cuando Audrey llegó a su casa a las nueve de la noche, se dio una ducha rápida y luego cayó derrotada en el sofá porque no podía más.

Justo en ese instante, salió Kate de la cocina donde se había estado preparando la cena y le dijo divertida:

—Parece que te ha pasado por encima una apisonadora.

—Pues casi. Pero quiero ponerme al día cuanto antes. Quiero demostrarle a Duncan que no se ha equivocado conmigo.

Kate era una pelirroja, de baja estatura, curvas generosas y cara bonita, que conocía demasiado bien a su amiga.

No en vano, se conocían desde que tenían tres años...

—Duncan... ¿Solo te ha faltado un día para pillarte por tu jefe, picarona?

Audrey miró a su amiga, se echó a reír y al momento le explicó:

—No voy a pillarme por Duncan. Esta mañana hemos dejado bien claro ese punto.

Kate muerta de la curiosidad, se sentó en el sillón azul chillón que estaba al lado del sofá, y le preguntó a su amiga:

—¿El primer día de trabajo habéis acordado que no vais a pillaros el uno por el otro? Pero ¿esto qué es? Cuéntame porque me estoy perdiendo algo... Además, ¿tú no decías que el señor Stone era un vejstorio?

Audrey resopló, negó con la cabeza y, con una mueca muy simpática, respondió:

—Es Duncan.

—Ya, tía, que ya me he enterado de que se llama Duncan. Pero ¿cuántos años tiene? ¿Ochenta?

Audrey soltó una carcajada, se encogió de hombros y contestó:

—No te has enterado. Duncan es Duncan. El de Malibú.

Kate se frotó los ojos con el dorso de la mano, miró a su amiga alucinada y exclamó:

—¡Dios! ¡Tu mejor polvo! ¡O sea, no!

—O sea, sí. ¡Y no veas cómo le queda el maldito traje! Si en bañador estaba bueno, en traje italiano está como para... Nada. Porque ya no va a pasar nada entre nosotros.

—Jajajajaja. ¡No te lo crees ni tú! Pero si a los cinco minutos de conoceros, ya os estabais arrancando la ropa... —le recordó Kate, divertida.

Audrey de solo recordarlo se puso nerviosa, se incorporó, se sentó haciéndose un ovillo, y repuso como si estuviera justificándose:

—Porque era verano, porque se nos fue la cosa de las manos y ya no pudimos parar. Fue todo muy intenso. Y como si nos conociéramos de toda la vida. Pero ya pasó. Lo hemos hablado, los dos estamos de acuerdo en que lo de Malibú debe quedar atrás y ya está. Aparte de que él está comprometido...

Kate se quedó chafada, bufó, negó con la cabeza y preguntó:

—¿Este no era el tío que no creía en el amor?

—Me ha dicho que se casa por placer y por interés, ella es la heredera de una cadena hotelera

y debe ser una auténtica belleza —respondió Audrey, encogiéndose de hombros.

—Y a ti te ha jodido... —masculló Kate, preocupada por su amiga.

—¿A mí? ¿Por qué? ¡Qué va! ¡Para nada! Yo me alegro por él. Que sea muy feliz. Si es que es eso lo que desea. Yo le he dicho que me parece una cosa de otro tiempo lo del matrimonio por interés, pero él dice que es una forma estupenda de reducir riesgos.

—Obvio. Si no amas, no te llevas ninguna decepción. Pero tú sí que te la has llevado, tía. Te conozco tanto...

Audrey se cruzó de brazos, se puso a la defensiva total, negó con la cabeza y habló con el ceño fruncido:

—¿Por qué me voy a decepcionar? ¿No te estoy diciendo que lo que pasó en Malibú quedó atrás?

—Tan atrás que seguro que cada noche fantaseas con que ese buenorro se hunde otra vez entre tus piernas.

Audrey se echó a reír, dio un manotazo al aire y, por supuesto, que mintió cuando repuso:

—Te equivocas. Porque lo único con lo que fantaseo es con trabajar como una bestia para conseguir la pasta para montar mi negocio.

—Todavía recuerdo la cara que tenías cuando me contaste tu romance con el surfero. Así que a mí no me engañas, nena, a ti te puedes engañar, pero a mí: no.

—No tuve ningún romance, fue una semana de sexo y diversión. Y estuvo genial. Él piensa lo mismo. De hecho, aún conserva las pulseritas que le compré en un puesto callejero.

Kate puso los ojos como platos, se revolvió el pelo con la mano y exclamó:

—¡No me fastidies, Audrey! ¡Aún conserva tus regalitos! Tú sabes lo que significa eso, ¿no? Que no te olvida. Y ahora que vas a estar todo el día pegada a él: se va a liar. ¿Eso lo sabes? ¿Verdad que sí, amiguita?

Audrey se echó a reír de nuevo, porque su amiga era una enredadora de mucho cuidado y respondió:

—No se va liar nada, porque los dos somos adultos y sabemos lo que queremos. Está todo hablado y lo nuestro va a ser una relación puramente laboral. Y dura, porque me ha advertido de que es un jefe cabrón.

—Cabrón y *sexy*. La combinación perfecta para perder la cabeza. ¡Madre mía, tía! ¿Quién nos iba a decir que tu surfero era todo un señor empresario, forrado de dinero?

—Pensaba que era un camarero, un profesor de gimnasia, un dependiente... Yo que sé. Algo normalito. Pero que tuviera una compañía aérea privada... Uf. Eso jamás. Y su padre es el señor Stone, el inversionista. Sin embargo, me ha asegurado que su padre no ha puesto ni un céntimo en la compañía. Que solo ha aprendido todo lo que ha podido de él, pero su empresa se la ha montado él solito. Es increíble lo que ha logrado en tan poco tiempo. Desde luego, voy a exprimirle como un limón...

Kate se echó a reír, y preguntó con una sonrisa bien pícaro:

—¿El qué le vas a exprimir?

—Los conocimientos. ¡No seas mala! —habló Audrey muerta de risa.

—Ya, sí. Veremos lo que tardáis en volver a caer. Lo vuestro fue muy intenso y la atracción sigue ahí. Eso no se apaga...

—Se apaga porque lo hemos hablado y estamos seguros de que no va a volver a repetirse.

—Una cosa son las intenciones y otra será la realidad del día a día. Espera a tenerle cerca, ¡ya me contarás!

—Reconozco que es un tío impresionante, pero ahí se va a quedar la cosa. En la vida volvería a cometer el error de tener un rollo en el trabajo y mucho menos con un tío comprometido. Así que no insistas porque no... No va a pasar nada entre nosotros —sentenció Audrey con un tono de voz un poco triste.

—¿Y por qué te has quedado tan mustia de repente? Porque te gusta. Te gusta demasiado...

Audrey negó con la cabeza, forzó la sonrisa que le quedó un tanto impostada y repuso:

—No hay nada que rascar, Kate. No insistas, por favor. Y no estoy triste, al revés: estoy ilusionada con mi nuevo trabajo.

—Y tu nuevo jefe cañón.

Audrey agarró un cojín, se lo lanzó a su amiga a la cara y le exigió divertida:

—¡Calla! ¡Y cuenta tú! ¿Qué tal con Grace? ¿Se te ha declarado ya?

Kate era abogada, trabajaba en un bufete y estaba enamorada de su compañera de trabajo, desde el primer día que pisó esa oficina hacía tres años.

A Kate se le cambió el semblante, suspiró y aseguró lánguida:

—No te burles. Ya sabes que pasa de mí. No debo ser para nada su tipo. Me falta altura, me sobran kilos, mi pelo es asquerosamente rojo y espera que a lo mejor hasta es *hetero*.

—¿No decías que presentías que era lesbiana?

—Presentía... Pero a lo mejor son las ganas que tengo de que lo sea. Qué sé yo. El caso es que hoy juraría que estaba tonteando con Brian, el informático del bufete.

—¿Cómo que tonteando?

—Él se ha pasado por su despacho a ponerle unos programas nuevos y todo eran risitas. Unas risitas de lo más idiotas. Vamos, las típicas risitas de cuando se tienen ganas de follar con alguien.

—Jajajajaja. ¿Qué bobadas dices? Yo estoy riendo contigo, y no quiero follar contigo.

—Ni yo contigo. Tengo a Grace metida demasiado dentro, aparte de que tú nunca has sido mi tipo. A mí ya sabes que me gustan las tías altas, de piernas infinitas, pieles oscuras, cabellos negros, ojos castaños y misteriosos y...

—Vamos, como Grace. Lo que no sé es cómo no le plantas de una vez la verdad.

Kate se puso de pie, frunció el ceño y replicó a su amiga:

—Porque me da que es *hetero* como tú... Y si no lo es: no le pongo nada de nada. ¡Qué triste y qué patético todo! En fin, me voy a ver cómo está la lasaña de espinacas que he metido en el horno...

Capítulo 5

Una semana después, tras agotadores días de trabajo, Audrey parecía que se estaba poniendo al día.

Estaba al corriente con la agenda del señor Stone, había redactado unos cuantos informes, se pasaba un montón de horas respondiendo a los correos electrónicos de los clientes con todo tipo de exigencias, había contactado con proveedores, atendía las solicitudes de la tripulación, estaba perfectamente coordinada con el departamento comercial, el creativo, el técnico y el de atención al cliente y, por supuesto, con su jefe que parecía que estaba encantado con ella.

O eso pensaba hasta que, justo a la semana de su llegada, a eso de las doce del mediodía, recibió una llamada de Duncan bufando:

—Lacer, ¡te quiero en mi despacho ahora!

Audrey colgó alucinada porque era la primera vez que Duncan la llamaba así, por su apellido, y encima parecía tan cabreado por su tono de voz que empezó a repasar lo que había hecho hasta ese momento, a ver si se percataba de en qué había podido equivocarse.

Porque era obvio que si ese hombre estaba hecho un basilisco tenía que ser porque la había pifiado.

Pero ¿cómo?

El caso fue que mientras no dejaba de darle vueltas al asunto, se plantó en la puerta del despacho de su jefe, llamó con los nudillos y después de escuchar un «pasa, Lacer» que sonó a gruñido, entró en el despacho un tanto nerviosa.

Lo justo, porque tampoco se dejaba intimidar por el carácter fuerte de su jefe. Ella estaba dándolo todo, esforzándose al máximo, y si se había equivocado, lo sentía mucho, pero solo llevaba una semana en la empresa: y no podía exigirle tanto.

—¿En qué puedo ayudarte, señor Stone?

Duncan se revolvió en el asiento, se le veía que estaba muy irritado, resopló y arrojó su teléfono móvil a la mesa con desdén:

—La señora Lee me ha tenido al teléfono veinte minutos porque está desesperada. Me asegura que es absolutamente imposible comunicarse contigo.

Audrey se quedó atónita porque llevaba los tres últimos días entregada a la señora Lee, a la que no había parado de atender tanto por teléfono como por correo electrónico.

—¿Cómo que es imposible comunicarse conmigo? Pero si los últimos tres días no he hecho otra cosa más que comunicarme con ella.

Duncan frunció el ceño, apretó las mandíbulas, negó con la cabeza y aseguró:

—De una forma ineficaz porque ella solo tiene quejas y me ha pedido que te ponga de patitas en la calle.

Audrey se mordió los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas, puesto que aquello no podía ser más injusto:

—Si quieres te muestro todos los correos, para que veas cómo no he dejado de atender a sus incontables peticiones.

—Ella está muy descontenta. Dice que vuela en cuatro días y que aún no sabe si llegará a tiempo la nueva colección de Dior, el cáterin de Erik Holm, el cocinero sueco de moda, y el champán tan especial que te ha pedido para la ocasión.

Audrey se cruzó de brazos, luchando por mantener el tipo, y reconoció:

—De acuerdo. Esos tres detalles todavía están por atar, pero el resto de su infinita lista de peticiones está atendida.

Duncan se revolvió el pelo con la mano y le explicó para que entendiera de una vez dónde estaba trabajando:

—En la compañía nos esforzamos al máximo para que los clientes, cuando vuelan con nosotros, se sientan como en casa. Queremos que la experiencia de vuelo sea lo más placentera posible y si eso implica que te quedes sin dormir para que le consigas esos malditos vestidos de Dior: lo siento mucho, pero te vas a tener que quedar sin dormir. Te pagaré las horas extras, por supuesto, y muy bien pagadas, pero el cliente es siempre lo primero.

—Sé perfectamente lo comprometidos que estamos con el cliente, pero esos trajes vienen de París y los de la compañía de transportes no saben darme una fecha exacta de entrega.

Duncan agarró su pluma, apretó fuerte las mandíbulas y replicó ofuscado:

—Esto no funciona así. Los de la compañía de transportes no tienen que decir nada, eres tú la que tienes que exigir que esos trajes estén aquí a tiempo. Y con el champán, lo mismo.

—No encuentro dónde demonios comprar esa marca de champán tan rara.

Duncan agarró su teléfono, buscó un número y se lo pasó a su asistente:

—Llama a Pierre. No hay nadie que sepa más de champán que él. Te dirá dónde encontrarlo.

—Me esfuerzo al máximo, pero hay cosas como estas que se me escapan.

—Pide ayuda, cuando no sepas algo. Pero no tengas a un cliente en ascuas y menos a un asiático. Ellos son muy exigentes y organizados. Detestan no tener todo bien atado, la incertidumbre y la incompetencia. Si viajan con nosotros es porque se lo damos todo. Si por algo nos caracterizamos es por atender hasta el último de los caprichos de nuestros clientes, por eso somos los mejores.

—Lo entiendo todo, pero es que hay caprichos que son muy difíciles de conceder. Erik Holm tiene una agenda apretadísima y dice que no puede ocuparse de organizar el cáterin.

Duncan sonrió, apartó el teléfono a un lado, clavó la mirada en su asistente y repuso:

—Ese no es mi problema, señorita Lacer. Ese es tu trabajo. Y confío tanto en ti que sé que la señora Lee y sus amigas disfrutarán de los platos del maldito chef sueco, durante su vuelo a la Patagonia.

Audrey sintió una punzada de ansiedad tremenda en el vientre porque eso era imposible. El cocinero, que era un borde de mucho cuidado, ya le había dicho que no por activa y por pasiva.

—Pero es que... —farfulló Audrey con un agobio tremendo.

—No hay nada más que decir. La señora Lee es una empresaria multimillonaria de la industria del gas y quiere viajar a la Patagonia con su grupo de amigas, todas mujeres influyentes y poderosas, para desconectar unos días. Durante el vuelo, les hace ilusión comer los platos del chef, beber champán y probarse la nueva colección de Dior...

—Y ojear los últimos estrenos literarios antes de que salgan para el público, el catálogo de las cinco galerías de arte más importantes, ver una película coreana que me costó un mundo encontrar, probar...

—Para, me ha tenido veinte minutos al teléfono y sé todo lo que quiere. Todo lo que le vamos a dar, porque quiero que hoy quede todo resuelto. Si por algo se caracteriza nuestra compañía es

porque damos soluciones rápidas. Y tú se las vas a dar. ¿Estamos?

Audrey empezó a hiperventilar, pues no tenía ni idea de cómo iba a poder darle una solución rápida a eso:

—Yo me desvivo por los clientes, pero es que...

—No quiero escuchar ni un pero más. ¡Quiero hechos! Y los quiero ya. ¡Así que sal de mi vista y ponte a trabajar! —exigió Duncan, mirándola desafiante.

Audrey tragó saliva, puesto que la verdad era que su jefe imponía muchísimo cuando se ponía en plan jefe cabrón y repuso:

—No me extraña que no te duraran nada las asistentes. ¡Esto es una puta locura!

Duncan la miró y no pudo evitar echarse a reír porque no había conocido en la vida a nadie como ella:

—¿Qué esperabas? Ya te dije que era exigente. Trabajamos con unos estándares de calidad máximos, nuestros aviones son los mejores, nuestra tripulación es extraordinaria, entrenada además en las mejores escuelas de protocolo del mundo, para que traten a los clientes exclusivos como merecen, el servicio a bordo es único, cuidamos hasta el último detalle... Y eso se consigue con esfuerzo, dedicación y sacrificio. Por eso somos el número uno, por eso nuestros clientes apuestan por nosotros. Ellos solo tienen que pedir adónde quieren volar y cómo: y nosotros se lo damos.

Audrey se llevó la mano al vientre y decidió ser sincera, porque no sabía ser de otra manera:

—¡Madre mía! Yo no sé si voy a poder dárselo... Porque esta gente pide unas cosas que...

—Lo que se les antoje. Para eso estamos. Ah, y que no se me olvide, en unos días será San Valentín y me gustaría que le compraras una joya a Dafne. Yo soy malísimo eligiendo regalos, confío en tu gusto...

Audrey pensó que por si no tenía marrones encima, ahora también le tocaba elegir una joya para una tía que no sabía ni cómo era:

—Yo es que no soy de joyas. Soy más de mercadillos. Ya sabes...

Duncan sonrió al recordar el día que le regaló las pulseras, fue después de una puesta de sol preciosa, mágica, única. Luego, se besaron como dos tontos, como dos enamorados, aunque no lo estuvieran, y se fueron caminando por el paseo de la mano hasta que salió a su paso un puesto callejero de baratijas. Audrey se paró, compró unas cuantas pulseritas de cuentas de madera, le cogió la muñeca y ella misma se las puso.

—En recuerdo de este atardecer que no voy a olvidar nunca —le dijo ella.

Y después se besaron y Duncan sintió algo que le estremeció por completo. Algo tan fuerte que le hizo sentir hasta vértigo...

Pero no dijo nada. Y tras el beso, volvieron a cogerse de la mano y regresaron en silencio al apartamento.

Qué momento.

Fue tan mágico y especial que desde luego no pensaba desprenderse de esas pulseras, que por cierto Dafne detestaba.

Pero a él le daba lo mismo, porque le recordaban uno de los días más bonitos de su vida y porque también le daba un toque bastante desenfadado a sus estilismos de director de una compañía aérea.

Si bien, lo que menos procedía, en ese momento, era ponerse a hablar de esas pulseras con Audrey, por lo que prefirió decir:

—Te voy a pasar el teléfono de Diandra Fleur, es una joyera exquisita. Pídele que te muestre

diamantes. Los diamantes son siempre una apuesta segura.

Audrey le agradeció con una sonrisa que le facilitara el trabajo y replicó:

—Gracias por el detalle de pasarme el contacto, pero desconozco cuáles son los gustos de tu prometida. Tal vez si me ilustraras un poco...

Duncan la miró y pensó que era totalmente opuesta a ella. Audrey era natural, fresca, espontánea, divertida, transparente, sencilla. Audrey era como esos atardeceres en Malibú, perfectos de tan simples. Encantadora y dulce, un sueño de verano... y Dafne...

—Dafne es todo lo contrario a ti —habló Duncan, clavándole la mirada.

Una mirada tan intensa y tan especial que Audrey sintió algo muy raro en el pecho. Y eso no podía ser, por lo que le retiró la mirada y masculló:

—De acuerdo. Con que me digas eso es suficiente. Y ahora ya sí que me voy que tengo muchísimo trabajo...

Capítulo 6

Una semana después de que la señora Lee volara a la Patagonia con sus amigas, Audrey aún no podía creer que hubiera sido capaz de atender a todas sus demandas.

Aunque, a decir verdad, para una de ellas había tenido que mentir un poquito.

Y es que como no hubo manera de que Erik Holm entrara en razón, no se le ocurrió nada mejor que emular sus platos y presentarlos como creaciones suyas.

No le había quedado otra. Y el resultado había sido perfecto, pues la señora Lee y sus amigas habían quedado encantadas con el cáterin y estaban deseando repetir.

Cosa que no le extrañaba porque se le daba de maravilla la cocina y los platos del sueco la verdad era que no tenían un grado de dificultad grande para ella que se había curtido en las cocinas de Antoine.

Eso era lo bueno que había sacado de esa relación después de todo. Sabía cocinar muy bien, tanto que podía copiar perfectamente el plato de un cocinero de renombre.

Así que con la pequeña trampa sacó adelante el trabajo, pero no se sentía mal por ello.

Su jefe decía que había que complacer al cliente y eso era lo que ella había hecho. ¿No querían probar la cocina del sueco? Pues ella había desarrollado sus recetas con tal maestría que de verdad que parecía que estaban elaboradas por él mismo.

Y al final todos felices y contentos...

Bueno, todos no, porque justo una semana después de san Valentín, se presentó en las oficinas una mujer alta, espigada, rubia, *polioperada*, de moño tirante y vestida con un abrigo rojo de Valentino, taconazos de Louboutin y un bolso Birkin colgando del brazo.

Obviamente, lo primero que Audrey pensó en cuanto Betty, la recepcionista, le dijo que había una tal señorita Morgan que quería hablar con ella fue que era una clienta.

La hizo pasar y ya cuando la tuvo delante, con esa pinta de superejecutiva de éxito, se convenció del todo de que iba a pedirle que le organizara un vuelo repleto de caprichos, a tenor de la cara de raspa que tenía.

Y es que tenía todo el aspecto de ser la típica estirada y amargada que se lo iba a hacer pasar bastante mal con sus exigencias.

Pero para eso la pagaban y Audrey no iba a permitir que nadie, y mucho menos esa tía altanera y soberbia, fuera a hacer que dejara su trabajo.

Así que le sonrió y le pidió que se sentara frente a ella con un gesto amable de la mano.

Si bien, cuál no fue su sorpresa que la señorita Morgan la miró desafiante y masculló airada:

—Voy a ser muy breve.

—Genial —dijo Audrey al tiempo que esa mujer sacaba una cajita roja del bolso y luego se lo arrojaba a la mesa.

—Toma. ¡Devuelve esta mierda a la joyería! —le exigió.

Audrey entonces cayó en quién era la persona que tenía enfrente, respiró hondo, cogió la caja y le habló sin perder la sonrisa:

—Lamento que no le hayan gustado los pendientes, señorita Morgan. El señor Stone los eligió

convencido de que...

Evidentemente, mintió descaradamente para salvar el culo de su jefe, pero a Dafne esa mentira la irritó más todavía.

—¡Deja el teatro! Sé perfectamente que Duncan no me ha comprado estos pendientes. Él tiene un gusto refinado y jamás habría cometido el error de comprarme esa horterada de joya. ¿Pero quién se pone unos corazoncitos en las orejas? ¡Es que ni las niñas de ocho años! Son tan cursis y tan ridículos...

Audrey no pudo evitar caer en la tentación de abrir la caja y contemplar esos dos pendientes en forma de corazón cuajados de brillantes.

Y la verdad fue que le parecieron muy bonitos, la joya perfecta y delicada para aportar luz al rostro.

—A mí me parecen tan hermosos —musitó en voz alta.

Cosa que molestó ya del todo a Dafne, que se puso en jarras y le advirtió:

—Pero es que resulta que la prometida de Duncan soy yo. ¿Te enteras?

Audrey cerró la caja, miró a esa mujer que no podía ser más desagradable, y replicó:

—Devolveré los pendientes, señorita Morgan. ¿Puedo ayudarla en algo más?

Dafne gruñó, porque tampoco le gustaba que esa chica la llamara de usted y respondió:

—¡Tutéame! Porque tu trato de usted me suena a recochineo. ¿Me estás llamando sutilmente vieja?

Audrey pensó que esa mujer era mucho peor de lo que aparentaba, negó con la cabeza y sin dejarse intimidar contestó:

—Te llamaba de usted en señal de respeto, pero si prefieres el tú, Dafne: yo encantada.

Dafne resopló, tensó el gesto y le exigió arqueando una ceja:

—No juegues conmigo, porque puedo aplastarte con un simple chasquear de dedos. Duncan me ha contado que está muy contento contigo y que te conoció en Malibú.

Como Audrey no sabía hasta dónde había contado su jefe, se limitó a asentir y mascullar:

—Ajá.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto? —replicó Dafne que estaba con un cabreo tremendo.

—Yo también estoy muy contenta de trabajar para esta compañía en la que espero potenciar mi currículum y desarrollarme profesionalmente.

—¡Déjate de rollos y háblame de Malibú! ¿Qué pasó ese verano entre vosotros? —inquirió Dafne, tras dar un manotazo al aire.

Audrey, que no pensaba hablar ni bajo torturas, replicó tras encogerse de hombros:

—Pues pasó lo que te ha contado Duncan.

—¡No me toques las narices, mona! ¡Conozco muy bien a las de tu calaña! Pero tú no eres rival para mí. ¡Duncan es mío!

Audrey sonrió y, sin perder la calma, habló pausadamente:

—Eso suena tan primitivo, posesivo y controlador... Nadie es de nadie.

Dafne dio un par de pasos adelante, los justos para dar un golpetazo sobre la mesa con la mano abierta y gritar:

—¡No te voy a permitir que te pases ni un centímetro de la raya!

Audrey se levantó de un respingo, la miró desafiante y repuso:

—Me parece, señorita Morgan, que estás perdiendo los papeles. No sé a qué cuento viene esta escena de celos barata.

—Jajajaja. ¡Tu estrategia sí que es barata! ¿A que la adivino? Ahora te vas a poner a lloriquear y vas a salir corriendo al despacho de Duncan para decirle que yo soy una celosa peligrosa.

Audrey, que no daba crédito, y solo podía compadecerse de su jefe, porque esa tía era insoportable, masculló:

—De verdad que esto se te está yendo de las manos.

—Yo lo que sé es que mi prometido lleva unas pulseras horribles y solo espero que no tengan que ver contigo.

Audrey se mordió los labios para no echarse a reír y respondió sin dejarse amedrentar en ningún momento:

—A mí me parecen unas pulseras muy divertidas.

Dafne echando fuego por los ojos, el ceño fruncido y llena de ira, le ordenó:

—¡Déjate de chorradas y dime qué hubo entre vosotros!

—Nos conocimos en la playa y ya está. Punto final. Yo estoy aquí para trabajar duro y nada más.

Dafne miró con desprecio a Audrey, luego sonrió cínica y confesó:

—Cuando Duncan me entregó esos pendientes horribles, le pregunté que quién le había asesorado... Y me dijo que la nueva asistente, una chica que curiosamente había conocido en verano en Malibú. A mí se me saltaron todas las alarmas al escuchar aquello, pero he estado muy ocupada y no he podido venir hasta hoy para verte y comprobar que no eres ninguna amenaza para mí. Eres tan vulgar, señorita Lacer. Te imaginaba más alta, más guapa, con más clase y no tan poquita cosa. Así que me marché tranquila porque, como te he dicho, Duncan es un hombre con un gusto exquisito y jamás cambiaría un diamante por una baratija de plástico.

Y dicho esto, Dafne se dio la vuelta y, cuando ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta, Audrey le dijo:

—Tienes razón. Duncan tiene un gusto tan exquisito que no me cabe duda de que sabe perfectamente distinguir un diamante falso de uno bueno.

Dafne la fulminó con la mirada, sonrió mordaz y le soltó:

—Jamás presto atención a los mordiscos de un perro pequeño. Mejor dicho: perra.

Luego, soltó una carcajada que era como para que se le helara la sangre a cualquiera, como de mala de película, y se marchó dando un portazo.

Capítulo 7

En cuanto Betty le confirmó que Dafne había salido de las oficinas, Audrey se presentó en el despacho de su jefe porque tenía que saber lo que acababa de pasar:

—Disculpa que te moleste. Sé que estás hasta arriba de trabajo, pero tu prometida acaba de venir a verme para marcar territorio —dijo nada más entrar.

Duncan levantó la cabeza de la computadora, donde estaba ultimando unos informes, miró a Audrey y replicó extrañado:

—En una hora vuelo para Miami, es una reunión importante y estaba terminando de prepararla. ¿Qué me decías de Dafne?

—Que acaba de abordarme para saber qué es lo que pasó en Malibú y si yo tengo algo que ver con tus horripilantes pulseras.

—Jajajajaja. Las odia. Pero no me las pienso quitar. ¿Qué le has dicho?

Audrey, que estaba bastante mosqueada después de lo sucedido con esa tía tan arrogante, respondió:

—¡Nada! He respondido con evasivas. Le he dicho que te conocí en Malibú, que estoy aquí para trabajar y que las pulseras me parecen divertidas. Luego, me ha montado una patética escena de celos, en la que te ha reclamado como suyo y me ha asegurado que yo no le preocupo nada, porque ella es un diamante y yo una baratija de plástico. Por cierto, también me ha arrojado a la mesa los pendientes de San Valentín. Le parecen una mierda cursi y ridícula.

Duncan resopló, se aflojó un poco el nudo de la corbata azul y se excusó:

—Dafne tenía que haberse pasado por mi despacho antes de haber hablado contigo. Lo lamento mucho. Dafne es así de impetuosa y de vehemente.

—Yo diría más bien de grosera, maleducada y acomplexada. Una mujer segura de sí misma no se presenta en la oficina de la asistente de su novio para marcar territorio como si fuera una pandillera. Y luego presume de clase... Una mujer con clase no humilla, ni falta al respeto, ni amenaza...

Duncan se llevó la mano al pecho y farfulló, aunque él no tuviera la culpa de nada:

—Te ruego que aceptes mis disculpas.

A Audrey le gustó que le dijera aquello, pero lo cierto era que:

—Tú no tienes culpa de nada. Lo que no entiendo es cómo alguien tan libre como tú, puede comprometerse con una mujer tan celosa y controladora. Las personas así hacen de tu vida un auténtico infierno. Y te lo digo por experiencia, Antoine además de ser un cabrón y un borde, también era un celoso de mierda. Te juro que no sé cómo le aguanté tanto. Le pillé más de una vez cotilleando mi móvil, se molestaba si estábamos paseando por la calle y me quedaba mirando más de tres segundos a un hombre... Mejor no sigo. Un horror. ¡Menos mal que me libré de él!

Duncan respiró hondo, al tiempo que le alegraba muchísimo de saber que tenía lo de Antoine totalmente superado, y luego repuso:

—Dafne es una chica un poco insegura. De adolescente tenía muchos complejos con su físico. Se veía demasiado alta, demasiado flaca, no le gustaban sus orejas, su nariz de gancho, su boca

fina, sus dientes torcidos... Y a partir de los dieciocho se lo fue operando todo... Tiene un montón de operaciones estéticas encima, pero todavía no se acepta. Yo no dejo de decirle que es hermosa... Siempre la he encontrado una chica preciosa, incluso cuando tenía quince años y ella decía que era tan fea. A mí me parecía adorable, con sus orejitas de punta, su nariz con carácter, en fin... Te cuento esto para que de algún modo entiendas por qué es así. Es una mujer que está en un proceso de aceptación, que está yendo a terapia también, y con esto no estoy justificando su actitud, pero tal vez te sirva para entender por qué es así.

Audrey pensó que ella lo entendía todo, pero que lo de esa chica no había por dónde cogerlo:

—Mira, yo entiendo que pueda tener un problema con la autoimagen, que tenga ciertos complejos y demás, pero lo de su altanería, su soberbia y su mala educación no tienen justificación ninguna.

—Es una coraza que se pone para sentirse más fuerte de lo que es.

Audrey frunció el ceño, negó con la cabeza y contradijo a su jefe, ya que creía que no tenía para nada razón:

—No creo que sea una coraza. Ella es así. Es una mujer narcisista y caprichosa que no sabe valorar nada de lo que tiene. Si vieras con la rabia y el desprecio con el que me arrojó tu regalo.

Llegados a ese punto, a Duncan no le quedó más remedio que darle la razón, pues sabía bien de lo que hablaba:

—La misma rabia y el mismo desprecio con los que abrió la caja delante de mis narices. ¡Es peor que todos mis clientes juntos! Es muy exigente y caprichosa. Desde que era un bebé tenía una legión de gente dispuesta a satisfacer hasta la última de sus peticiones. Es hija única. Los Morgan tardaron muchos años en concebirla y cuando llegó se lo dieron todo.

—Tiene toda la pinta de ser una malcriada.

—Lo es. Y está acostumbrada a que se haga su santa voluntad. Es así.

Audrey le miró sintiendo compasión por él, puesto que no entendía qué hacía con semejante petarda de señora.

—Perdona que me meta donde no me llaman, pero ¿de verdad que quieres pasar el resto de tu vida con esta señora?

Duncan se mordió los labios, se encogió de hombros y reconoció:

—Ella llevaba toda la vida enamorada de mí. Estudiamos en el mismo colegio. Tenemos la misma edad. Treinta años. Yo nunca me he enamorado de verdad, he salido con muchas chicas, pero nunca he conocido a nadie que tuviera todas esas cosas que yo considero que son importantes para ser feliz. Bueno, miento, sí encontré a alguien, pero no pudo ser...

Duncan se quedó callado, clavó la mirada en Audrey y ella sintió tal estremecimiento que se echó un par de pasos hacia atrás.

—¿Cómo? —preguntó temiéndose lo peor.

O lo mejor, según se mirara...

Duncan se levantó, se situó frente a ella y decidió que lo mejor era decirle la verdad:

—En Malibú me di cuenta de que sí existía alguien que tenía todo lo que yo buscaba. Pero yo no fui a Malibú a encontrar el amor...

Audrey se quedó atónita y con las rodillas como flanes, porque lo que menos esperaba era esa confesión:

—Lo de Malibú fue...

Audrey que se moría por decirle que ella no había conocido tampoco jamás a nadie como él, no pudo terminar la frase porque Duncan la interrumpió para ponerle un dedo en los labios y

susurrarle:

—Ya lo sé. Es pasado. Pero allí descubrí que existe alguien que posee todo lo que yo siempre había soñado.

Luego, retiró el dedo, fijó la mirada en la boca carnosa de Audrey y lentamente recortó la distancia que los separaba hasta que besó los labios con suavidad.

—¡Dios! —musitó Audrey con los labios pegados a los de él.

Duncan entonces la agarró por el cuello, volvió a besar la boca de Audrey, esta vez con más pasión y más intensidad, y ella no pudo hacer más que entreabrir los labios y dejar que la lengua de ese hombre invadiera su boca.

Duncan desesperado, la besó ávido, con deseo, con posesión, con ganas, agarrándola fuerte por el cuello y hundiéndose dentro de ella.

Las lenguas se enredaron, se devoraron salvajes y libres, se perdieron en un baile sin fin, y se fundieron hasta quedarse casi sin aliento, en un beso que los dejó frente a un abismo.

—No tenía que haberte besado... —musitó él, todavía con los labios pegados a los de ella.

—Y de esa manera...

—No sé besar de otra forma. Y menos a ti, Audrey. Ya lo sabes.

—Yo tampoco sé besarte de otra forma. Sacas siempre mi lado más salvaje... —confesó Audrey que se moría por repetir, que se moría por seguir besándole y luego todo lo demás.

Porque si algo anhelaba en ese momento era que ese hombre le quitara toda su ropa y que se lo hiciera hundiéndose dentro de ella, profundo, intenso, implacable, como era él.

Pero no pudo confesarle sus deseos más ocultos, porque de nuevo Duncan la interrumpió para decir:

—Y no puede ser. Acordamos algo y yo la he pifiado hasta el fondo. Dijimos que lo de Malibú acabó en Malibú. Perdóname...

Duncan se apartó de ella, la miró apenado y a Audrey le invadió una tristeza demasiado honda.

—No pasa nada —mintió porque pasaba de todo.

—Lo siento mucho. Y tienes razón en que Dafne es una mujer consentida y arrogante, pero al regresar de Malibú yo estaba un tanto descolocado. Había conocido el paraíso contigo y lo había perdido... ¿Qué era lo que me esperaba a partir de entonces? ¿Seguir conociendo a mujeres que no iban a estar a tu altura? ¿O buscarte y decirte que me estaba pasando algo que me estaba dando demasiado vértigo? Podía haber averiguado tu nombre, tu dirección, salir corriendo a por ti... Pero tú me habías dejado claro que no querías nada conmigo. Que lo nuestro había sido un rollo de verano... Así que decidí seguir con mi vida que ya encontraba absurda y vacía sin ti. Y tengo que confesarte que me entró una angustia tremenda. ¿Así iban a ser los sucesivos días de mi vida? Determiné finalmente que había que ser práctico. Ya tengo treinta años, y siempre he querido formar una familia. Soy un hombre familiar. No imaginas lo que envidia a mis dos hermanos mayores cuando les veo lo felices que son con sus respectivas familias. O a mis mismos padres... Yo quiero eso... Y Dafne siempre ha estado ahí... Nuestros padres son amigos, tenemos muchos amigos comunes, coincidimos en todas partes y una noche, al poco de volver de Malibú, cuando tu ausencia me dolía demasiado, me enrollé con ella. Esa noche Dafne me dijo que me amaba y que quería pasar el resto de sus días junto a mí. Y yo... Yo solo quería olvidar lo que pasó en Malibú, olvidar tus besos, tus risas, tu fuego... Olvidar que tuve la felicidad en mis manos, y a las dos semanas le pedí a Dafne que se casara conmigo. Encontré que era lo más racional y lógico, además desde el punto de vista de los negocios nuestra unión no puede ser más ventajosa. Y en esas estoy...

Duncan con un nudo en la garganta dejó de hablar, miró a Audrey con una pena infinita y ella, que estaba desbordada por la confesión de su jefe, solo deseó salir de allí porque no podía más...
—Mejor me marcho, Duncan. Tengo demasiado trabajo...

Capítulo 8

Y eso fue lo que hizo durante el mes siguiente, trabajar y trabajar a destajo y tratar con su jefe solo de temas profesionales.

Por nada del mundo quería que pudiera propiciarse un momento de intimidad como el que tuvieron aquel día, donde se besaron en el despacho de Duncan.

Y qué beso.

Cómo besaba Duncan Stone, era apasionado, salvaje, único. Hacía que la tierra temblara bajo sus pies, hacía que deseara que le hiciera el amor hasta dejarla exhausta.

Pero no podía ser...

Ella tenía sus principios y sus valores y desde lo de Antoine tenía claro que se negaba a mezclar placer y trabajo. Por no hablar de que por culpa de Antoine también había dejado de creer en el amor.

Así que ¿qué podía ofrecerle a Duncan? ¿Un rollo de oficina?

Porque ella tenía veintiséis años y lo que menos quería en ese momento de su vida era enamorarse y mucho menos formar una familia.

Ella estaba centrada en trabajar duro, ahorrar y en un par de años montar su empresa de cáterin que a este paso iba a resultar un exitazo tremendo.

Y es que resultó que la señora Lee no paraba de recomendar a su círculo el cáterin de Erik Holm durante los vuelos privados y desde entonces Audrey se pasaba los días haciendo trabajitos extras al llegar a casa.

Es decir, que ya no solo trabajaba en la oficina, sino que también ocupaba el escaso tiempo libre que tenía cocinando para la compañía.

Y estaban encantados.

Tanto que hasta llegó a oídos de Dafne el buen hacer del cocinero, y un día de finales de marzo, se plantó en el despacho de Audrey para pedirle, muy a su estilo impetuoso y altivo:

—Quiero que Erik Holm se encargue del menú de mi boda.

Así, sin más, sin decir buenos días o preguntar por cómo se encontraba, abrió la puerta del despacho sin llamar, se coló y le soltó el encargo.

Audrey resopló, envió el correo que acababa de redactar y le dijo forzando la sonrisa:

—¡Buenos días, Dafne!

No habían vuelto a hablar desde que tuvieron el encontronazo en el que ella le llamó baratija, ni siquiera por teléfono, cosa que Audrey agradecía porque no quería relacionarse lo más mínimo con esa mujer.

Que, por cierto, la estaba mirando con una cara de asco espantosa, luego dio un manotazo al aire y exclamó:

—¡Serán buenos en cuanto me confirmes que Erik Holm se ocupará del menú de nuestra boda!

Audrey tragó saliva, porque una cosa era cocinar para una docena de personas y otra encargarse del menú de una boda que imaginaba que tendría muchísimos invitados.

—¿De cuántos invitados estamos hablando? —preguntó temiéndose lo peor.

—Queremos que sea algo íntimo. Familia, amigos, clientes muy especiales: así que pon que unos mil doscientos invitados... La lista la llevaba Gladis Monfort, la contraté como organizadora de bodas, pero tras una sucesión de encontronazos he decidido prescindir de sus servicios. Tiene la piel muy fina, no acepta la crítica y es muy orgullosa. No entiendo la fama que tiene...

Audrey sabía de quién estaba hablando porque la semana pasada le había reservado un vuelo a una isla perdida para una pareja de recién casados. Y desde luego a ella le pareció una mujer encantadora, muy seria y profesional.

—Conozco a Gladis y es la mejor organizadora de bodas del país. Es una mujer muy competente.

Dafne puso una cara de asco más horrible todavía y dijo:

—Discrepo totalmente, conmigo ha sido muy desagradable. Los últimos días no paró de darme largas por teléfono. Pero ¿quién se cree que es? ¡De mí no se ríe nadie! Así que he roto el contrato que tenía con ella y he decidido que a partir de ahora seas tú la que organices nuestra boda.

Dafne cogió la silla que estaba frente a Audrey y se sentó mirándola desafiante...

Y Audrey, que deseaba no haber escuchado bien, replicó:

—¿Quieres que os organice la boda?

Dafne la miró como si fuera una mosca a la que estaba deseando aplastar, asintió con la cabeza y replicó:

—¿Acaso no te ves capaz?

Audrey se echó a un lado el cabello, intentando mantener la calma y respondió:

—Yo no soy una planificadora de bodas. Yo soy asistente de dirección del señor Stone, te lo recuerdo por si acaso se te ha olvidado.

—Sí, pero resulta que el señor Stone se casa en tres meses y tiene que salir todo a la perfección. La boda forma parte también de nuestra imagen de marca. Saldrá en todas las revistas de moda, de estilo, de decoración... ¡Es la boda del año! Con nuestro enlace vamos también a mostrar quiénes somos, nuestro poder, nuestra clase, nuestra distinción, nuestra forma de estar en el mundo elegante y sofisticada. Duncan también está vendiendo la imagen de su empresa con la boda. Por eso, debes emplearte a fondo para que todo salga a las mil maravillas.

Audrey pensó que aquello tenía que ser una broma, no solo porque la boda fuera algo tan inminente, sino porque esa mujer no podía tener más cara dura:

—Y siguiendo con tu razonamiento con la boda también se vende la imagen de la cadena hotelera de tu familia. Así que ¿qué tal si son ellos los que lo organizan todo?

—Soy la Directora Creativa de la cadena hotelera de mi familia. Y yo he decidido que el peso de la organización de la boda debe caer sobre tus hombros. Nosotros vamos a estar muy ocupados con el alojamiento de nuestros invitados. Y tú te vas a encargar de todo lo demás... Incluido mi vestido de novia, porque me he enfadado con Durand, un diseñador francés muy engreído que no sé quién se cree que es.

—¿Un genio de la moda? —replicó Audrey, irónica, porque Durand era lo máximo en la moda.

—Otro que no acepta ni una sola sugerencia... Así que búscame a alguien brillante y que no tenga la piel tan fina. Y luego sigue con todo lo demás, ubica un lugar de ensueño para el enlace, contacta con Erik Holm, quiero a los cantantes de ópera más famosos del momento, tienen la agenda llena, pero sé que tú les convencerás para que canten para nosotros. Soy una gran amante de la ópera. Como de las flores... Amo las flores blancas, así que quiero llenarlo todo de rosas, de azucenas, de hortensias... Y deseo llegar a la iglesia en una calesa de época abierta... Y necesito casarme en la iglesia que está al lado de mi casa... La lista de espera es de dos años,

pero sé que tú sabrás mover tus hilos para que nos casemos allí.

Audrey no daba crédito, se cruzó de brazos y preguntó con retintín:

—¿Algo más?

Dafne soltó una carcajada de las suyas, como de bruja de cuento infantil, y respondió:

—¡Muchísimo más! Quiero tener la mejor boda del mundo. ¡No me merezco otra!

Luego, se levantó y se fue derecha a la puerta, dando por sentado que Audrey se iba a encargar de todo:

—¿Adónde vas? ¡Espera un momento! Yo en ningún momento he dicho que vaya aceptar tu propuesta.

Dafne se giró, pestañeó muy deprisa y repuso como si acabara de escuchar la mayor estupidez del mundo:

—Es que no tienes opción, Andy. Esto es un sí o sí.

Audrey sabía que había dicho su nombre mal a posta, para irritarla, por lo que le recordó con aplomo:

—Mi nombre es Audrey. Y te repito que a mí no me pagan para que organice bodas.

Dafne la miró con desdén, se atusó el pelo de su coleta tirante con la mano y exclamó:

—¡Qué asquito me dais los de tu clase! ¡Estáis siempre pensando en el dinero! Te estoy ofreciendo la oportunidad de participar en la boda del año, de trabajar en algo muy bonito, estamos compartiendo nuestra felicidad contigo y tú solo piensas en el vil metal. Eres una mercenaria, Audrey. ¿Dijiste que tu nombre era Audrey? ¿O Marly?

Audrey apretó fuerte las mandíbulas y respondió levantando un poco la barbilla porque no pensaba dejarse pisotear por esa déspota:

—Lo que sé es que yo no voy a ser capaz de soportar esto.

Dafne sonrió de oreja a oreja, con esos dientes implantados en el mejor dentista de la ciudad, y canturreó:

—Lo harás, ya te digo yo que lo harás. Porque no tienes más opciones: o aceptas o te vas a la puta calle. Y ahí fuera tú bien sabes que nadie paga como lo hace mi prometido. Así que deja de remolonear y de quejarte, que eso es de perras vagas, y ponte ya mismo a trabajar...

Y tras decir esto, agarró el pomo de la puerta, la abrió y se marchó dando un sonoro portazo.

Capítulo 9

Minutos después, y tras comprobar que Dafne no estaba en las oficinas, Audrey se presentó en el despacho de su jefe con un cabreo monumental:

—¡Yo ya no aguanto más a tu prometida! —exclamó sin llamar a la puerta ni preguntar si estaba ocupado.

Duncan, que estaba apurando el tercer café de la mañana, dejó la taza a un lado y preguntó preocupado:

—¿Qué ha pasado? ¿Ha estado Dafne en la oficina?

Audrey, echando chispas por los ojos, contestó mientras su jefe pensaba que era encantadora hasta cuando se enfadaba:

—Acaba de irse. Ha irrumpido en mi despacho como siempre, como un elefante en una cacharrería, y me ha amenazado con que, si no acepto ser su organizadora de bodas, me pondrá en la puta calle. Y la grosería esta última es textual... Ella será muy estirada y muy sofisticada, pero tiene una boquita que es para lavársela con lejía.

Duncan, que estaba bastante cansado de los arrebatos de su prometida, la excusó por enésima vez:

—Está muy estresada con los preparativos de la boda.

—Estará estresada de desquiciar a la gente tanto que todo el mundo la está mandando a paseo. ¡Y con razón! ¡Pero si me ha contado que ha osado a enmendarle la plana al grandísimo diseñador Durand!

—Ella le enmienda la plana a todo el mundo. Es así.

—De soberbia. Pero ¿quién se cree que es? ¿Qué ha hecho en la vida aparte de ser la hija de un magnate? —apostilló Audrey.

—Es la Directora Creativa de la cadena hotelera y es una buena profesional —mintió porque la buena profesional era la subdirectora, una chica muy eficiente que era siempre la que le sacaba las castañas del fuego.

—Si fuera una buena profesional, no trataría a la gente con tanto desprecio. Si hiciera bien las cosas, ella se encargaría de la organización de su boda. Pero como es un marrón tremendo, se lava las manos y me endosa a mí la tarea ingente de organizar la boda. ¿Tú sabes lo que es organizar una boda para más de mil invitados? Aparte de que yo no tengo ni idea de organizar bodas... Eso sí, tengo la suerte de que tu prometida se encargará de hospedar a los invitados. Todo lo demás: me toca a mí. ¿Y sabes que quiere que canten unos cantantes de ópera que tienen la agenda completa hasta dentro de seis años?

Duncan puso cara de circunstancias, comenzó a jugar con su pluma, de lo que le agobiaba el tema, y confesó:

—Conozco hasta el último de sus deseos. Y sé que es todo un despropósito. Pero no sé cómo pararla.

Audrey puso los ojos como platos, se cruzó de brazos y refunfuñó:

—¿Y me cargas el mochuelo a mí? Mira, no. ¡No puedo! Estoy hasta arriba de trabajo, estoy

que casi ni vivo con las exigencias de nuestros sibaritas clientes, como para dedicarme también a complacer a la insoportable de tu prometida. A la que por cierto le he recordado que no me pagan por organizar bodas y la muy faltona me ha llamado mercenaria. Así, en toda mi cara... ¡No puedo con ella!

Duncan estuvo a punto de responder que ni él, pero en su lugar se excusó una vez más:

—Lo siento, Audrey. Te pido disculpas por todo.

Audrey se compadeció de él, porque imaginaba que ella no era la única persona a la que habría pedido perdón esos días.

—Tú también tienes que estar cansado de estar templando gaitas, de dar siempre la cara por ella. ¿No es así?

—Te repito que estos días están siendo muy estresantes para ella y está perdiendo bastante los nervios. Le he insinuado que haga yoga, meditación, que se tome infusiones de valeriana...

Audrey no pudo evitar echarse a reír, porque el pobre le dio mucha pena:

—Jajajajaja. Pero ¿de verdad crees que lo suyo se cura con valerianas? Esa mujer tiene un carácter horrible...

Duncan tragó saliva, se puso serio y masculló como si estuviera a punto de caerle una pesada losa encima:

—Y en tres meses me caso con ella.

Audrey no pudo reprimirse y soltó exactamente lo que pensaba:

—¡Madre mía! ¡Pobrecito de ti!

Duncan se levantó de la silla, se colocó frente a ella y, tras mirarla a los ojos, le pidió:

—No te compadezcas de mí. Detesto la compasión.

Audrey al tenerle otra vez frente a ella, al sentir su magnética presencia, su olor maravilloso a madera y limón, y esa mirada tan salvaje, notó un estremecimiento por todo el cuerpo, y luego habló:

—No me compadezco. Tan solo digo la verdad.

—La verdad es que te doy pena. ¿Es eso?

—Te va a hacer falta mucha paciencia para soportarla. Eso imagino que lo sabes...

Los ojos de Duncan se posaron sobre la boca gruesa de su asistente y masculló:

—Lo que sé es que este mes has estado demasiado fría conmigo.

Audrey al sentir la mirada de su jefe sobre los labios, notó un cosquilleo que hizo que se estremeciera entera.

¿Pero cómo era posible? ¿Por qué ese hombre solo tenía que mirarla a la boca para ponerla así?

Es que la besaba con solo mirarla...

Era increíble.

Lo que Audrey no sabía era que él estaba exactamente igual de excitado con solo esa mirada, con solo tenerla enfrente, con solo olerla otra vez.

Y es que la atracción era inmensa, brutal, salvaje.

Y no podía ser, por eso Audrey le recordó:

—Estoy aquí para trabajar, Duncan.

Duncan se acercó más a ella, porque estaba loco de deseo, ansioso por besarla, muerto de ganas de ella:

—Llevas evitándome desde que pasó lo del beso —murmuró.

Y ella, que se moría por lo mismo, replicó respirando con ansiedad:

—Es que debo evitarte. Es lo que toca.

Duncan sabía que tenía razón, pero decidió sincerarse porque no podía hacer otra cosa:

—Pero yo no puedo dejar de pensar en ti y en ese beso que me trastocó por completo.

Audrey se mordió el labio inferior de puro deseo, sintió una punzada de ansiedad en el vientre y repuso:

—¿Crees que a mí no me trastornó?

Duncan que ya no podía más, que necesitaba el contacto físico como fuera con ella, posó el dedo índice en el labio que ella había chupado y lo recorrió con tal sensualidad que Audrey por poco no tuvo un orgasmo.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos, Audrey?

Audrey sintiendo un deseo que la estaba abrasando entera, entreabrió los labios, él empujó un poco el dedo dentro de la cavidad, lo justo para que ella lo mordiera y lo lamiera con la punta de su lengua.

Apenas fueron unos instantes, ella cerró los ojos, se olvidó de todo y recorrió ese dedo con todo su deseo y todas sus ganas, entregándose entera, mientras él la miraba con una excitación como no recordaba.

Y es que Audrey tenía la habilidad de ponerle como nadie, con un simple gesto como ese.

Era tan jodidamente *sexy*, que solo tenía que lamerle la punta del dedo índice para ponerle tan duro que iba a romper los pantalones.

Luego, ella abrió los ojos, se apartó un poco de él y susurró sintiendo cómo el clítoris palpitaba henchido.

—Esto es demasiado, Duncan.

Y es que Duncan le excitaba tanto que solo tenía que rozarla con un dedo para ponerla al borde del orgasmo.

Y Duncan, loco por estrecharla contra su cuerpo duro y fundirse con ella hasta caer exhaustos, inquirió desesperado:

—¿Qué quieres que hagamos, Audrey? ¡Dímelo, y lo haremos!

Audrey quería que la desnudara y que le hiciera el amor como solo él podía hacérselo, pero ¿qué pasaría después?

Ella no estaba allí para tener un lío con su jefe, ella estaba ahí porque necesitaba ahorrar para montar su negocio. Y lo tenía clarísimo...

Tan claro que, aunque estuviera a punto de derretirse, aunque sintiera su sexo tan ávido que le dolía, aunque detestara con toda su alma a Dafne Morgan, respondió:

—Quiero que nos pongamos a trabajar lo antes posible para que vuestra boda sea un éxito.

Duncan dio un paso atrás, puesto que lo que menos esperaba era eso, se revolvió el pelo con la mano y con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Es eso lo que quieres?

Audrey le miró, sintió una tristeza tan grande que por poco no se puso a llorar ahí mismo, y contestó:

—Sí.

Y tras decir esto, se dio media vuelta y se marchó sin poder ya contener las lágrimas.

Capítulo 10

Un mes después, a finales de abril, cuando la primavera entraba con fuerza y todo era un estallido de luz y de vida, Audrey llegó a casa tras un durísimo día de trabajo, se dio una ducha y cayó como siempre muerta en el sofá.

Al rato, apareció Kate con unas bolsas de una tienda de ropa y le dijo divertida:

—¡Arriba, señorita! ¡Es viernes y nos vamos de fiesta! Me he ido a comprar unos trapos y esta noche vamos a estrenarlos.

Audrey, que estaba ya dormitando en el sofá, abrió un ojo, miró a su amiga alucinada y replicó:

—Ni de coña. No puedo con mi alma. Esta semana ha sido la más horrible de mi vida. Entre los clientes de Dunfly y la organización de la boda: no doy para más. Pero tú sal, hace un día estupendo... ¿Por qué no llamas a Grace?

A Kate se le iluminó la mirada y le confesó con una sonrisita pícara en los labios:

—Hemos quedado con ella y con dos chicas más de la oficina en el Walter's.

—¿Y eso qué es?

—Tía, mira que eres aburrida, como solo trabajas no conoces ni un solo garito de marcha.

—Solo conozco todo lo que tenga que ver con los caprichos de mis clientes y de la petarda de Dafne Morgan.

—¿Qué tal va lo de la boda?

—Horrible. A este paso me veo cocinando para mil y pico porque el puñetero chef sueco se niega a cocinar para bodas. Por no hablar de que no hay manera de que los cantantes de ópera cambien sus agendas para actuar en la boda de la caprichosa de Dafne. ¡Estoy desesperada! No imaginas la que he tenido que liar para conseguir una calesa de época... ¡Y así con todo! ¡Estoy que reviento! Pero bueno, ya solo quedan dos meses para la boda...

Kate miró a su amiga que estaba ojerosa y flaca, cosa que no le extrañaba pues estaba trabajando como una bestia, y le preguntó:

—¿Y tu jefe qué opina de su prometida?

—No he vuelto a hablar de ella con él, porque...

A Kate se le encendió la mirada, apartó un poco las piernas de su amiga para sentarse junto a ella y le preguntó:

—Porque ¿qué? ¿Pasó algo entre vosotros?

Audrey no le había contado lo del beso ni lo del dedo, porque al fin y al cabo era una tontería. No había sido nada... Aunque casi ardiera en llamas... Pero en fondo no había sido nada...

—No. No pasó nada importante —contestó negando con la cabeza.

Kate con los ojos más brillantes todavía preguntó convencida de que ahí había gato encerrado:

—Pero sí que pasó algo...

Audrey se tapó la cara con un cojín y murmuró muerta de la vergüenza:

—¡Ay, déjame! ¡Estoy agotada, solo quiero descansar tranquila!

Kate tiró con fuerza del cojín para ver la cara de su amiga y dijo partida de risa:

—¿Por qué reaccionas como si tuvieras doce años y te preguntara por el chico que te gusta?

¿Qué te pasa, nena? A ti te gusta tu jefe, a mí no me engañas.

Audrey se incorporó, se sentó al lado de su amiga y reconoció:

—Tenemos una atracción brutal, pero ya está.

Kate se frotó las manos, emocionada con el relato y dedujo:

—O sea, que te has liado con él.

Audrey se revolvió en el asiento, miró a su amiga perpleja y exclamó:

—¿Cómo se te ocurre? Después del trauma que tengo con Antoine, jamás tendría un rollo en la oficina. Y mucho menos con un tío comprometido. ¡Ni que no me conocieras, Kate! ¡La duda ofende!

—Vale, nena. No te pongas así. Como has dicho que hay una atracción brutal, ¿qué quieres que piense?

Audrey se sentó echa un ovillo, rodeó las piernas con los brazos y musitó:

—Créeme, lo único que ha habido son dos tonterías de nada. Una, el día que Dafne se plantó hecha una furia en mi despacho. Yo estaba tan cabreada que fui a ver a Duncan y no me preguntes cómo que al final acabamos besándonos.

—Perdona, pero jajajajajaja. ¿Cómo no te voy a preguntar que cómo? ¡Necesito saberlo!

—Lo que pasó fue que él de repente se abrió y me contó que lo de Malibú le marcó tanto que decidió liarse con Dafne para ver si así conseguía olvidarme.

Kate se quedó muerta de la impresión y, sin dar crédito, preguntó:

—¿Me estás diciendo que Duncan se enamoró de ti?

—Me contó que en Malibú descubrió que yo era la mujer con la que siempre había soñado. Pero como pactamos al principio que lo nuestro iba a ser algo sin más implicaciones, y sobre todo estaba seguro de que yo no quería nada con él, no me buscó.

—¡Ay, mi madre! Pero si tú estás hasta las trancas de él. Si te hubiera buscado, tú serías la prometida de Duncan y no la patética de la señorita Morgan.

Audrey negó con la cabeza y reconoció sintiendo una pena tremenda:

—Tú sabes lo mal que lo pasé con Antoine. Sufrí muchísimo. Lo pasé fatal. Y necesito tiempo. Yo no estoy preparada para amar a nadie. Ahora lo único que quiero es estar sola y centrarme en mis proyectos profesionales.

—Pero ¿él sigue enamorado de ti? —preguntó Kate, entornando los ojos de pura intriga.

—Lo que sé es que después de que me contara que en Malibú se dio cuenta de que yo tenía todo con lo que había soñado, nos miramos y... nos besamos. Fue un beso increíble, porque besa como nadie. Y luego me confesó que se lió con ella para olvidarme. Y, además, como es un tío práctico, que tiene treinta años y quiere formar una familia, es su sueño, resulta que a las dos semanas de liarse con ella le pidió matrimonio. Un matrimonio que desde el punto de vista económico es de lo más ventajoso.

Kate que estaba estupefacta, pestañeó muy deprisa y preguntó:

—Entonces, ¿a ella no la ama? Se va a casar con ella por interés y por tener una familia, pero amor: cero patatero.

—Exacto.

—Porque te ama a ti —concluyó Kate convencida y con una sonrisa enorme.

—Amar es una palabra muy grande y demasiado exagerada. Lo que sí sentimos, porque es mutuo, es una atracción bestial. No en vano, cuando Dafne vino por segunda vez a montarme un pollo, me volví a plantar en el despacho de Duncan para pedirle que alejara a su novia de mí y...

—Y zas, te volvió a besar...

—Pues casi. Primero, me preguntó que por qué había estado tan fría con él tras el beso aquel.

—¿Y habías estado fría?

—Gélida. Y nada, después de la pregunta, me confesó que el beso le había trastornado demasiado, a lo que yo repliqué con la verdad: que también me había trastocado. Y ahora viene lo bueno, entonces sucedió, y no me preguntes cómo, que de repente acabé chupándole el dedo índice.

—Jajajajaja. ¿Le hiciste una felación digital a tu jefe, guarrilla?

—¡Calla! ¡Y no hagas comentarios que me muero de la vergüenza! —exclamó Audrey, echándose las manos a la cara para que se le bajara el rubor.

—¿Vergüenza de qué? ¡De nada! ¡Incluso aunque le hubieras chupado la p...!

—¡No seas ordinaria, por favor!

—¡Y tú no seas tan remilgada! ¡Y sigue contando! ¿Qué paso después de zamparte el dedo? —preguntó muerta de la risa.

—¡No te burles de mí! ¿Y qué quieres que pasara? Él me preguntó que qué quería que hiciéramos. Y yo le respondí lo más sensato del mundo...

—Follar como salvajes —le interrumpió Kate, muy seria.

—Tía, por Dios, ¿cómo va a ser lo más sensato eso? Le dije que tenía mucho trabajo y que nos pusiéramos con los preparativos de su boda para asegurarnos que fuera un éxito.

Kate completamente decepcionada, frunció el ceño y replicó en un tono de regañina:

—¿Cómo se te ocurre decirle eso? Duncan lo que estaba esperando escuchar es que querías comértelo entero y después amarlo hasta los restos.

—¡No seas exagerada! Y me da igual lo que esperara, lo importante es lo que deseo yo. Y yo lo que deseo es estar centrada en mi carrera, ahorrar y montar mi negocio. No estoy para amoríos de oficina... ¡Los odio!

—Pero es que esto no es un rollo de oficina. Nena, te recuerdo que te ha confesado que tú eres con lo que siempre ha soñado, eso que pensaba que no existía. Joder, ¿eso es una declaración de amor en toda regla! ¡Y vas tú y le dices que se case con la estirada de Dafne! ¡Ahora entiendo por qué estás tan mustia! ¡Tú estás así porque no solo vas a condenar a Duncan a ser un desgraciado, es que tú vas a ir detrás! Porque él también te marcó durante esos días de verano...

—Fue algo muy especial, pero ya está. Él tiene que seguir con su vida y yo con la mía. No hay más.

Y tras decir esto, Audrey se puso tan triste que era imposible creerla.

—Y voy yo y me lo creo. Anda, vístete y vámonos a tomar una copa —le propuso Kate.

—No tengo ganas. Prefiero quedarme aquí descansando. Pero tú disfruta y a ver si esta noche es la noche.

—Estoy cagada, porque vienen otras chicas de la oficina y me ha dado por pensar que a lo mejor le gusta alguna de ellas. Así que lo mismo esta noche me llevo el chasco del siglo.

—¡Tú sabes que no!

—¿Yo? Yo cada día tengo menos esperanzas, pero bueno... Solo con estar a su lado: soy feliz. Escuchar su risa, rozarnos mientras bailamos, olerla cuando me cuchichea algo al oído... ¡Eso me da la vida! Y ya sé que suena asquerosamente cursi, pero es que estoy muy pillada. No lo puedo remediar.

—Es bonito sentir así —musitó Audrey soltando un suspiro.

—¿Y crees que tú sientes así por Duncan?

—Sí, pero lo mío es puramente sexual. Le huelo, le escucho, le siento cerca y me pongo...

como me pongo. Pero es solo eso... atracción brutal.

—Pero no hay día que no me digas cuánto le admiras, que hables de él con una cara de idiota que tendrías que verla, ¿tú sabes qué es todo eso?

Audrey, por mucho que dijera su amiga, tenía claro lo que era:

—Admiración y punto. Duncan es un genio de los negocios y un trabajador incansable, ¿cómo no voy a hablar de él de esa manera?

Sin embargo, Kate no la creyó para nada y le plantó sin más su teoría:

—¿Sabes lo que pienso? Que estás muerta de miedo. Que tienes tanto pánico a sufrir otra vez que prefieres perderte la oportunidad de ser feliz con el hombre de tu vida.

Audrey no pudo más, soltó una carcajada, pues aquello le pareció el colmo, y preguntó:

—¿El hombre de mi vida?

—Si es que solo hay que sumar dos y dos, amiga. Tenéis una química enorme, os admiráis, sois dos adictos al trabajo, os apasionan las mismas cosas... Chica, blanco y en botella...

Capítulo 11

Ese mismo viernes, de finales de abril, mientras Audrey a pesar del cansancio no podía conciliar el sueño por culpa de la conversación que había tenido con su amiga, el señor Stone tampoco podía parar de pensar en ella.

En Audrey, en su asistente, en la chica que lo tenía absolutamente todo y a la que cada vez sentía más lejos.

Y aunque así debían ser las cosas, porque era lo que ella deseaba, él se sentía cada día peor.

No podía soportar tenerla tan cerca y no poder tocarla, besarla, olerla...

Joder, cuánto la deseaba...

Y luego cada día la admiraba más, trabajaba sin descanso, no se quejaba jamás, siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, los clientes la adoraban, proponía ideas geniales y desde que estaba ella en la oficina todo marchaba de fábula.

Era eficaz, competente, proactiva, trabajadora, esforzada, inteligente, encantadora... y *sexy*. Lo tenía todo y él tenía que conformarse con verla pasar por los pasillos, con agradecerle los cafés con su mejor sonrisa, con hablar de forma aséptica de cosas de trabajo, mientras se mordía las ganas de decirle que la echaba de menos a cada instante, que quería besarla, y hacerle el amor hasta que perdieran la cordura.

Él quería todo eso, pero la realidad era que estaba Dafne.

De hecho, esa noche de viernes mientras no podía para de pensar en Audrey, estaba cenando con sus suegros y su prometida en uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad.

Y lo cierto era que no los estaba escuchando, él solo pensaba en Audrey... En su sonrisa enorme, en su boca jugosa, en esos ojos verdes que no podían ser más hermosos, en su perfume de olor a jazmines frescos, en esa forma tan delicada que tenía de echarse el pelo hacia un lado, en...

No pudo pensar en nada más porque de repente Dafne, que estaba sentada frente a él, le metió un puntapié y exclamó:

—¡Duncan! ¡Estás en la inopia! ¿Acabas de escuchar lo que ha dicho mamá?

Duncan pestañeó deprisa, asintió, sonrió, miró a su futura suegra y dijo:

—Sí, claro, es perfecto.

La señora Morgan era exactamente igual que su hija, prepotente, borde, orgullosa, déspota y caprichosa. Así que lo mejor era darle la razón y seguir pensando en Audrey...

Dafne sonrió de oreja a oreja, se llevó la mano al pecho y replicó:

—¿De verdad te parece perfecto que traigamos a unos bailarines de la Ópera de París? ¡A mí me parece que sería un detalle de buen gusto y refinamiento insuperables!

La señora Morgan tras dar un sorbo a su vino francés, le dijo a su hija complacida:

—Es que no mereces menos, Daf. Y tienen que ir vestidos del mismo diseñador de tu vestido.

—¡Oh sí, mamá! De Durand... Ya lo estoy viendo... La pánfila de la asistente de Duncan, Andy o Pandy, no me acuerdo nunca cómo se llama, ha conseguido con sus estrategias de llorona de clase baja que Durand me haga el vestido. Yo la tuve con él, porque no atendía a razones, y me dijo que no me hacía el vestido. Pero luego fue la ordinaria esta, de Sandy o Wendy, y se lo

cameló con sus artes de obrerita... Durand es que se pasa el día haciendo obras benéficas y esta poca cosa le debió dar mucha pena. Así que sí, le voy a pedir a esa que le exija a Durand que nos haga los trajes de los bailarines y que se busque la vida para traerse a los de la Ópera de París. Me pirra poner a esa asistente de pacotilla contra las cuerdas, mandarle imposibles, estresarla al máximo y ver hasta dónde puede llegar sin romperse. Pero la cabrona es dura, otra en su lugar ya habría tenido cuarenta ataques de ansiedad, pero ella nada... Ahí sigue... Aguantando las ganas infinitas que tiene de mandarme a la mierda y soportando el cansancio y el agobio con la mejor de sus sonrisas. ¡Es tan patética!

Dafne se echó a reír y su madre también, que además añadió:

—Por eso ese tipo de gente nunca llegarán a nada, no saben darse su sitio, no saben hacerse respetar... Si ella no marca los límites, ¿qué vas a hacer tú? Aprovecharlo y tener una boda de ensueño...

El señor Morgan miró a su mujer atónito y repuso mientras troceaba su pescado:

—Ella no tiene que marcar los límites, es Dafne la que no debería abusar de la buena fe y de la increíble capacidad de trabajo de esa chica.

La señora Morgan miró a su marido con desdén, dio un manotazo al aire y habló:

—¡Ni caso! Ya sabes que tu padre tiene una vena absurda de samaritano. Y así nos pasa que todos los años perdemos un montón de dinero con sus buenas obras con sus empleados.

—Son becas y ayudas, porque lo máspreciado que tengo es mi gente. Y los cuido... —le recordó el señor Morgan, cansadísimo de las impertinencias de su mujer.

—Pues en quien tienes que pensar primero es en tu familia. Y nuestra Daf está haciendo muy bien en presionar a esa boba hasta que escupa el bofe por la boca. Jajajajajaja.

El señor Morgan indignado le pidió a su mujer, con los ojos echando chispas:

—Basta, Petunia. ¡Ya está bien!

Petunia fue a replicar algo, pero se anticipó Duncan que estaba tan indignado o más que su futuro suegro:

—Pienso como George, exactamente igual. Lo más valioso que tenemos en una empresa es el capital humano y hay que cuidarlo al máximo. No voy a permitir que lleves a Audrey al extremo. Está haciendo todo y más, y ya vale. No sigas presionándola. ¡Déjala en paz de una maldita vez! Es una chica extraordinaria, brillante, talentosa, trabajadora, responsable, seria, generosa, esforzada...

Dafne bostezó de una forma exagerada y le interrumpió para decir:

—Me estás aburriendo con tanto adjetivo. Y dejemos el tema. ¿No les han enseñado, señores míos, que no se debe hablar de trabajo ni de negocios en las cenas? ¡Nos estáis aburriendo soberanamente! ¡Verdad, mami?

La señora Morgan asintió, miró a su hija orgullosa y los dos hombres también se intercambiaron miradas cómplices, como diciéndose que lo de esas dos vanidosas y desconsideradas no tenía remedio.

Sin embargo, lo peor vino cuando llegaron a casa...

Duncan se metió directamente en la cama porque no quería intercambiar ni una sola palabra más con Dafne y ella se acostó junto a él.

—Tengo ganas de jugar, señor Stone —dijo Dafne, cogiéndole el miembro con la mano.

Duncan se acostaba siempre desnudo, como ella, pero lo que menos tenía ganas era de jugar con esa mujer a la que esa noche había visto su verdadero rostro.

Ya no le valía con que hubiera sido una niña acosada en el colegio por sus defectos físicos, ni

que hubiera sufrido muchísimo por sus complejos, ni que no tuviera autoestima, ni nada de nada.

Esa mujer, al confesar lo que estaba haciendo con Audrey, no había hecho otra cosa más que confirmarle de qué pasta estaba hecha.

Y no le gustaba para nada.

—Quiero dormir, Dafne —masculló apartándole la mano y cerrando los ojos para que le dejara en paz.

Pero Dafne no pensaba conformarse, así que se coló debajo de las sábanas, se metió el miembro en la boca y empezó a estimularlo...

—Dafne, por favor, te he dicho que no me apetece —le exigió, mientras ella seguía estimulándole con la boca.

—Relájate, tú no tienes que hacer nada. Yo te lo haré todo...

Dafne siguió chupando, lamiendo, haciendo de todo, pero aquello no despertaba. No había manera.

Y justo en ese instante, él no pudo evitar pensar en Audrey y en que con ella solo le bastaba rozarle el labio con el dedo para ponerse duro que hasta le dolía.

Y es que Audrey era pura luz, era un sueño de mujer, era apasionada, era dulce, era generosa, era...

Duncan gruñó, porque de solo pensar en Audrey se empalmó de repente, momento que Dafne aprovechó para aceptarle más y más...

Y a Duncan ya se le fue por completo la imaginación y empezó a pensar en la boca de Audrey, que no era para nada como la de Dafne.

La boca de Audrey era dulce, acogedora, ardiente, profunda, generosa, una boca que nunca se cansaba de él, una boca en la que deseaba perderse por siempre, una boca en la que había sido feliz como nunca.

Y así, sin poder dejar de pensar en Audrey, agarró a Dafne fuerte por la cabeza, y empujó sus caderas profundo, implacable, contra la boca.

Y comenzó a bombear, desesperado, una y otra vez, mientras pensaba en que la boca era la de Audrey.

Y así estuvo, penetrándola duro hasta que acabó derramándose entero en la garganta de Dafne.

Luego, ella se tumbó a su lado, lamiéndose los labios con lascivia y le susurró:

—Y eso que no tenías ganas...

Duncan la miró y de repente sintió un asco tremendo, arrepentido de lo que acababa de hacer.

Porque ya no sentía nada por la mujer que tenía al lado y tenía que ser honesto de una vez.

Por eso, salió de la cama y le dijo a Dafne loco por perderla de vista para siempre:

—Me voy a dormir a la habitación del fondo. Y mañana quiero que te llesves todas las cosas de mi casa y salgas de mi vida para siempre.

Dafne pensó que estaba de broma, se echó a reír y luego habló divertida:

—Nos vamos a casar dentro de poco, no hace falta ya que vayas a por condones. Yo estoy preparada para ser mami...

Duncan sintiendo que esa mujer no podía ser más ridícula, se puso la camisa y le dijo muy serio:

—No estoy de broma, Dafne. Esto se ha terminado. No te quiero en mi vida.

A Dafne se le descompuso el gesto, frunció el ceño y preguntó porque no entendía nada:

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que no hay boda? ¿Es eso? ¿Te estás agobiando con los preparativos? Si te parece demasiado lo de los bailarines de la Ópera de París, pasamos de ellos.

Es algo negociable.

Duncan apretó fuerte las mandíbulas, desesperado por no verla más y masculló:

—He tenido tiempo de sobra para conocerte a fondo y no me gusta nada lo que estoy viendo. Al principio justificaba tu forma de ser por tus traumas del pasado: pero ya no cuele. Nada justifica que trates a las personas con tanto desprecio, con tanta desconsideración y con tanto engreimiento. ¿Quién te crees que eres?

Dafne saltó de la cama, se puso frente a él, furiosa, y replicó a la defensiva:

—Soy la mujer que acaba de tragarse tu polla hasta el fondo. Así que me parece que el que está faltando el respeto y está siendo desconsiderado eres tú. ¿Cómo puedes osar a decirme estas cosas después de lo que acabamos de hacer? ¿Me follas la boca como un salvaje y me dejas después? ¿Qué clase de hombre eres, Duncan Stone?

Duncan la miró con más desprecio todavía, se apartó de ella y exclamó:

—¡No seas vulgar! Te he dicho que no quería nada y tú te has empeñado.

—Oh, sí, vamos, que te he obligado. ¿Es eso lo que quieres decirme? Jajajaja. ¿Cómo puedes tener tanta caradura? ¡Estabas duro como una barra de hierro!

Duncan harto de esa mujer, decidió no cortarse ni un pelo y repuso:

—Porque no estaba pensando en ti.

Dafne, hecha una furia, se acercó a él, puso ambas manos en el pecho duro y fuerte de Duncan y le dio un empujón.

—¡Hijo de la gran puta! —exclamó rabiosa.

Duncan trastabilló un poco, pero en seguida recuperó el equilibrio y aseguró:

—Te estoy diciendo la verdad.

Dafne le miró con verdadero odio y le escupió en la cara al tiempo que gritaba:

—¡Cállate o te vas a arrepentir!

Duncan se retiró el escupitajo con el dorso de la mano y, sintiendo un alivio tremendo de haberse librado de semejante hidra, replicó:

—No me arrepiento de nada. Jamás he estado tan seguro de algo y si tenía alguna duda, esta noche has acabado de despejármela. Escucharte hablar así de Audrey ha sido tan lamentable que yo no quiero una mujer como tú en mi vida. No tienes corazón, Dafne. Eres cruel, eres miserable y eres mala persona. Y no quiero volver a saber nada de ti. Jamás.

Dafne le miró furibunda, se acercó a él, le soltó una bofetada y gritó:

—¡Te he dicho que te calles! Y la que se marcha soy yo. ¿Cómo puedes humillarme de esta manera? Y todo por esa estúpida de Candy, o como coño se llame, a la que trato como lo que es: un puñetero mojón. ¿Te queda claro? Y ahora me voy... Y no me busques, porque sé que te vas a arrepentir de lo que me has hecho esta noche. Y ya te advierto que no te va a salir gratis. Me lo vas a pagar, y caro... Muy caro. Voy a mover tanto mis hilos que no se va a subir nadie en tus malditos aviones. Te juro que te voy a joder la vida tanto como tú me la acabas de joder a mí.

Y tras la amenaza, cogió el vestido, se vistió enfurecida y salió a toda prisa de la habitación, mientras no paraba de insultar a Duncan...

Capítulo 12

Al día siguiente, después de pasarse la noche sin pegar ojo, Duncan se fue a correr, luego se dio una ducha, desayunó y llamó a George Morgan, el padre de Dafne, porque entendía que a él sí que le debía una explicación:

—George, buenos días, imagino que ya estarás en el club de golf. Seré breve, te llamo porque necesito que sepas que...

—Buenos días, Duncan —le interrumpió—, no hace falta que digas nada. Sé por lo que llamas, no imaginas el drama que tenemos en el salón. Mi hija no para de llorar desde anoche, pero te entiendo perfectamente, aunque sea mi hija.

Duncan no pudo evitar sonreír, pues George era un buen hombre al que tenía mucho cariño. Sus padres se conocían de toda la vida y en su casa se quería y se admiraba mucho a George Morgan.

—Lamento lo sucedido. Empecé a salir con tu hija porque creí que podía formar una familia con ella. Pero tenemos una incompatibilidad absoluta de caracteres. Nos conocemos desde siempre y yo sé lo que ha sufrido por sus traumas, precisamente por eso justificaba sus salidas de pata de banco. De hecho, estaba convencido de que su altanería era una coraza que se ponía para parecer fuerte. Pero de un tiempo a esta parte, desde que he tenido la oportunidad de conocerla a fondo, me he dado cuenta de que es así. Y yo no puedo estar con una mujer que disfruta presionando y exigiendo a los demás. Una mujer que además no da ejemplo, porque yo exijo, pero me exijo más a mí todavía. Y perdona que me ponga la medalla, pero es que es así. Tú no puedes exigir a los demás lo que tú no das. Y tu hija lo hace. Yo no puedo con eso... Lo que escuché anoche en la cena, cómo hablaba de mi asistente, fue la gota que colmó el vaso y al llegar a casa tomé la decisión de dejarlo. Es lo más honesto. Ella se lo tomó de la peor manera, me abofeteó...

—¡Dios mío, Duncan! ¡No sabes cuánto lo lamento y te juro que yo no la he educado para que sea así! He intentado inculcarle siempre el respeto y el aprecio por los demás, pero lo que aprendía conmigo lo desaprendía con su madre. Dafne es igual que Petunia... —aseguró resignado.

—También quiero que sepas que me ha amenazado con que va desprestigiarme y a destruir mi reputación. Dice que nadie va a subirse a mis aviones...

George bufó abochornado porque lo de su hija no tenía nombre:

—Te reitero mis disculpas y, por supuesto, tienes que saber que yo jamás permitiré que mi hija haga nada semejante. Además, ella ya sabes cómo es. Ya no le quedan amigos, todo el mundo le ha dado la espalda, está muy sola. Se ha ganado a pulso la enemistad de todo el mundo. Los asistentes a la boda, son mis amigos, mis clientes, la gente de mi entorno... Ella no tiene nada de eso. Y no sabes lo que me preocupa el futuro de mi compañía, porque desgraciadamente no puedo dejarla en sus manos. Trabaja en la dirección creativa, pero lo único que hace es crear problemas. He contratado a un par de personas para que resuelvan los entuertos que ella hace. Por eso estaba tan contento con este enlace, porque de alguna manera cuando yo me fuera sabía que la empresa iba a caer en tus manos, pero si te soy sincero sabía que al final la ruptura acabaría sucediendo.

Sé muy bien cómo es mi hija y a ti te conozco desde que eras un bebé. Sois muy diferentes, muchísimo. Yo sé que ella lleva toda la vida enamorada de ti, pero tú...

Duncan jamás había hablado de su relación con George, pero ese hombre estaba siendo tan sincero que sintió que debía de ser exactamente igual:

—Yo nunca he estado enamorado de ella. A mí lo que me pasó fue que conocí a una mujer maravillosa, que tenía todo lo que siempre he buscado, pero resultó que no era el momento. Ella no quería compromisos y yo pensaba que tampoco, si bien, después de separarnos me di cuenta de que no podía parar de pensar en ella. Y entonces, entró en escena tu hija, ella siempre ha estado ahí, tuvimos un encuentro íntimo y decidí aferrarme a eso para olvidar a aquella mujer. Fui un cretino y te pido perdón. No obstante, yo quería tener una familia, críos y todo lo demás. Sentar la cabeza. Y a tu hija la conocía de toda la vida y ya sabes cómo somos la gente de empresa, yo pensaba que la alianza era muy ventajosa también en lo comercial. Así que le pedí matrimonio y aunque no había amor, pensé que con el tiempo acabaría llegando. Pero me equivoqué, porque cada día que pasa tengo más dentro a esa mujer y debo ser coherente con lo que siento. No puedo casarme con tu hija, cuando en mi mente hay otra mujer.

Duncan se emocionó al decir aquello y si no dijo el nombre de Audrey fue por respeto a ella, a su intimidad, porque él no era quién para contar que tuvieron un rollo de verano y todo lo demás.

Pero se moría por gritar su nombre a los cuatro vientos, que todo el mundo supiera que era ella quien llenaba todo su mundo.

—Te agradezco la franqueza, Duncan. Entiendo bien lo que dices porque ya que estamos de confesiones te diré que yo nunca he estado enamorado de Petunia. Yo amaba a otra mujer, a Margot, una chica humilde y sencilla que trabajaba en nuestros hoteles de camarera. Pero entonces apareció Petunia, su familia tenía otra cadena hotelera y mi padre consideró oportuno que nos casáramos. Ella se enamoró de mí y a mí no me quedó otra que ceder a los deseos de mi padre. Fui educado en un tiempo en el que el deber se antepone al deseo. Primero la obligación y luego la devoción... Y me casé con Petunia. Mi matrimonio es un desastre, y bien sabe Dios que lo intenté. Pero fue imposible. Mi mujer es tan egoísta, déspota y caprichosa que no ha hecho otra cosa más que arruinarme la vida. Menos mal que siempre ha estado ahí Margot, la única mujer a la que he amado y amaré. Tengo un hijo con ella, David, es un gran chico, bueno, talentoso, inteligente, pero mi familia no sabe de su existencia. Imagina el escándalo... Tiene veinticuatro años, acaba de doctorarse en Empresariales, está trabajando en Toronto, es director comercial de una gran hotelera, se lo ha ganado por méritos propios, y sé que sería el perfecto presidente de mi compañía.

Duncan que no daba crédito a lo que estaba escuchando, porque desconocía que George Morgan tuviera una vida paralela, quiso saber:

—Yo sí que te agradezco la confianza, pero permite que te pregunte por qué no te divorciaste.

—¿Crees que no lo intenté? Pero Petunia tuvo varios intentos de suicidio y luego estaba Dafne con sus traumas... Se pasaban los días enteros en las consultas de los psiquiatras...

—¡Lo que llevas pasado, amigo! —exclamó Duncan, apiadándose de él.

—Apelo a tu discreción.

—Cuenta con ello —aseguró Duncan.

—Sé que eres todo un caballero honorable, arrojado y justo. Has sido muy valiente por la decisión que has tomado. Si amas a esa mujer, lucha por ella. No sigas mi ejemplo. Yo lo he hecho todo tan mal...

Duncan sintió tanta pena por el señor Morgan que le dijo convencido:

—Pero siempre hay tiempo para que las cosas cambien, tú también debes luchar por Margot y por tu hijo. Él tiene que trabajar en tu compañía, ser tu mano derecha y prepararse bien para recoger el testigo de la presidencia.

—Ese es mi sueño, pero ni Petunia ni Dafne lo van a consentir.

—¿Y qué pueden hacer para impedirlo? —preguntó Duncan con la sangre helada de solo pensar en esas dos víboras.

—De todo —masculló resignado—. Son capaces de cualquier cosa...

—Pero las dos viven de ti, quiero decir que son dos calamidades para los negocios. Si quisieras cortarles el grifo, no sé adónde irían.

—Le compré las acciones a mi suegro hace muchos años. La empresa es mía completamente.

—A lo mejor lo que necesitan es espabilar, saber lo duro que es ganarse el pan y que aprendan de una vez a respetar y a ser unas personas como Dios manda —habló Duncan, sintiendo que tenía que ayudar a ese hombre como fuera a escapar de las zarpas de esas dos.

—Me está ayudando mucho conversar contigo, Duncan. Jamás he hablado de esto con nadie. Y me está viniendo bien soltar lastre... —dijo agradecido por la comprensión del joven.

—Solo tenemos una vida, George. ¿Qué hay peor que perder el amor y la libertad de vivir como se desea? Nada. Así que deja a un lado tus temores, asesórate bien con tus abogados, y empieza vivir la vida que mereces. Has trabajado muy duro, has hecho demasiadas renunciaciones, ya te toca ser feliz. Y yo voy a estar aquí para apoyarte. Yo, mi familia, nuestros amigos, todos. Tú eres un hombre muy querido y respetado, nadie te va a juzgar por lo que hagas. Al contrario, todos deseamos que seas feliz. Y vamos a estar contigo...

George muy emocionado, carraspeó un poco porque tenía la voz tomada y repuso:

—Gracias, Duncan. Que sepas que habrías sido el mejor yerno, pero siempre vas a ser un buen amigo. Tu padre tiene que estar muy orgulloso del gran hombre en el que te has convertido.

—Estoy en ello. Todavía me queda mucho por aprender, pero sobre todo me encantaría ser digno de ella. De la mujer que ya lo ocupa todo...

Capítulo 13

Después de todo lo que había pasado, Duncan estaba deseoso de que llegara el lunes para volver a ver a Audrey de nuevo.

Y a las ocho de la mañana en punto llegó, con el cabello mojado porque estaba lloviendo a cántaros y un café humeante en las manos.

Él se levantó sintiendo que el corazón iba a salirse del pecho, le cogió el café y ella dijo:

—¡Buenos días, Duncan! No hace falta que te levantes, siempre te lo digo.

Duncan sabía que ella no quería que se levantara, pero él siempre lo hacía. Le parecía lo correcto y además así podía estar cerca de ella...

—¡Buenos días, Audrey! ¡Estás empapada! Pasa al baño y sécate el pelo. No vaya a ser que te resfríes...

Audrey, que llevaba el cabello suelto, se lo agitó con la mano y replicó:

—No te preocupes, se me seca enseguida.

Si bien, al hacer ese gesto con la mano, acabó salpicando el rostro del señor Stone que encontró el momento de lo más sensual.

Porque una de esas gotitas cayó justo encima de su labio y no se le ocurrió nada mejor para apartarla que lamerla con la punta de la lengua.

Y Audrey, al ver que sacaba la lengua y lamía de esa manera tan *sexy* la gota que había caído de su pelo, sintió un estremecimiento que la recorrió entera.

—Perdona por haberte mojado —se disculpó Audrey, sonrojada.

—Tranquila, está todo bien. Pero permite que traiga una toalla, por favor.

Y sin que a Audrey le diera tiempo a decir que no, él se fue al cuarto de baño a por una toalla y le pidió en cuanto regresó:

—Siéntate, que yo te seco.

Audrey le miró, temblando entera, y negó con la cabeza:

—Ya lo hago yo, gracias.

Duncan le tendió la toalla y ella se la enroscó en la cabeza para que empapara bien.

Momento en el que Duncan no pudo evitar acordarse de:

—Al verte así, con la toalla de turbante, no puedo evitar acordarme de cuando te veía cada mañana salir del baño en Malibú.

Audrey sonrió, y al momento se quitó la toalla de la cabeza, porque se estaba poniendo de los nervios, de solo recordar aquellos días.

—Ya está. En un instante ya se seca...

Duncan le devolvió la sonrisa pensando que estaba preciosa con el pelo húmedo y le pidió que se sentara frente a él:

—Siéntate que tenemos que hablar...

—De acuerdo —repuso Audrey convencida de que se trataría de asuntos de trabajo. De qué si no.

Los dos se sentaron y él decidió ir directamente al grano:

—Quiero hablarte de la boda...

Sin embargo, Audrey le interrumpió para decirle:

—Le dije el viernes a Dafne que he encontrado unos cantantes de ópera que son maravillosos y aunque no sean los que ella me pidió...

—No va a haber cantantes —le interrumpió Duncan.

A Audrey no le sorprendió que esa mujer caprichosa hubiera cambiado de opinión:

—¿Qué es lo que quiere ahora? ¿A Lady Gaga?

Duncan sonrió, negó con la cabeza y respondió:

—No va a haber boda.

Audrey que no daba crédito, replicó pestañeando muy deprisa:

—¿Quieres decir que yo no voy a organizar la boda? ¿Dafne quiere prescindir de mis servicios?

—No va a haber boda quiere decir que no me voy a casar con Dafne. El viernes rompí con ella, tras una cena con sus padres en la que terminé de abrir los ojos.

Audrey se mordió los labios y, haciendo verdaderos esfuerzos para contener la alegría que le estaba dando el notición, masculló:

—Lo lamento.

Duncan la miró con esos ojazos suyos, sonrió de oreja a oreja y replicó:

—¡No hay nada que lamentar! Estoy feliz y me siento en paz porque he hecho lo correcto. Llevaba semanas rumiando esto, pero la cena con sus padres terminó de convencerme de que no podía cometer semejante error. No puedo casarme con una persona como Dafne. Es muy tóxica. Con ella solo iba a ser un desgraciado. Así que el viernes rompí después de escucharle decir, entre otras lindezas, que disfrutaba estresándote, poniéndote contra las cuerdas, exigiéndote al máximo, para forzar tus límites. Y todo entre risas cómplices con su madre... Y encima, la nueva idea delirante de Petunia era que actuaran en la boda los del ballet de la Ópera de París...

Audrey le miró alucinada porque lo de esas mujeres era el colmo:

—¡No puede ser!

—Por pedir... ¡Menudas arpías! Yo de verdad que lamento cómo se ha portado Dafne contigo y me gustaría indemnizarte de alguna manera. Por eso, te ruego que aceptes esto...

Duncan abrió una carpeta de piel marrón y sacó un cheque que le entregó a Audrey.

Ella tomó el cheque, miró la cantidad que tenía tantos ceros como para empezar por fin con su negocio y replicó:

—¡Pero si esto es mucho más que lo que pensaba ahorrar en dos años de trabajo!

—Y poco es, después de todo lo que has soportado.

Audrey sin dejar de mirar el cheque y completamente desbordada replicó:

—Pero yo no puedo aceptarlo. Es mucho dinero. Y yo solo cumplía con un trabajo por el que ya me pagas.

—Yo no te estaba pagando para que una mujer te humillara, te pisoteara, te faltara al respeto y te exigiera hasta que reventaras.

—Ya sabes cómo es...

—Precisamente porque sé cómo es, quiero compensarte por todo lo que has sufrido. Como tú no te quejabas, ni me decías nada, yo pensaba que Dafne se estaba comportando correctamente, dentro de lo cabrona que es, no sabía que te estuviera torturando de esa manera. ¡Tenías que haberme contado que te estaba metiendo tantísima presión con sus imposibles!

Audrey le miró y reconoció, pues lo único que tenía sentido llegados a ese punto era decir la

verdad:

—No te dije nada porque no quería que volviera a pasar nada entre nosotros. Como las veces que he entrado en este despacho a hablar de ella hemos acabado haciendo algo que no debíamos, decidí no contarte nada y sobrellevar la carga de Dafne como buenamente pudiera.

Duncan le clavó la mirada, negó con la cabeza y repuso:

—Tenías que habérmelo contado, porque no hubiera permitido que te atosigara de esa manera. Y si hubiera pasado algo otra vez, yo lo habría celebrado.

Dafne sintió que le daba un vuelco al corazón y atinó a decir:

—Ya da todo igual. Ya no hay boda.

Duncan sonrió, porque de solo escuchar de labios de Audrey que no había boda, le estallaba el pecho de felicidad, y replicó:

—Gracias al cielo. De menuda me he librado.

Audrey no pudo evitar sonreír, asentir y luego murmurar:

—Pues sí.

Después, los dos se echaron a reír y Duncan le pidió de todo corazón:

—Quédate con el cheque. Es la única manera con la que voy a dejar de sentirme culpable por haber permitido que Dafne te tratara tan mal.

Audrey cogió el cheque, se lo tendió y le dijo para que se quedara tranquilo:

—No hace falta ningún cheque. Con haberme librado de ella, me basta. Toma, por favor.

Duncan agarró a Audrey por la muñeca y le rogó mirándola de tal forma que ella se volvió a estremecer:

—Te suplico que te lo quedes, Audrey. Es tuyo. Te lo has ganado a pulso. Acéptalo.

Audrey muy excitada al sentir esa mano tan fuerte y ancha rodeando su muñeca, y solo para que la soltara musitó:

—Está bien.

Luego, dobló el cheque, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y se puso de pie porque no quería que aquello se estirara demasiado y acabara haciendo algo de lo que luego iba a arrepentirse.

—Muchas gracias, Audrey. Te lo mereces.

—Bueno, pues si no me necesitas para nada más, me marcho a trabajar.

Audrey se fue hasta la puerta, agarró el pomo con la mano, y entonces él se situó detrás de ella y le dijo desde atrás con esa voz suya tan arrebatadora:

—Espera...

Audrey se giró y respiró su aroma, sintió su calor, esa mirada salvaje que hacía que se le derritieran las rodillas y habló con los ojos brillantes de deseo:

—Dime.

Duncan se acercó a ella y la besó en los labios suave y lento. Y luego, aún pegado a ella, susurró:

—Me moría por hacer esto.

Audrey le miró a los ojos, después a los labios que eran una auténtica tentación y, aun a riesgo de que pudiera arrepentirse después, en ese momento le dio lo mismo. Porque le deseaba, le deseaba tanto que su deseo era más fuerte que lo que le dictaba la lógica, el sentido común y su puñado de principios y valores, y le devolvió el beso ardiendo entera.

—Y yo —reconoció ella, con el corazón latiendo con fuerza.

Duncan entonces la tomó por el cuello, la estrechó más contra él, y la besó con todas sus

ganas...

Capítulo 14

Después del beso, Duncan estaba seguro de que Audrey iba a coger la puerta y largarse, como había sucedido las otras veces.

Si bien, esta vez fue distinto porque ella abrazada a él, musitó con los labios pegados a los de Duncan:

—Tendría que irme, pero no quiero irme.

—No te vayas —dijo Duncan tras darle un mordisquito en el labio inferior.

—Tengo trabajo.

—Que espere, tranquila que no se lo voy a decir a tu jefe. Que por cierto está ya soltero —masculló Duncan mientras le repasaba el labio inferior a Audrey, con la punta de la lengua.

Audrey atrapó la lengua de Duncan con los labios y otra vez se devoraron las bocas con una voracidad que aquello era imposible que parara ahí.

—Que estés soltero es un punto. Y que beses tan bien, es otro. Porque ahora mismo he perdido mi cordura y mis principios... —musitó Audrey tras el beso.

Duncan lamió los labios de Audrey de un lengüetazo y reconoció:

—Yo lo perdí todo desde el primer día que volviste a mi vida. No puedo dejar de pensar en ti, Audrey. Es imposible.

Audrey le miró, muerta de deseo, recorrió la corbata roja con el dedo índice y confesó:

—Y yo, aunque sea algo totalmente inapropiado, me muero por hacerlo contigo.

Duncan se pegó más a ella, para que sintiera su dureza, la besó con posesión y fuerza, mientras la despojaba de la chaqueta azul marino que llevaba.

Seguidamente, hizo lo mismo con la camisa de seda blanca y el sujetador de encaje transparente que le puso cardíaco de solo verlo.

Y ya medio desnuda, le acarició los pechos, los apretó, los amasó y luego descendió a besos desde el cuello hasta los pezones duros que torturó como sabía que a ella le gustaba.

Audrey enterró los dedos en el pelo de Duncan y se dejó llevar por esas caricias que había revivido en su mente tantas noches.

Todas las noches...

Porque si era sincera, no había dejado de pensar en él nunca.

Y siempre que se masturbaba en quien pensaba era en él, tocándola justo como lo estaba haciendo en ese instante.

Y como lo hizo después.

Y es que, tras quitarle el pantalón y las braguitas, cayó de rodillas frente a su sexo y comenzó a lamerlo con lascivia y verdadera maestría.

Duncan sabía devorarla como nadie, arrancándole tales gemidos de placer, que levantó la pierna y la colocó sobre el hombro fornido para facilitarle más el acceso.

Y ya sí que fue la locura, porque Duncan recorrió hasta el último de sus pliegues, se hundió en su sexo, mordisqueó sus labios, chupeteó su clítoris y cuando ya creía que aquello no podía

superarse, introdujo un par de dedos y accedió a ese punto que solo él conocía y tras estimularlo con una pericia exquisita, tras penetrarla de esa forma implacable, logró que estallara en un orgasmo brutal que hizo que se derramara entera.

Acto seguido, él se levantó y la besó en la boca profundo, hundiendo la lengua bien dentro, esa lengua que sabía a ella y el cuerpo de Audrey se estremeció entero.

De nuevo, sintió unas punzadas fuertes en su sexo y sintió otro pequeño orgasmo.

Con solo un beso, pero con Duncan era todo así.

Luego, él se marchó a por una toalla, limpió los muslos trémulos aún de Audrey y le confesó:

—Cómo me gusta sentir tu orgasmo, que aprietes así de fuerte mis dedos, que te desbordes como lo acabas de hacer.

Audrey que aún estaba con la respiración agitada, sonrió y musitó:

—Lo que no sé es cuánto habré gritado...

—Bastante, pero el resto del personal no llega hasta las nueve.

Y tras decir esto, se aflojó el nudo de la corbata, se desprendió de la chaqueta y después de los pantalones y los calzoncillos.

—¡Dios mío! —susurró Audrey, al ver lo excitado que estaba.

Y, además, que no recordaba que aquello fuera así de grande.

—¿Qué sucede? —le preguntó Duncan, con una sonrisa perversa. Y luego la besó otra vez de esa forma posesiva y profunda.

Hundiendo su lengua abrasadora, invadiéndole entera, saboreándola sin piedad, mientras Audrey colaba las manos por debajo de la camisa y volvía otra vez a palpar ese amasijo de músculos duros.

Y es que Duncan tenía un cuerpazo trabajado a conciencia en el que era una auténtica locura perderse.

Pectorales perfectos, abdominales como una roca, espalda musculada y luego eso que tomó en su mano y que deseó al instante tener ya muy dentro.

—Quiero hacerlo, Duncan, necesito sentirte...

Duncan al notar que la mano de Audrey rodeaba su miembro y comenzaba a moverlo, se puso más duro todavía y gruñó.

Él también quería más, quería mucho más...

Por eso, se apartó un instante de ella, sacó un condón de la cartera que tenía en su chaqueta y se lo enfundó.

Después, la cogió en volandas, ella rodeó ese pedazo de cuerpo con sus piernas, y él la llevó así contra la pared que tenían enfrente, en tanto que Audrey no podía dejar de besarlo, de darle lametazos, de mordisquearle la boca, el cuello, los hombros... Ni de restregar su sexo húmedo contra el miembro duro y grande.

Duncan al sentir que estaba perfectamente preparada para aceptarle, levantó un poco las caderas, colocó la punta en la entrada estrecha y mojada de Audrey y tras mirarla con un deseo incontenible, se clavó hasta el fondo.

Audrey gritó, al sentirse absolutamente llena, como nadie lo había hecho nunca, ocupando hasta el último de sus espacios, y él comenzó a hacérselo.

—Cómo me gusta estar dentro de ti, esto es un sueño, Audrey. Eres un sueño —dijo mientras se hundía lento y profundo.

Audrey se aferró fuerte a las nalgas redondas y duras de Duncan para que las penetraciones fueran más intensas todavía, para sentirle más, aunque le doliera.

Pero era un dolor tan gozoso... Y sobre todo era real, tan real que Audrey musitó:

—No es un sueño. Es real. Y quiero sentirte muy dentro, muy duro. Necesito que me lleves al límite de mis fuerzas... Al límite de todo...

Duncan sintió exactamente lo mismo, un deseo irrefrenable de fundirse con ella, de ir más allá de todo y empujó fuerte sus caderas para que le sintiera como le estaba pidiendo.

Audrey gritó otra vez al sentirle así, implacable, como a ella le gustaba, y con la sensación de que podía romperse en cualquier momento.

Pero llena.

Al fin, llena de él por completo...

Su sexo, la boca que Duncan invadía con la misma intensidad y su pequeña estrechez.

Y es que luego de meterle un par de dedos en la boca para que los humedeciera bien, los insertó hasta el fondo de su otra estrechez.

Y ya fue el delirio, porque no había parte de ella que no estuviera ocupada, llena, saciada, invadida...

Y se sentía tan plena, con sus pechos bamboleantes y sus pezones duros entrechocando con el pecho fornido y sudoroso de ese hombre que no pensaba darle tregua, que solo tuvo que frotar unas cuantas veces su vulva contra la pelvis chorreante de Duncan para tener un orgasmo feroz.

—Eso es, córrete, déjame que te sienta... Ordéñame, preciosa, sácame toda la leche.

A Audrey que le hablara de esa forma, como jamás le habían hablado los pánfilos de sus novios, hizo que se excitara más todavía y que las contracciones orgásmicas siguieran, para su asombro.

Y el de Duncan que al sentirla de esa manera tan brutal provocó que el orgasmo le sobreviniese ya desde los riñones con una fuerza incontenible y le preguntara:

—Ya viene, ya casi lo tienes, ¿quieres mi leche?

Audrey que no es que la quisiera, sino que la necesitaba ya, solo pudo gritar:

—Dámela, te lo ruego, ¡la quiero! ¡Déjame que sienta cómo resbala sobre mis pechos!

Duncan sintiendo que le retumbaban los oídos de pura excitación, la dejó en el suelo, y notando que la leche ya estaba a punto de derramarse, se quitó el condón, en tanto que ella caía de rodillas frente a él.

—¿La quieres, preciosa? No dejes de pedírmelo...

Audrey pellizcándose los pezones y ofreciéndole el rostro, le suplicó temblando de deseo y sin dejar de sentir su sexo palpitando:

—Dámela, dámela... Córrete sobre mis pezones duros...

Duncan solo tuvo que mirar esos pezones exquisitos. que ella estaba castigando con fuerza, para soltar todo lo que llevaba dentro.

—Ya lo tienes, tómalo, es tuyo... —gimió entre jadeos agónicos.

Audrey entonces, juntó con las manos los pechos, cerró los ojos y sintió como un líquido lechoso, caliente y abundante impactaba sobre su canalillo y después se deslizaba sensual y lascivo hasta los pezones.

Acto seguido, ella retiró las manos, abrió los ojos y comprobó cómo Duncan la miraba fascinado.

Y es que su absoluta entrega, su rostro de placer, sus labios hinchados y rojos, el cuello enrojecido por los besos y mordiscos, y los pechos y pezones manchados de leche le parecieron la cosa más sensual y más bella que había visto en su vida.

Pura poesía. Puro arte. Éxtasis.

—Eres tan hermosa, Audrey —susurró.

Y la cogió de la mano, le ayudó a levantarse y sin dejar de mirarla embelesado, saciado y con el corazón rugiéndole con fuerza, colocó las manos sobre los pechos.

Audrey gimió al sentir de nuevo las manos grandes y fuertes de Duncan sobre su cuerpo, y cerró los ojos para disfrutar al máximo de las caricias de ese hombre que extendió la leche por los pechos, despacio y sensual.

De una forma tan deliciosa, tan excitante, tan exquisita, que él solo tuvo que descender con una mano otra vez hasta el sexo de Audrey y pellizcarle suavemente el clítoris henchido, para que estallara en mil pedazos de puro placer...

Capítulo 15

Después de ese encuentro de alto voltaje, Duncan estaba convencido de que no iba volver a repetirse.

Y no por él, que se moría de ganas por tenerla de nuevo entre sus brazos, sino porque que suponía que ella a esas alturas estaría más que arrepentida.

Pero supuso mal ya que al día siguiente lo volvieron a hacer y al siguiente y al siguiente, para absoluta alegría de Duncan que creyó conveniente que quedaran a cenar el viernes para hablar de lo sucedido.

Y nuevamente para su sorpresa, Audrey aceptó y apareció guapísima a las nueve de la noche, con un vestido entallado azul de manga francesa, en un restaurante de comida española:

—No me puedo creer que estés aquí —dijo tras retirarle la silla para que se sentara.

Audrey agradeció el gesto gentil con una sonrisa, y se sentó mientras reconocía:

—Te advierto que yo tampoco me lo creo...

Duncan sonrió, se sentó frente a ella y se quedó mirándola admirado, tanto que pensó que debía tener una cara tremenda de imbécil. Pero no podía hacer otra cosa, cada vez que la tenía enfrente, solo podía poner esa cara...

—Quería que habláramos fuera de la oficina de esto que nos está pasando.

—Tranquilo, sé que esto no es una cita —repuso Audrey, por si acaso él pensaba que ella podía llegar a confundirse.

Duncan forzó la sonrisa, porque la verdad era que a él no le hubiera importado para nada que aquello fuera una cita en toda regla, pero prefirió decir:

—Pero lo de esta semana está siendo...

Audrey sonrió, le miró con un gesto pícaro y terminó la frase diciendo:

—Atómico.

Duncan asintió divertido y no le quedó más remedio que darle la razón:

—Un día va a salir ardiendo la oficina. Si es que quieres seguir con esto. Es de lo que me gustaría que habláramos...

—Sí, claro. Me parece que es muy bueno y muy sano definir qué es esto que tenemos.

A Duncan se le iluminó la mirada, pues que dijera «que tenemos» sonaba bastante bien.

—Yo solo sé que en mi vida he ido con tantas ganas a la oficina y que nunca me ha sabido tan bien el primer café de la mañana.

Audrey se ruborizó y se sintió como una pava, pero es que ese hombre que esa noche estaba guapísimo con una camisa blanca y unos Levi's que le marcaban todo su poderío le ponía siempre así.

Le gustaba demasiado...

Con traje, en bañador, sin ropa...

Audrey suspiró y reconoció justo antes de que llegara un camarero con las cartas:

—Me pasa lo mismo.

Duncan pensó que aquello no podía ir mejor y le contó a Audrey para que supiera por qué

había escogido ese restaurante:

—Estuve un año estudiando en Madrid para perfeccionar mi español. Y me enamoré de todo: su cultura, su gastronomía, su gente... Por eso, vengo mucho a este sitio a comer tapas, paella, fabada, jamón, cochinillo... Me encanta comer —le contó con una cara tan de diablo que Audrey sonrió divertida.

—Lo sé.

—Y lo que más me gusta comer eres tú...

—Jajajajaja. Lo nuestro es muy fuerte —confesó ella mientras ojeaba la carta llena de delicias.

—Lo es. Y no quiero que termine nunca.

Audrey levantó la vista de la carta y repuso porque le encantó escuchar aquello:

—Ni yo.

Duncan al fin respiró aliviado porque ese asunto le traía de cabeza y replicó:

—Desde el lunes llevo temiendo que llegue el momento en que me digas que esto no puede ser.

Audrey cerró la carta, pues ya sabía lo que quería y confesó:

—No puede ser. Pero eres una tentación irresistible para mí, y me he resignado. No puedo hacer nada. Sé que me prometí que jamás tendría algo en el trabajo, pero te deseo demasiado, Duncan Stone. Y no puedo hacer nada para remediarlo.

Duncan sonrió de oreja a oreja, tras cerrar también su carta y aseguró:

—No sabes lo que me alegra escucharlo.

—Es lo que hay. No puedo luchar contra la terrible atracción que siento por ti —habló Audrey, encogiéndose de hombros.

—¿Terrible? —preguntó Duncan, arqueando una ceja y un tanto molesto por el adjetivo que había escogido para definir su atracción.

—Terrible en el sentido de que es devastadora, de que no puedo hacer nada contra ella.

A Duncan le gustó lo que acababa de escuchar y reconoció:

—Ni yo tampoco.

—Pero si lo que te preocupa es que me enamore de ti, porque imagino que esa es la razón por la que estamos aquí...

Duncan sintió una extraña punzada en el estómago al escuchar lo del enamoramiento y replicó:

—Estamos aquí porque llevamos desde el lunes teniendo sexo de alto voltaje y me gustaría poner un nombre a esto.

—¿Un nombre?

—Sí, un nombre para saber a lo que atenernos, qué esperar de esta relación, cómo gestionarla... Ya sabes que soy un hombre tremendamente estratégico y controlador. Ya sabes que me gusta tener las acciones estratégicas de la empresa planificadas a cinco años vista...

—Ya, pero esto es una relación entre dos personas. No una empresa. No se puede planificar a tan largo plazo. Yo lo único que sé es que me atraes como nadie me ha atraído en la vida. Y que no me gustaría que acabara nunca... Pero te repito que si lo que temes es que me enamore de ti... —insistió Audrey.

Duncan le interrumpió porque sintió que era justo al revés:

—Parece más bien que eres tú la que temes que yo me enamore de ti.

Audrey batió las manos, negó con la cabeza y replicó:

—Imagino que después de romper un compromiso de lo que menos ganas tendrás es de enamorarte.

—Es que el enamoramiento es algo que te sobreviene, no es algo que se elija. Quiero decir que

te enamoras y no hay nada que hacer.

Duncan le clavó la mirada, sintiendo que estaba ante la mujer más increíble que había conocido nunca y ella le preguntó a bocajarro:

—¿Tú podrías enamorarte de mí?

Duncan ni lo dudó, la agarró de la mano, sonrió y dijo:

—Perfectamente.

Audrey soltó una carcajada, le miró divertida y le exigió:

—Ni se te ocurra hacerlo.

—¡Estás bromeando! —masculló Duncan, convencido.

—¡Te estoy hablando en serio! El amor necesita que suceda en el momento adecuado y a mí me pillas en una etapa en la que no hay sitio para el amor. Estoy aquí para trabajar muy duro, ahorrar un buen dinero y montar mi empresa.

Duncan le soltó la mano, fingió un bostezo y murmuró con cara de aburrimiento:

—Te pones tan pesada con eso, señorita Lacer. Y ya no tienes que ahorrar nada, tienes un cheque con ceros suficientes como para emprender de una vez.

—Cheque que aún no he cobrado, porque me parece que no debo aceptarlo.

Duncan se puso muy serio y le exigió en su tono de jefe cabrón que no admitía enmienda:

—¡Te exijo que cobres ese cheque ya, o te las verás conmigo, Lacer!

—¡No me puedo creer que un jefe me esté amenazando para que le haga un agujero en el bolsillo! ¿Tú qué clase de jefe eres?

—Uno cabrón, pero justo. ¿Estamos? No pienso hablar más de esto. Acepta el dinero, es tuyo. Y bien merecido. Y si quieres volar sola y empezar con tu emprendimiento, hazlo. Aunque me joda, porque voy a perder a la mejor asistente, pero pongo por delante tus sueños y tu realización. Perseguir y cumplir los sueños es fundamental para sentirse bien con uno mismo. Ganarás en autoconfianza y en seguridad y serás la puta ama.

A Audrey le emocionó que Duncan antepusiera su felicidad a su propio interés, era de una generosidad que no había conocido en la vida, por eso le dijo:

—Por mucho que te empeñes en ser un jefe cabrón, a mí no me engañas: eres un trozo de pan. Antoine siempre se ponía por delante de todo...

Duncan puso una cara de asco tremenda al escuchar el nombre de ese tío y le recordó:

—No soy Antoine. Soy un cabrón justo. Ya te lo he dicho. Así que responde ¿vas a aceptar el cheque?

Audrey resopló, sonrió y respondió porque con ese hombre era imposible discutir:

—Está bien, pero que sepas que me parece que más que justo estás siendo demasiado generoso conmigo.

—Di lo que quieras, pero cobra el cheque de una vez.

—De acuerdo. Pero no pienso irme del trabajo todavía, me veo verde para dar el salto. Prefiero seguir trabajando contigo, estoy aprendiendo mucho a tu lado y me gustaría seguir.

—Por mi parte, genial. Y una vez aclarado lo del trabajo, me gustaría saber si querrías que siguiéramos con esto... Y no solo en la oficina. Quiero decir que podríamos tener sexo no solo en mi despacho. Tengo un apartamento a unas cuerdas de aquí con unas vistas increíbles y una cama infinita...

—¡Qué tentador! —exclamó Audrey con una sonrisa traviesa.

—También, cuando quieras, podríamos salir a tomar una copa...

—Y hacerlo en el reservado de algún club de mala reputación —le interrumpió Audrey que se

lo estaba pasando genial.

—Otro día también podríamos ir a dar un paseo por el parque...

—Y hacerlo al aire libre, entre...

Audrey no pudo acabar de escandalizarle porque apareció el camarero para tomar nota y tuvo que hacerse la chica correcta y formal.

Capítulo 16

Después de una cena exquisita, en la que Audrey descubrió las croquetas de jamón ibérico, el salmorejo, la tortilla de patata y el pulpo a la gallega, dieron un paseo bajo la noche estrellada de primeros de mayo, por el Upper East Side.

—No conocía la comida española, pero es espectacular —reconoció Audrey, encantada de la velada.

—Tenemos que ir a Madrid. Te voy a llevar a un bar donde sirven las mejores patatas bravas del mundo.

—¿Eso qué es?

—Patatas con una salsa de tomate picante. Es una tapa sencilla y sabrosa que toma todo el mundo en el aperitivo con una caña, una cerveza que te sirven en un vaso. Y te lo tomas al sol, en una plaza, repleta de gente, de risas, de vida. En Madrid todo es bullicio, todo es intenso, todo es luminoso. Sé que te va a encantar. ¿Por qué no nos vamos ahora mismo?

A Audrey se le iluminó la mirada, pero obviamente sabía que estaba hablando en broma:

—Sí, claro, además estás de suerte. ¡Llevo el pasaporte en el bolso!

—Perfecto —dijo Duncan, mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

—¿Cómo que perfecto? Estás de broma, ¿no?

Duncan sonrió, negó con la cabeza y habló con determinación a la persona que había respondido a su llamada:

—Simon, necesito volar lo antes posible para Madrid, estoy en el Upper East Side, ahora mismo voy a coger un taxi en dirección al aeropuerto. Tenlo todo listo. Viajo con Audrey. ¡Nos vemos!

Audrey que le miraba alucinada, negó con la cabeza y le aseguró:

—Yo no pienso volar.

—¿Por qué? —preguntó Duncan, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Porque sé la fortuna que cuesta un vuelo Nueva York-Madrid en el Gulfstream 6550, que es el jet que está siempre dispuesto para que tus clientes loquitos hagan esta clase de despliegues. Y me niego a que gastes semejante dinero en darme a mí el caprichito de probar unas patatas bravas. A mí estas cosas no me deslumbran, al contrario ¡me parecen hasta indecentes!

Duncan puso una cara de demonio tremenda, entornó los ojos y le susurró al oído:

—Indecente será lo que hagamos en el avión durante el vuelo. De lo demás, no tienes de qué preocuparte.

—Claro que me preocupo. No pienso permitir que hagas semejante desembolso para que me tome el sábado una tapa en una plaza de Madrid. Y luego qué ¿nos volvemos al momento para estar tomando una copa el domingo a las nueve de la noche en Manhattan?

—Si es lo que te apetece... —dijo Duncan encogiéndose de hombros.

Audrey frunció el ceño y le recordó a su jefe que ella no era de su tribu:

—Yo no me muevo por la vida en jet privado. Yo no juego en esta liga, señor Stone. Yo soy una chica sencilla, de gustos normalitos. Mañana podemos ir a pasear por Central Park, ver una

exposición en el MOMA, ir al cine en la Quinta Avenida... Cosas así, pero no la locura de despilfarrar un montón de dinero en un viaje repentino.

—No te preocupes por mi bolsillo. Yo decido en qué gastar y quiero hacer este viaje.

Audrey sabía que su jefe era un terco de narices, pero ella no pensaba claudicar:

—Pero a mí me parece obsceno hacer semejante gasto solo para pasar apenas un día en Madrid.

A Duncan, que se moría por hacer ese viaje con ella, de pronto se le ocurrió algo que podía hacerle cambiar de opinión:

—Sabes que tenía varias reuniones en Madrid para finales de mes. Pero seguro que no hay problemas si las cambio. Mis clientes europeos son mucho más laxos que los orientales. Y más Luis Sánchez y Pepe Espinosa, que además de clientes, son amigos...

—Eso me haría sentir mejor porque sería un viaje de negocios. Pero ¿cuántos días serían? Yo tengo muchísimo lío en la oficina...

—Nos podríamos quedar hasta el miércoles. En el avión dispones de iPad y de portátil. Puedes trabajar en remoto desde cualquier sitio... Y las vistas al Retiro del apartamento de mi amiga Sophie son realmente de ensueño. No te las puedes perder.

Audrey estaba alucinada con la capacidad que tenía ese hombre para enredarla, pero para que viera que ella no estaba tan loca como él, le recordó:

—¿Cómo voy a viajar con lo puesto?

—De eso se ocupa Sophie... Ella alquila apartamentos de lujo por la ciudad y tiene a un equipo fantástico de gente que cuida los detalles. Le diré que vamos sin maleta y que nos tenga preparado todo lo necesario para pasar unos días...

Audrey puso una cara de agobio tremenda porque estaba ya desbordada:

—Pero eso es más gasto todavía...

Duncan se revolvió el pelo con la mano y le recordó para que se quedara tranquila:

—Tú sabes el volumen de negocio que mueve mi empresa. Puedo permitirme estas cosas, que también dan trabajo a otras personas. Sophie vive de esto y sus empleados también. Gasto porque puedo y gasto porque debo.

Audrey sonrió, se echó el pelo a un lado y musitó para que le entendiera:

—Estoy un tanto descolocada. Comprende que yo pensaba que esto iba a ser una cena y tal vez una copa en otra parte... Pero cena, viaje en jet privado y estancia de varios días en Madrid es algo que en la vida podía haber imaginado. Yo no estoy acostumbrada a estas cosas...

—Solo tienes que decir sí o no. Del resto me ocupo yo.

Duncan entonces la tomó por la barbilla y la besó en los labios de una forma tan *sexy* que a ver quién era capaz de decir que no:

—Eres un tramposo. Me estás manipulando —le susurró ella con los labios pegados a los de él.

Luego, le agarró por el cuello y le besó profundo y húmedo, muy intenso, en tanto que él la estrechaba contra su cuerpo y ella notaba su tremenda dureza.

Y ya cuando el beso acabó, y los dos estaban con los corazones acelerados, él puntualizó:

—Te equivocas. Y parece mentira que no me conozcas. Lo que estoy haciendo es negociar.

Audrey sonrió, con los ojos chispeantes, y reconoció:

—Lo cierto es que acabas de llevar la negociación a un punto muy interesante.

—Sí, pero lo que yo quiero es llevarla a un punto tan irresistible que tú misma vas a parar el taxi que nos lleve al aeropuerto.

Audrey retándole con la mirada, sonrió traviesa, y dijo con una voz seductora:

—Muéstrame cuál es ese punto, señor Stone... A ver si puedo resistirlo...

Y Duncan con todo su descaro, empujó a Audrey contra el escaparate de una tienda de ropa, la besó con una pasión loca y luego con suma discreción coló una mano por debajo del vestido, la deslizó por el muslo, apartó la braguita y comenzó a acariciar el sexo de Audrey que se mordía los labios de puro deseo.

—¿Cómo te parece que avanza la negociación, señorita Lacer?

Duncan empezó a dar golpecitos sobre el clítoris y Audrey no podía creer que eso estuviera pasando...

—¡Dios mío! ¡Eres un diablo!

Audrey cerró los ojos, desbordada por las sensaciones y con unas ganas infinitas de sentirle dentro.

Cosa que sucedió al instante, porque él, como si le hubiera leído el pensamiento, le introdujo un par de dedos, mientras decía:

—Todavía puedo serlo más...

Luego, sacó los dedos, se lo chupó de una forma tan escandalosa que Audrey creyó que se corría ahí mismo, y con su sexo palpitante, ávido por liberar toda la energía sexual retenida, vio que venía un taxi y se lanzó a pararlo.

Duncan disfrutando de su triunfo, le abrió la puerta del taxi, mientras le susurraba al oído:

—La mejor estrategia de negociación es la de ganar-ganar. ¿No te parece, señorita Lacer?

Audrey que estaba a punto de abrasarse de la excitación que tenía, entró en el taxi, Duncan se sentó a su lado, le pidió al taxista que los llevara al aeropuerto y luego volvió a introducir la mano por debajo del vestido.

Muy discretamente, lento y suave, apartó las braguitas, ella abrió las piernas, él se coló otra vez entre sus pliegues y comenzó a tocarla.

Audrey suspiró, echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar por esas caricias exquisitas.

Y es que Duncan sabía también lo que hacía, conocía tan bien su cuerpo, que solo tuvo que estar un poco así, estimulándola con la presión y la intensidad justas, para arrancarle tal orgasmo que él tuvo que agarrarla fuerte por el cuello y besarla para sofocar el grito.

Luego, se miraron y él le dijo con esa mirada salvaje suya:

—Es lo que pasa cuando se negocia bien. Las dos partes ganamos.

—Y de qué manera... —musitó Audrey, que aún estaba sintiendo las contracciones orgásmicas.

—Y habrá muchos más...

Audrey se ruborizó porque escuchar esa frase en labios de ese hombre tan *sexy* y con esa voz era como para orgasmar otra vez:

—No me puedo creer que vaya a hacer esta locura.

—Créetelo, porque la estás haciendo ya —susurró con los labios pegados a los de ella.

Audrey le besó en los labios suave y lento, de un modo que Duncan encontró de lo más dulce y luego le dijo ya que aquello no tenía vuelta de hoja:

—¡He sido una ilusa! ¿Cómo he podido llegar a pensar que por una vez no ibas a llevarte el gato al agua?

—Te repito que los dos ganamos. Esas son las mejores negociaciones. Y esa es mi mayor habilidad...

—Tienes muchas otras —reconoció, pensando en el pedazo de orgasmo que le había procurado.

Duncan le dio un beso sutil en el cuello y luego le susurró al oído:
—Tú sacas lo mejor de mí...

Capítulo 17

Dos horas después, Audrey estaba subida en un jet privado rumbo a Madrid y con el liante de su jefe al lado.

—Ahora entiendo por qué la gente paga auténticas fortunas por subir a uno de estos chismes. Esto es genial —dijo tras dar un sorbo a su champán.

—Me agrada que te guste —replicó Duncan mientras pensaba que todo era genial porque estaba ella.

Audrey negó con la cabeza, agitó la copa al aire y reconoció:

—No me gusta. ¡Me pirra! Es todo tan elegante y acogedor a la vez... Y esto de tener este butacón en el que poder estirarte entera durante un viaje largo sería como yo definiría el lujo. Si llegas a ver el avión en el que viajé a Paris, te daría algo. Apenas me podía mover...

Duncan sonrió como un estúpido, pensó, pero es que Audrey no le podía parecer más encantadora y replicó:

—He subido en esos aviones...

Audrey le miró sorprendida porque pensaba que él se había pasado la vida entera subido en un jet privado:

—¿Tú has viajado en turista?

—Alguna vez, sí, cuando era jovencito. Luego, tuve suerte y acabé comprándome mi propio avión. Era mi sueño. Aunque primero me hice piloto... —confesó Duncan sin darle importancia.

Audrey le miró fascinada, pues ese hombre era una auténtica caja de sorpresas:

—¿De verdad que sabes pilotar estos cacharros?

—Sí. Pero luego fui comprando aviones y descubrí que me gusta más dirigir mi compañía desde tierra.

—¿Tienes muchas horas de vuelo como piloto?

—Unas cuantas. Pero ya te digo que ahora disfruto más estando en el despacho, y más desde que estás tú.

Audrey sintió una punzada en el vientre de lo más tonta, sonrió y le dijo pícaro:

—Yo también disfruto mucho en tu despacho...

Duncan le clavó la mirada, después la bajó a la boca jugosa de Audrey y musculo:

—Hay tantos sitios donde podemos disfrutar...

—Este modelo de avión sé que tiene una cama espectacular, porque estoy harta de mandarles fotos a los clientes —replicó Audrey jugando a ser una chica traviesa.

—¿Tienes sueño, señorita Lacer? —preguntó Duncan que de pronto posó el dedo índice sobre el labio inferior de Audrey.

—Mucho —respondió, cerrando los ojos para sentir cómo él recorría sus labios con la yema del dedo.

—Mírame...

Audrey le miró, y de solo sentir esa mirada tan intensa, se estremeció entera:

—Eres muy malo, señor Stone —musitó ella acercando los labios a los de él.

—No sabes cuánto —replicó él, con unas ganas infinitas de fundirse con ella.

Y luego, la tomó por el cuello y la besó con tanta exigencia y voracidad que Audrey solo deseó que la desnudara y se lo hiciera ahí mismo.

Pero en su lugar, tras el increíble beso, él se puso de pie, tiró de su mano para levantarla, la cogió en volandas, la llevó así hasta la parte de atrás, y la dejó sobre la cama.

Entonces, Duncan cerró la puerta, le quitó los tacones sin dejar de mirarla a los ojos con esa mirada salvaje, y le dio un lengüetazo de lo más erótico en el empeine.

A continuación, siguió ascendiendo entre besos y mordisquitos por los muslos, hasta acabar en el sexo de Audrey que no paraba de gemir con las manos aferradas al pelo de Duncan.

Y así, tras estimularle el sexo con la braguita aún puesta, decidió ir más a allá, porque necesitaba saborearla, sentirla, tenerla en su boca, así que le quitó la prenda y la recorrió entera con su lengua.

La lamió, la chupeteó, se hundió dentro de ella, haciéndole sentir tanto que notó cómo le clavaba las uñas en los hombros y le imploraba por el orgasmo.

Duncan que estaba muy excitado, se apartó de esa delicia, de ese manjar exquisito del que jamás iba a cansarse, se quitó los *jeans* y los calzoncillos y se enfundó un condón que sacó de la cartera.

Audrey se quedó mirándole extasiada, porque ese cuerpo perfecto y el miembro duro listo para ella, era un espectáculo para perder el sentido.

Y Duncan sintió algo parecido, pues al verla tumbada en la cama, con las piernas abiertas, su sexo dispuesto para él, y el vestido subido hasta las caderas, le pareció tan excitante que hasta soltó un gruñido.

Luego se tumbó sobre ella y la besó en el cuello hasta hacerla gemir de puro placer. Y acto seguido, siguió bajando hasta los pezones que mordisqueó a través de la tela.

Y Audrey deseosa de sentir más y más, le suplicó con los ojos brillantes de excitación:

—Deja que sienta tu desnudez sobre la mía...

Duncan sonrió como un diablo, se apartó un poco para tirar del vestido y sacárselo por la cabeza, y luego tras recorrer su cuerpo con ambas manos desde el cuello hasta el ombligo, le rompió el sujetador con fuerza.

A Audrey esa urgencia y esa necesidad, la puso más todavía y le agarró por el cuello para besarlo desesperada.

Duncan le devolvió el beso, al tiempo que se colocaba sobre ella y se hundía hasta el fondo implacable.

—Eres tan estrecha, Audrey. Me vuelves loco...

Y la devoró la boca, besándola apasionado...

Un beso que sofocó el grito de Audrey y entonces Duncan empezó a penetrarla con tanta exigencia que ella sintió como si sus costuras fueran a romperse y a estallar en mil pedazos.

Porque ese hombre estaba dentro de ella, llenándola entera, por completo, como nadie, hasta un límite que ni sospechaba que podía alcanzarse.

Pero ahí estaba Duncan, demostrándole que se podía, que se podía ir más allá de casi todo. Que él podía acabar hasta con el último de sus vacíos...

Y se lo demostraba penetrándola implacable, sin tregua, dándoselo todo, hundiéndose hasta el fondo, llevándola hasta un punto desconocido que estaba ya más allá de todo. No era placer ni dolor, era otra cosa...

Algo tan fuerte que hizo que clavara las uñas en las nalgas duras de Duncan, que ella elevara un

poco más las caderas para enterrársela más y que con solo la fricción de los sexos, sucumbiera a un orgasmo brutal...

—Eso es preciosa, dámelo, déjame que sienta bien fuerte tu orgasmo —dijo Duncan, a la vez que le metía un par de dedos en la boca para sofocar el grito.

Audrey desbordada por las sensaciones, y mientras las contracciones orgásmicas no cesaban, mordió esos dos dedos y luego los aceptó hasta el fondo.

Duncan al ver lo que acababa de hacer, le preguntó con unas ganas tremendas de hundirse en lo más profundo de su garganta:

—¿Quieres tomarme con tu boca? ¿Lo deseas, preciosa?

Audrey asintió con la cabeza, porque lo deseaba con todas sus ganas.

Y Duncan le concedió el deseo, pues cuando notó que los fuertes orgasmos desaparecían, se salió del interior estrecho y cálido, mientras le decía:

—Estoy sano. Me hago controles periódicos. Practico siempre sexo seguro.

—Yo también —musitó Audrey, viendo cómo él retiraba el condón.

Y tras decir esto, agarró el miembro con la mano, se agachó y se lo metió en la boca hasta la mitad sin dejar de mirarle.

Duncan al sentir esa boca jugosa y ardiente sobre su sexo gimió y se tumbó hacia atrás, en tanto que ella empezaba a hacérselo con la boca.

Cada vez más profundo y más intenso, arrancándole tales gemidos que sintió que estaba a punto de desbordarse:

—Ya casi lo tienes, preciosa —masculló agarrándola por el pelo para tomar el control de las penetraciones.

Audrey se excitó tanto al escuchar aquello, que descendió con una mano hasta su sexo, para estimularse fuerte el clítoris, mientras Duncan le penetraba la boca más implacable que nunca.

Era una locura, una locura que jamás había disfrutado con nadie, con sus mandíbulas tensadas al máximo, y dos lágrimas recorriendo su rostro del esfuerzo de aceptarlo dentro más y más...

—Sigue, preciosa, sigue... Ya noto cómo sube mi leche... ¿La quieres? ¿Quieres mi semilla en tu garganta?

Audrey al escuchar esas palabras tan lascivas notó como sus pezones se pusieron duros como diamantes, cómo su clítoris estaba ya a punto de estallar y solo pudo asentir.

Porque era su premio, porque lo merecía, porque necesitaba sentir su esencia caliente y espesa, porque era suyo...

Y Duncan que ya no podía más, tras sentir que un torrente de energía sexual brotaba desde los riñones, gritó y se descargó entero en la boca de Audrey que justó en ese instante se pellizcó el clítoris y estalló en otro orgasmo furioso.

Un orgasmo espectacular, que la estremeció entera y que la desbordó, mientras tragaba las esencias de ese hombre, se nutría de él, y llevaba su placer hasta lo más profundo de ella.

Dentro, muy dentro.

Luego, Audrey cayó rendida a su lado, mirándole extasiada porque aquello era lo más especial que había vivido en la vida.

Y, entonces, Duncan que estaba con el corazón a mil y que la miraba igual de admirado por lo que acababan de hacer, la besó en los labios que sabían a él y le susurró:

—Eres perfecta.

Audrey se emocionó al escuchar aquello y de repente notó que vibraba, ella y todo...

—Dios... ¿Está vibrando todo o qué está pasando?

Duncan la abrazó fuerte y le dijo tras besarla en la frente:

—Son turbulencias, tranquila.

A Audrey le daban terror, por eso se aferró fuerte a él y le pidió:

—No me sueltes. Me dan pánico...

—Descansa en mi pecho, preciosa. Está todo bien. Estamos a salvo. Juntos lo estaremos siempre. No va a pasar nada. Te lo prometo.

Audrey cerró los ojos y se sintió tan segura, tan en casa, con la certeza que estaba donde debía, que ese era su lugar en el mundo que, a pesar de las malditas turbulencias, se relajó y al poco cayó en un profundo sueño.

Capítulo 18

Al día siguiente, y aunque todavía ni se lo creyera, Audrey estaba sentada en una plaza de Madrid, con una caña en la mano y tomando patatas bravas.

Todo era luz, bullicio, alegría, sol y vida estallando por todas partes.

Y estaba feliz como no recordaba...

—Muchas gracias por traerme, Duncan. Ahora entiendo por qué te enamoraste de este lugar.

—Estuve viviendo aquí, en Malasaña, este barrio tiene mucho sabor. Me fascina. Pero ahora que estás tú me gusta mucho más todavía.

Duncan la agarró de la mano, entrelazaron los dedos, y se miraron de una manera que cualquiera que los estuviera mirando pensaría que estaban enamorados.

Pero no lo estaban, o al menos ninguno de los dos había manifestado estarlo.

Tan solo se limitaban a vivir el aquí y el ahora y no se preocupaban por nada más.

—Yo es que solo viviría esta locura contigo... Cenar en Nueva York y tomar el aperitivo en Madrid. ¡Qué increíble! En cuanto se lo conté anoche a Kate, antes de que despegáramos, se quedó atónita. De hecho, pensó que le estaba gastando una broma.

—Para mí estas cosas son normales. Tú ya sabes que me paso el día volando —le recordó Duncan, dando un sorbo a su cerveza.

—Pero para el resto de los normales es algo excepcional. Y a la que no he dicho nada es a mi madre. La llamé antes de salir a cenar, pero no sé cómo contarle que estoy en Madrid. Hablamos a diario, estamos muy apegadas, le cuento todas mis cosas. Bueno, todas no...

Audrey se ruborizó y para salir del paso, agarró el tenedor y se puso a comer patatas bravas:

—¿A qué te refieres en concreto? —preguntó Duncan, que se acercó a ella para darle un mordisquito en el cuello.

Luego soltó su mano para probar también las patatas...

—Estás patatas son adictivas. Podía pasarme la vida entera comiéndolas. ¿Con qué harán esta salsa? ¡Está de vicio! —exclamó Audrey que no paraba de comer.

Duncan le miró divertido y le exigió, negando con la cabeza y comiendo también sin parar:

—No te desvíes de la conversación y responde. ¿Qué es eso que no le has contado a tu madre? ¿Acaso que tienes un lío con el libertino de tu jefe?

—Tú no eres un libertino.

—Tampoco un santo. He salido con mujeres, pero desde lo de Malibú solo te tengo a ti en la cabeza. Es que ni cuando mi romance terrible con la innumerable dejé de pensar en ti.

—Yo tampoco he estado con nadie desde lo de Malibú... —confesó Audrey con la boca llena.

—Jajajajaja. Me encanta que estés disfrutando tanto de la tapa.

—¡Estoy por pedir otra!

—Jajajaja. Pues la pedimos —dijo levantando la mano y pidiendo otra de bravas al camarero en un perfecto español.

—Parece que eres un madrileño más —observó Audrey, admirada de su don de gentes y su talento para los idiomas.

—Me enamoré de este lugar, ya te lo dije. Y hablando de enamoramientos ¿le contaste a tu madre que conociste a un hombre excepcional en Malibú? —bromeó, con su cara de diablo.

A Audrey el hizo gracia la broma y le contó recordando aquellos días:

—Mi madre sufrió muchísimo al verme tan mal por Antoine. Y confiaba en que un cambio de aires me vendría bien. Y acertó. Porque durante esa semana contigo volví a ser yo. Y se lo conté a mi madre. A ver, no le conté que no salíamos de la cama. Le dije que conocí a un chico maravilloso con el que trabé una buena amistad.

Duncan dio un sorbo a su cerveza y preguntó con suma curiosidad:

—¿Y sabe que ese joven con el que trabaste esa casta amistad es tu jefe?

Audrey asintió con la cabeza y le contó la teoría de su madre:

—Sí. Se lo conté y me dijo que ella no creía en las casualidades. Que todo pasaba por algo. Que el destino nos quiere juntos y que trabajar día a día es una oportunidad estupenda para conocernos a fondo y quién sabe lo que pueda surgir.

A Duncan le gustó mucho escuchar aquello, porque era bueno tener en la madre una aliada y replicó:

—Es una teoría interesante...

—Puede ser. Pero yo siempre le digo que no se haga ilusiones con lo que puede surgir. Porque la veo venir... Ella es una romántica empedernida. Y yo ya le he dejado claro que estoy en Dunfly para trabajar y solo trabajar.

Duncan negó con la cabeza, sonrió y le recordó que hacía algo más:

—Y tener encuentros de alto voltaje con tu jefe cabrón.

—Eso no se lo voy a contar, como comprenderás... Y no es por no escandalizarla... Es que como le contara que tengo encuentros sexuales contigo, ya empezaría a pensar en romance, en bodas y en niños. Y no. Yo tengo muy claro que esto es solo sexo y nada más que sexo.

Duncan prefirió no seguir hablando del tema, porque no le gustaba demasiado. A ver, le gustaba que Audrey quisiera seguir teniendo sexo con él, pero eso de que tuviera tan descartada la opción de enamorarse le producía tristeza.

Sobre todo, porque le daba pena que Antoine le hubiera hecho tanto daño y también porque no sintiera por él algo tan fuerte como para mandar a la mierda todos sus principios.

Pero era lo que había...

—Las madres siempre quieren lo mejor para nosotros —dijo Duncan.

—Pero es que en este momento lo mejor para mí es no tener nada serio. Lo mejor es centrarme en mi carrera y luchar duro por mis sueños.

—Mientras tienes sexo salvaje con tu jefe... —apuntó Duncan apurando su cerveza.

Audrey hizo lo mismo con la suya, asintió con la cabeza y reconoció:

—Exacto. Es un plan estupendo.

Duncan se acercó a ella, la besó en la boca y luego le preguntó al oído, acariciándole con los labios la oreja, de un modo que no podía resultar más excitante:

—¿Y qué te parecería si extendiéramos esas sesiones de sexo a otros espacios?

Luego se apartó, la miró con los ojos chispeantes de deseo y Audrey preguntó:

—¿Espacios como cuáles?

—Mi apartamento, por ejemplo.

Audrey sonrió, clavó la mirada en la de ese hombre que sabía excitarla con solo decirle cuatro palabritas al oído y respondió con unas ganas locas de hacerlo otra vez:

—No tendría inconveniente en visitar tu apartamento de vez en cuando.

Audrey dejó caer una mano sobre el muslo de Duncan, con toda la intención, y luego ascendió hasta casi rozar la entrepierna que intuía durísima.

Y es que él solo tenía que estar cerca de Audrey, escucharla, olerla y sentirla para ponerse como una moto.

Y más, cuando le rozó sutilmente un pezón, la agarró del cuello, la besó en la boca y masculló con los labios pegados a los de ella:

—No quiero que visites mi apartamento de vez en cuando. Te quiero en mi cama todas las noches.

Audrey sintió que le daba un vuelco al corazón, se mordió los labios y, mirándole perpleja, confesó:

—No hay noche que no piense en ti. Y me toque...

Duncan le rozó la mejilla y le preguntó ávido por hacerle el amor otra vez:

—¿Para qué vas a tocarte cuando pueden ser mis dedos los que lo hagan, cuando puedo ser yo el que se hunda muy profundo, el que te arranque los orgasmos y te lo dé todo para que me pidas más y más y siempre más?

Audrey cerró las piernas porque estaba sintiendo tal punzada en su sexo que hasta le dolía...

—Sabes hacerme arder la sangre como nadie, señor Stone.

Duncan le agarró discretamente de la mano que ella tenía posada en su muslo y se la colocó en su entrepierna que estaba abultadísima:

—Lo mismo digo, señorita Lacer.

Audrey apretó esa erección tremenda de una forma tan excitante que Duncan cerró los ojos y gruñó, luego ella apartó la mano y le cuchicheó al oído:

—Me muero por hacerlo otra vez...

Y eso que después del vuelo, se habían ido al apartamento a cambiarse de ropa y lo habían hecho como salvajes en la ducha.

—Por eso lo más sensato es que te vengas a vivir a mi casa. Los dos ganamos.

—La negociación perfecta —dijo Audrey, sintiendo cómo él discretamente colaba una mano por debajo del vestido.

Entonces, abrió un poco los muslos para facilitarle el acceso, el ascendió hasta el sexo de Audrey y comprobó que estaba a punto para él.

Luego, le contó ansioso ya por fundirse con ella, porque no podía más, la quería poseer otra vez, sentir que era suya de nuevo:

—En aquella calle era donde yo vivía, el portal está siempre abierto y al fondo hay un chiscón. Los sábados el portero no está...

A Audrey se le encendió la mirada, se mordió los labios y replicó:

—Eso suena tremendamente interesante, señor Stone.

Duncan sacó un billete de su cartera, lo dejó sobre el platillo que el camarero había dejado con la cuenta, agarró a Audrey de la mano y sin pensarlo se fueron hasta el portal.

Una vez en el chiscón, él se arrodilló ante ella, la levantó el vestido, le rompió las braguitas y le devoró el sexo hasta llevarla al orgasmo.

Después, él se incorporó, se puso un condón, se besaron, le levantó una pierna y la penetró duro y profundo.

Audrey ahogó el gemido llevándose la mano a la boca y él continuó haciéndoselo, contundente, exigente, tan él, hasta que se corrió mientras pensaba que jamás conocería a nadie como Audrey.

Capítulo 19

Los días siguientes en Madrid fueron como unas pequeñas vacaciones, a pesar de que los dos siguieron trabajando. Así sacaron tiempo para pasear por el Retiro, visitar el museo del Prado, probar platos exquisitos y tomar copas en los lugares más de moda de la capital.

Y luego estaban las noches ardientes y los días, porque lo suyo era un no parar...

La atracción era tan fuerte que solo tenían que rozarse para que se desatara otra vez la pasión.

De hecho, así se lo contaba Audrey a su amiga Kate la última mañana de estancia en Madrid, mientras Duncan estaba de reuniones:

—¡Buenos días, amiga! ¿Qué tal sigue tu escapada romántica? —le preguntó Kate que la llamó nada más despertar.

—¿Qué haces llamándome a las seis de la mañana hora de Nueva York? —preguntó Audrey divertida.

—Como es imposible pillarte y en tus mensajes no cuentas nada, he decidido poner el despertador un poco antes y exigirte que me pongas al día.

Audrey suspiró, pensando en la pena que le daba que ese sueño se acabara y respondió:

—Antes de nada, debo puntualizar algo: no es una escapada romántica. Es una escapada que tiene un poco de todo menos romance.

—Jajajajaja. ¿Un poco de todo? Nena, no seas mala y cuenta de una maldita vez.

—Si es que tampoco hay mucho que contar, nos alojamos en un apartamento espectacular con vistas al parque del Retiro, estoy disfrutando de una gastronomía de primera, hemos hecho un poco de turismo, hemos visitado el Prado, hemos ido a locales de moda exclusivos, y seguimos trabajando como bestias. Eso es todo...

A Kate le supo a tan poco lo que acababa de contarle su amiga que replicó:

—No. Eso es todo lo que tú me quieres contar. Porque la chicha te la estás guardando para ti. Y no deberías hacerlo... Soy tu amiga. Y ya sabes que soy una cotilla.

—Jajajajaja. Sé perfectamente cómo eres. Igual que tú sabes que soy muy pudorosa. Lo único que te puedo contar sin ruborizarme es que tenemos una química sexual tremenda y que no paramos.

Kate soltó una carcajada porque la conversación por fin estaba tomando el derrotero adecuado y repuso:

—¿Lo hicisteis en el avión? ¡Qué morboso todo, por favor!

—Lo hicimos en el avión. Y en muchos más sitios, ¿no te digo que esto es imparable? Y va a más y más. Yo no sé dónde vamos a ir a parar —confesó Audrey, a la que le costaba un montón hablar de esos temas.

Sin embargo, su amiga lo tenía clarísimo:

—Ya te lo digo: os vais a enamorar perdidamente y yo seré tu dama de honor.

—Jajajajaja. Tía, pareces mi madre que siempre ve romances, bodas y niños hasta donde los hay. Por eso no le cuento nada, te lo digo por si te llamara, para ella Duncan y yo somos amigos y punto. En Malibú no hubo más que amistad y ahora igual...

Kate resopló porque aquello no había quién se lo creyera y le dijo:

—Audrey, tu madre es de todo menos imbécil. ¿Cómo se va a creer eso? Tu eres guapa, inteligente, *sexy*, divertida... Y él igual... ¿Cómo no vais a caer?

—Hemos caído, pero mi madre no tiene que saber nada. No quiero que se haga ilusiones con algo que no va a pasar de esto. Vamos, que es puro sexo y ya está. Yo tengo muy claro que no quiero complicarme la vida con el amor y todo el rollo...

Kate fingió que bostezaba porque había escuchado lo mismo muchas veces y habló:

—Rollo es el tuyo. ¡Qué pesadita te pones! Tú no quieres complicarte la vida, pero tu corazón va a hacer lo que le dé la gana. ¿Y Duncan qué dice? ¿Duncan también manifiesta que no quiere que la cosa vaya más allá?

—Lo último de Duncan es que me ha pedido que me vaya a vivir con él.

Kate lanzó un gritito histérico y luego se echó a reír como una loca porque aquello era la bomba:

—¡Toma ya! Pues sí que va deprisa... ¿Ves? Si ya te decía yo, tú dices que no quieres nada, pero él se te ha enamorado.

Audrey bufó de la tontería que acababa de escuchar y le aclaró a su amiga:

—¡No se ha enamorado! ¡Me quiere en su cama por las noches! ¡Y yo a él! Pero nada más. Esto es puro sexo. No sé cómo tengo que repetírtelo.

Si bien, Kate no pensaba bajarse del burro, pues aquello le sonaba muy raro:

—A ver, nena, esto no es muy normal. Quiero decir que tu jefe te lleva al quinto pino a que pruebes un plato, te tiene como una reina... ¿Te compra ropa?

—Nos vinimos sin maleta y su amiga nos trajo ropa. Ideal, por cierto. Le he dicho que se la voy a pagar, pero se ha negado. Y aquí estoy luciendo modelazos de firma, zapatos de impresión y hasta bolsos que valen un riñón.

—Tía, eso no es normal. No se está comportando contigo como un amante, tu jefe actúa contigo como si fueras su novia. ¿Pero quién se va de museos con la tía que solo quiere sexo? ¿O da paseítos por un parque? Y de la mano, porque seguro que vais de la mano...

Audrey resopló, pues su amiga había acertado, claro que iban a todas partes de la mano, pero eso no significaba nada.

—Vamos de la mano, pero no somos nada. A ver, nos estamos haciendo cada vez más amigos, nos admiramos, nos respetamos, nos atraemos y ya. Eso es todo...

—¡Nena, conozco matrimonios que no tienen ni un cuarto de eso! ¿No te das cuenta de que está empezando algo ahí muy gordo? Algo de lo que no sois conscientes, por eso te digo que no es una mera atracción sexual.

—Mira que eres terca, amiga. ¿Vas a saber tú más que yo? Te digo que esto no es amor. Es una mezcla de atracción y amistad y punto. Así que no me agobies más con el asunto —le pidió Audrey a su amiga, un tanto agotada ya con el tema.

—Mi intención no es agobiarte, es abrirte los ojos para que no dejes escapar la oportunidad de ser feliz. Te lo mereces, Audrey. Y ese hombre es muy especial. Es el tío perfecto para que superes de una vez tu miedo a amar y cierres al fin el capítulo de Antoine.

Audrey puso una mueca de asco y replicó molesta de solo escuchar ese nombre:

—Hace mucho que pasé página de lo de Antoine.

Pero su amiga opinaba de forma muy distinta:

—Pasarás página cuando vuelvas a amar. Y Duncan es el hombre perfecto para que lo hagas. Porque tienes que hacerlo, amiga. Solo entonces estarás curada.

—¿Eres abogada o psicóloga? —preguntó Audrey un poco molesta.

—Soy tu mejor amiga. Y solo quiero lo mejor para ti. Como tú para mí... Entonces, dime ¿te vas a ir a vivir con él?

—Es demasiada tentación como para decir que no —confesó Audrey abiertamente.

—Jajajajajaja. Ya verás cómo acaba esto, ya...

Audrey resopló porque su amiga era una pesada y replicó:

—¡Calla, que te digo que no! ¿Y tú qué tal? ¿Hay novedades con Grace? ¿Qué pasó el viernes en la cena?

—Fue como el culo—respondió Kate, cambiando por completo el tono de voz y pasando a uno abatido.

—¿Por qué? —preguntó Audrey que no soportaba ver a su amiga así.

—Fuimos a cenar al mexicano ese y apareció Blanca, una chica con la que me lie hace mil años. No sé si te acuerdas de ella...

—Perfectamente.

—Está trabajando de camarera allí, al vernos nos pusimos muy contentas. Porque, aunque lo nuestro no pudo ser porque tenemos caracteres muy parecidos, terminamos bien y nos hizo ilusión vernos. Y nada. Nos dimos un pico al saludarnos... Y si vieras cómo se puso Grace...

—¿Estaba celosa? —preguntó Audrey, quien vio en ese detalle la confirmación de que estaba enamorada de su amiga.

—¡Qué va! Empezó a decir que aquello estaba fatal, que esa camarera no podía ponerse a besuquear a clientes en horario de trabajo, que no era decoroso, que Blanca no tenía modales... Bueno, se puso tan pesada que le dije que dejara el tema, que no era para tanto. ¿Y sabes qué hizo?

—No —respondió Audrey, expectante por saber en qué acababa todo.

—Dejarme ahí plantada. Se fue sin darme más explicación y desde entonces no nos hablamos. Yo no entiendo nada te lo juro. Cuando estaba a punto de acariciar el cielo, porque yo pensaba que una cenita para dos era la promesa de algo bueno, resulta que se mosqueó por la tontería de la camarera y se ha estropeado todo entre nosotras —aseguró Kate que estaba con la moral por los suelos.

—Pero ¿tú le explicaste que con Blanca tuviste algo en el pasado?

—¡No me dio tiempo a explicar nada! Se lanzó a hablar, a criticar, a censurar, a despotricar y se fue. No me dio tiempo a decir ni mu.

Audrey lamentó lo sucedido, pero para ella estaba claro lo que había pasado:

—Yo creo que se puso celosa. Pensó que estabas liada con esa chica y perdió los nervios. Tienes que hablar con ella y aclararle todo.

—¿Yo? Perdona, pero es ella la que cometió la grosería de dejarme plantada —dijo Kate a la defensiva.

—¿Quién propuso el restaurante? ¿Tú?

—Sí —respondió Kate sin darle importancia.

—Pues no me digas más. Ella seguro que se había hecho ilusiones como tú con esa cena y cuál no fue su sorpresa que apareció una tía y te comió los morros. ¡Menudo chasco!

—Oye, no exageres, fue un pico.

—Sí, pero ponte en su lugar. Ella te invita a un restaurante y aparece una chica y la besa en la boca. ¿Qué piensas? ¿Qué haces?

Kate se quedó callada y tras resoplar solo pudo responder:

—Joder, Audrey, me estás dando demasiado que pensar. ¡Madre mía! ¡Qué cagada, entonces!
¿Y ahora qué diablos hago?

—Habla con ella. No dejes que esta situación se enquiste por más tiempo...

—Gracias por el consejo, amiga. Y tú sigue el mío... —le pidió Kate.

—¿El de enamorarme de mi jefe? Jajajajaja. No, gracias. ¡Estoy muy bien así!

Capítulo 20

A la vuelta de Madrid, Audrey se instaló en el apartamento de su jefe y la verdad fue que a partir de ese día sus noches fueron de lo más ardientes.

Pero no solo estaba el sexo, que era buenísimo, era que vivir con Duncan resultaba de lo más agradable, porque cuando llegaba a casa desconectaba de todo y sabía hacer de ese espacio una burbuja de...

A Audrey la palabra que siempre se le venía a la cabeza era de paz. Porque era lo que sentía cuando llegaban a casa y todo fluía de una forma perfecta.

No era como con Antoine que se llevaba los problemas del trabajo a casa, que siempre estaba crispado, enfadado o amargado.

Y rara era la noche que no tenían una bronca...

¿Cómo podía haber aguantado aquello?

¿Cómo no salió corriendo de esa relación tan tóxica?

Y encima para rematar no solo la engañó de una manera que no pudo ser más cruel y humillante, sino que la dejó con una herida que no sabía si algún día sanaría.

Porque si lo pensaba bien, si era honesta consigo misma, sabía que su amiga Kate tenía razón.

Antoine era pasado, pero su corazón no estaba curado y le daba miedo amar.

Se sentía mucho más cómoda con lo que tenía con Duncan, con la relación de sexo y amistad que solo le daba satisfacciones. Y no tenía que pensar en nada más.

No tenía miedo a ser herida, ni al abandono, ni al rechazo. Tan solo tenía que limitarse a tener buen sexo, a compartir risas y confidencias y ya está.

Y aunque a veces, como cuando se abrazaban en el salón para ver una película, o cuando se daban la mano después de hacerlo, le entraba algo por el cuerpo que se parecía mucho a lo que se siente cuando estás enamorada, de momento había conseguido mantenerlo a raya y así iba a ser.

Además, Duncan parecía también muy a gusto con la relación que tenían y no pedía nada más. Ni implicaciones emocionales, ni compromisos, ni nada.

Y eso era perfecto para ella.

Y así fueron pasando las semanas, hasta que un día de finales de junio, una mañana soleada, preciosa y muy calurosa, sucedió algo de lo más desagradable.

Y es que, a eso del mediodía, cuando Audrey y Duncan estaban en el despacho de este dándose un beso de lo más apasionado y él acababa de colar una mano por debajo del vestido, de repente la puerta se abrió y apareció la persona que menos podían imaginar.

—¡Dafne! ¿Qué demonios haces aquí? —gritó Duncan, apretando fuerte las mandíbulas, muy cabreado, y apartándose de Audrey.

Dafne le miró con desprecio, levantó la barbilla con su arrogancia habitual, y contestó:

—La pregunta es qué coño pinta esta aquí... ¿Desde cuándo tienes el mal gusto de tirarte a la poca cosa de tu asistente?

Duncan, echando chispas por los ojos del cabreo que tenía, le exigió furioso:

—¡No voy a consentir que hables así de Audrey! ¡Sal de aquí ahora mismo o me veré obligado

a llamar a seguridad!

—¡Y yo que venía a pedirte disculpas! ¡Qué decepción más grande, Duncan Stone!

—A mí no me tienes que pedir disculpas, pero a Audrey sí. Es más, te exijo que lo hagas —le ordenó Duncan.

—Yo no necesito las disculpas de esta persona. Lo que quiero es no verla más en la vida —intervino Audrey.

Dafne la miró muerta de asco y exclamó haciendo muchos aspavientos con las manos:

—¡Ese era tu plan desde el principio! ¡Deshacerte de mí! ¡Y yo caí en tu red! Pero no pienso consentir que sigas haciendo de las tuyas, y esa es la razón, Duncan, por la que estoy aquí. Primero, venía a pedir perdón por mi comportamiento, lo de la boda me estresó mucho, y reconozco que pude a llegar a ponerme un tanto insoportable. Pero yo te quiero, mi amor es sincero, y soy de tu misma clase social. No como esta, que va de mosquita muerta, pero en el fondo es una arribista que se ha pegado a ti para sacarte hasta los higadillos.

Duncan apretó fuerte los puños, preso de la ira, luego señaló la puerta y le ordenó a Dafne:

—¡Fuera! ¡No quiero escucharte ni una palabra más! ¡Deja de mentir, por Dios! Tú ¿qué vas a querer? Tú no te quieres más que a ti misma.

Dafne se echó a reír, como una loca histérica y luego repuso alteradísima:

—Jajajajajaja. ¡Esta sí que es buena! Así que resulta que la mentirosa soy yo... ¡Acabáramos! Pues no. Estás muy equivocado, Duncan. Aquí la única mentirosa que hay es la rastrera de tu asistente que...

Duncan se fue a la puerta, la abrió y le exigió con un gesto de la cabeza:

—¡Calla! ¡No te consiento ni un insulto más! ¡Fuera!

Dafne, que no estaba acostumbrada que nadie la tratara así, frunció el ceño, se situó frente a Duncan y habló cabreadísima:

—Antes de irme debes saber algo, por eso he venido a verte hoy. Aparte de para abrirte mi corazón y decirte...

Duncan la miró airado y la interrumpió para soltarle:

—¿Tienes corazón, Dafne? ¡Deja de decir bobadas y sal de aquí!

—No pienso irme sin desenmascarar a la sinvergüenza de tu asistente...

Duncan agarró la puerta, la apuntó con el dedo índice y gritó:

—¡Sal de mi vida para siempre! Aquí la única que no tiene vergüenza eres tú. ¿Cómo puedes caer tan bajo? ¿Cómo te atreves a venir aquí, a mentirme y a difamar a Audrey que es la persona más decente, íntegra y sincera que conozco? ¡Me das asco!

Dafne agarró a Duncan por los hombros, porque no pensaba irse de allí sin delatar a su asistente:

—¡Escúchame, maldita sea! Ayer me encontré con Erik Holm en una fiesta y estuvimos hablando de tu asistente.

Duncan se apartó de ella, dando un paso atrás, y justo en ese instante Audrey se echó las manos a la cara de la vergüenza que tenía encima.

—¡Te diría maravillas, imagino! Gracias a Audrey, Erik Holm colabora con nosotros y los clientes están encantados con su cáterin.

Dafne se quedó mirando a Audrey con una sonrisa triunfante y la interpeló diciendo:

—¿No tienes nada que contarle a tu jefe, Mandy, Candy o como diablos te llames?

Duncan miró a Audrey y se percató de que algo pasaba, tenía los ojos llenos de lágrimas y una cara de pena infinita:

—¿Qué pasa, preciosa? —le preguntó Duncan, con una gran preocupación.

Si bien, quien respondió fue Dafne que altiva, y ansiosa por aplastar a Audrey como si fuera un mosquito, replicó:

—Yo te voy a contar lo que le pasa, resulta que me puse a hablar con Erik, le conté lo bien que estaba funcionando su cáterin en tus vuelos y se quedó muy extrañado. Porque resulta que él jamás ha hecho ni un solo cáterin para Dunfly...

Duncan, que ya no podía más, le gritó ya fuera de sí, agarrando la puerta:

—¡Vete ahora mismo con tus mentiras! ¡No me creo ni una de tus palabras! ¡Y olvídate de mí para siempre!

Audrey con dos lágrimas recorriéndole el rostro, miró a Duncan y le confesó:

—Está diciendo la verdad. Erik Holm jamás ha hecho un cáterin para tu compañía.

Y agachó la cabeza, muerta de la vergüenza, mientras Dafne no paraba de reír satisfecha con su hazaña:

—¡Esta es tu señorita, Stone! ¡Aquí la tienes! ¡Tal y como es! ¡Una vulgar mentirosa! ¿Vas a seguir confiando en ella, Duncan? Porque si hay algo que tú odias son las mentiras. Y te recuerdo que ha sido capaz de estar engañándote durante meses, sin arrugarse lo más mínimo. ¡Qué descaro! ¡Menuda zorra! Y si miente en esto, seguro que te ha mentido en todo lo demás. No dudes de que está contigo por puro interés. Así que, si te ha jurado amor eterno, no la creas, pues seguro que de lo que se ha enamorado es de tu cuenta corriente. ¡Todas las de su pelaje son iguales! ¡Se hacen pasar por pobrecitas y realmente son unas sanguijuelas! ¡Abre los ojos de una vez, Duncan! ¡Y ponla de patitas en la calle!

Duncan sacó su teléfono móvil de la chaqueta, con un cabreo monumental y amenazó a Dafne:

—O te vas ahora mismo, o llamo a seguridad. Pero supongo que no quieres que todo Nueva York se entere de que te sacaron de esa manera de mi edificio.

Dafne se echó a reír como una loca, miró a Duncan espantada y exclamó:

—¡Soy yo a la que quieres echar! ¿Perdona? Aquí la única trepa mentirosa es esa... Yo estoy aquí para proteger tus intereses, porque me preocupas, porque deseo lo mejor para ti...

Duncan que ya no podía más, llamó a seguridad, pero justo en ese instante, Dafne dijo ofuscadísima:

—Me voy. No hace falta que me sometas a semejante humillación. Pero que sepas que esta afrenta la vas a pagar muy cara, Duncan.

—¡Me importa una mierda lo que hagas, Dafne!

Ella salió del despacho, dando un portazo tremendo y Duncan se quedó mirando a Audrey que no paraba de llorar desconsolada:

—Lo siento mucho, Duncan... Lo siento de todo corazón...

Duncan se acercó a ella, la abrazó muy fuerte, para que sintiera que no pasaba nada y ella lloró con más fuerza todavía.

—Tranquila, preciosa, está todo bien. No llores así, te lo suplico...

Audrey se apartó un poco, le miró bañada en lágrimas y replicó entre hipidos:

—¿Cómo no voy a llorar si te he metido y he traicionado tu confianza?

Duncan sacó un pañuelo de su chaqueta, le enjugó las lágrimas y tras besarle suave en los labios respondió:

—Lo que hiciste fue dar una solución a un problema. Yo te presioné muy duro para que consigueses al maldito cocinero. Y tú lo resolviste de la mejor manera posible...

—¿Mintiéndote? ¿Copiando las recetas de Erik y haciéndolas pasar por tuyas? ¡Es algo

completamente deshonesto que no tiene justificación!

—Se justifica porque tienes un jefe cabrón que te abocó a hacer semejante cosa.

Audrey negó con la cabeza, le miró muerta de pena y musitó:

—Tú no eres un jefe cabrón, eres un gran tío y yo lamento en el alma haberte decepcionado...

Capítulo 21

Duncan le preparó una tila a Audrey mientras ella no podía parar de llorar desconsolada. Después, se sentó con ella en el sofá, le obligó a que se tomara la infusión y le dijo, y no para que se calmara, sino porque era la pura verdad:

—Te admiro tanto, señorita Stone. Jamás he conocido a nadie con semejante capacidad de trabajo. Y por si no tenías bastante con todo lo que te esfuerzas en la oficina, has estado llevándote trabajo a casa todo este tiempo, haciendo el cáterin de la compañía. ¡Eres increíble!

—¡No exageres tampoco! De la compañía entera, no. Afortunadamente no todos los días nos piden que les demos el cáterin del cocinero estrella. Pero sí, he estado cocinando todo este tiempo cuando llegaba a casa. Me relaja...

—Y lo haces muy bien, cuando nadie se ha dado cuenta de que eran tus platos.

—Se me da bien copiar recetas. Antoine me preparó a conciencia, era un perfeccionista obsesivo que no permitía equivocarse con el más mínimo ingrediente. Los platos había que clavarlos, porque de lo contrario se desataba su furia, y yo soy de esa escuela. Por eso, para mí resultó relativamente fácil plagiar las recetas de Erik Lohm.

Duncan sonrió, pues le pareció que a pesar de todo lo que llevaba llorado, estaba sencillamente preciosa. Siempre lo estaba:

—¿Y estabas dispuesta a hacer el cáterin de mi boda con la pérdida de Dafne? ¿Cómo te habrías apañado?

—¡No me lo recuerdes! —suplicó Audrey, abanicándose con la mano—. Tuve durante semanas pesadillas con eso, pero lo tenía todo preparado... Hasta había contactado con varias empresas de comida a domicilio y unas escuelas de cocina para llevar a cabo la gesta. ¡Qué horror! Y ¡qué vergüenza más grande! ¡Perdóname, te lo suplico!

Duncan le acarició el rostro con la mano, la miró con una cara de embeleso total y musitó:

—No tengo nada que perdonarte, preciosa. Nada. Tú solo estabas haciendo lo que debías.

—¿Debía mentirte? ¿Debía hacerme pasar por quién no soy?

—Te repito que teníamos un problema y tú le diste la solución. Punto. Con eso me quedo...

Audrey le miró con el corazón en un puño, sintiéndose de pena y le preguntó:

—¿Y no te molesta que te haya mentido?

—Lo que me molesta es que no tengas tu propia empresa de cáterin con lo buena que eres. No sé qué haces aquí, la verdad.

Audrey sonrió y se sinceró muy agradecida:

—Eres demasiado bueno, señor Stone. La bruja de Dafne tiene razón, tendrías que ponerme de patitas en la calle. Sé lo que detestas las mentiras, sé lo que valoras la honestidad y yo lo he mandado todo a la mierda.

Duncan le cogió las manos, la miró a los ojos y, sintiendo por esa chica una ternura que no había conocido en la vida, le habló:

—Sé que eres una persona honesta, Audrey. Y sé que si me has mentido ha sido porque querías complacerme, hacer bien tu trabajo, no fallarme, ser resolutiva y eficaz. Hay mentiras y mentiras.

Quiero decir que todo hay que contextualizarlo. Y tú mentiste por una buena razón. No mentiste para hacer daño, ni por ambición, ni por nada que fuera un motivo justo.

Audrey conmovida por las palabras de su jefe, que era de todo menos cabrón, replicó:

—Tienes demasiada empatía...

—Quiero ser justo. Antes de juzgar a nadie, hay que conocer bien cuál es su motivación. Porque todos tenemos nuestras razones... Y tú tenías una muy buena, Audrey. Sé lo importante que es este trabajo para ti, sé cómo te entregas, sé lo que luchas por dar lo mejor de ti, y conozco y admiro el compromiso que tienes con esta empresa. ¿Cómo voy a juzgarte porque te hayas echado a la espalda el cáterin de mi compañía? Al contrario, estoy más que agradecido...

Duncan entonces recortó la distancia que los separaba, la besó en los labios y ella replicó:

—Yo sí que te estoy agradecida... ¿Cómo puedes ser tan bueno conmigo?

Duncan se apartó un poco de ella, la miró emocionado y confesó:

—Porque no mereces más que eso. Y porque...

Duncan se quedó callado, con el corazón latiéndole con fuerza, y Audrey intrigada con lo que tenía que decirle, preguntó:

—Porque ¿qué?

Duncan la agarró de la mano, le acarició el dorso con el pulgar y se sorprendió a sí mismo diciendo, lo que ni siquiera se había atrevido a verbalizar ante sí mismo:

—Porque te quiero.

Audrey se quedó rígida, ya que lo que menos esperaba era esa confesión y justo en el momento en que acababa de enterarse de que era una *pinocha*.

—¿Cómo puedes quererme? ¡Te he mentido, te he decepcionado, te he defraudado!

Duncan sin soltarla de la mano, sonrió y replicó:

—Creo que te quiero desde Malibú.

Audrey se quedó más perpleja todavía, tragó saliva y confesó:

—No puedes estar hablando en serio.

Duncan asintió, se encogió de hombros y dijo lo que sentía:

—Absolutamente. Lo de Malibú fue muy especial, ya te conté que por primera vez descubrí que había una persona que tenía todo lo que yo había soñado. No te busqué porque tú no querías seguir con esto, pero ahora la vida me da otra oportunidad y no solo confirmo que tú eres esa persona, sino que estoy enamorado de ti hasta las trancas. Pero tan enamorado que me da igual que te hayas hecho pasar por un cocinero. ¿Qué tiene de horrible? Tenías un buen marrón encima y saliste airosa de él. ¿Qué tiene eso de reprochable? Nada. Al contrario, te admiro más todavía y te miro y siento por dentro tantas cosas que esto es amor. Te lo digo yo que esto no le he sentido nunca...

Audrey con una cara de susto tremenda, preguntó con un nudo en la garganta:

—Y si no lo has sentido nunca ¿por qué sabes que es amor?

—Porque se me pone una cara de pánfilo tremenda cuando te miro, porque tengo las jodidas mariposas en el estómago, porque pienso en ti a todas horas y porque tengo una necesidad apremiante de apoyarte, de protegerte y de cuidarte. Y no porque seas una criatura desvalida, (porque, al contrario, eres una leona, una tía con agallas y por eso he perdido la cabeza por ti), sino porque deseo lo mejor para ti, y quiero que logres todos tus sueños, que seas la que quieres ser. ¿Tú crees que esto es amor, Audrey?

Audrey bajó la vista al suelo, porque estaba desbordada con la confesión y habló con pena:

—No voy a poner en duda que sea amor. Pero, tú sabes en qué momento estoy de mi vida. No puedo enamorarme, no puedo comprometerme emocionalmente, no puedo tener contigo nada que

vaya más allá de lo que tenemos ahora.

Llegados a ese punto, el que se puso triste fue Duncan que la miró y replicó con cierta ansiedad:

—Lo sé. Y espero que mi confesión no cambie lo que tenemos. ¿O lo cambia?

Audrey levantó la cabeza, le miró y fue sincera con él:

—Lo cambia todo. Y no te mereces estar con alguien que no puede darte lo que tú estás dispuesto a dar.

—Yo solo sé que quiero estar a tu lado. Que quiero amarte. Que quiero dártelo todo.

Audrey se mordió los labios angustiada y le preguntó:

—¿Y no recibir lo mismo? No te engañes, Duncan. Eso no hay nadie que lo soporte.

—Yo sí. Además, las cosas pueden cambiar. Ya sé que este momento no es el más adecuado para ti para comprometerte con alguien, pero tal vez más adelante. Yo puedo esperar todo lo que haga falta. Pero a tu lado... Si me dejas...

Duncan tras decir esto, acercó su boca a la de ella, la besó despacio y suave, y Audrey se sintió peor que nunca en su vida.

Porque se moría por hacer el beso más húmedo, más intenso, se moría por abrazarlo, por fundirse con él, por dárselo todo.

Y no solo su cuerpo, se moría por mucho más...

Y es que era absurdo negarlo, cuando lo hacía con Duncan se dejaba mucho más que la piel...

Y tal vez había sido así desde el principio...

Pero tenía pánico, un terror terrible a que lo de Antoine volviera a repetirse.

A darse sin reservas, a amar con todo, y luego llevarse el chasco de su vida.

Ya lo había soportado una vez y no pensaba sufrir más por amor.

Y sí, Duncan era un tío maravilloso, pero la vida daba tantas vueltas que podía pasar cualquier cosa.

Y, además, no era el momento, ella estaba ahí para luchar por su sueño profesional, no para enamorarse y pifiarla otra vez.

Así que, aunque se moría por decirle demasiadas cosas, prefería tragárselas todas y musitar:

—Creo que lo mejor es que dejemos esto aquí.

Duncan se quedó lívido porque no sabía a qué se estaba refiriendo:

—¿Quieres que dejemos lo que tenemos?

A Audrey se le llenaron los ojos de lágrimas, respiró profundo y respondió con todo el dolor de su corazón:

—Quiero dejarlo todo, Duncan. Me voy del trabajo y de tu vida. Creo que lo mejor es que vaya para Chicago y que emprenda de una vez mi sueño. Vine aquí para eso, para trabajar duro, ahorrar dinero y montar mi negocio. Y es lo que tengo que hacer. Gracias a tu cheque, a tu generosidad, puedo empezar ya y es lo que voy a hacer. Es absurdo que lo demore más. Ya he aprendido más que suficiente y ya no tiene sentido que sigamos juntos. No me sentiría bien. No me parece justo que yo no pueda estar a la altura de lo que sientes. Eres un gran hombre y te mereces algo mucho mejor que lo que yo puedo ofrecerte.

Duncan se llevó las manos a la cara desesperado, porque aquello solo podía ser una pesadilla:

—¡No me puedo creer que esto esté pasando! Dime que no es verdad. Explícame por qué hace un rato nos estábamos comiendo la boca y ahora dices que te vas. ¡No lo entiendo! ¡Te juro que no lo comprendo! ¿Tanto te has asustado con mi «te quiero»? Pues te amo, y lo hago con todo mi ser. Y me importa una mierda que te cagues de miedo —le dijo Duncan con rabia.

Audrey se puso de pie, destrozada, y le pidió con dos lágrimas recorriéndole el rostro:

—No me juzgues, te lo ruego. Solo respeta mi decisión.

Duncan se puso frente a ella y le dijo clavándole esa mirada suya, tan salvaje, tan arrebatadora:

—Y yo solo te pido que así, mirándonos a los ojos, me digas que no sientes nada por mí.

Audrey sin apartar la mirada, sosteniéndola, aunque le doliera demasiado, repuso:

—No se trata de eso. Se trata de que no puede ser.

—Más bien se trata de que te has empeñado en que no sea —puntualizó Duncan, que de solo pensar en que iba a perderla, se sentía muerto por dentro.

—Lo mejor es que me vaya. Dale mi número a la nueva asistente, que cuente conmigo para lo que sea hasta que vuele sola.

Duncan, con los ojos llenos de lágrimas y muerto de impotencia, replicó:

—¿Y yo te puedo llamar?

Audrey negó con la cabeza, le acarició el rostro con la mano y musitó:

—Para mí esto es durísimo también. Pero es lo que debemos hacer. Créeme. Y no, Duncan. No me llames. Lo mejor es que sigamos con nuestras vidas. Yo no puedo pedirte que te quedes esperando a que me encuentre preparada. En cambio, tú estás listo y tienes que hacerlo...

Duncan apretó fuerte las mandíbulas, tragó saliva y masculló:

—¡Maldita sea, Audrey! ¡Yo quiero amarte a ti y solo a ti! Y puedo esperar el tiempo que haga falta, hasta que te sientas preparada...

—Jamás te pediría eso. Sería de un egoísmo terrible. Así que lo mejor es dejarlo así. Hemos tenido algo precioso, señor Stone, y así lo recordaré siempre.

Audrey sonrió, le besó suave en los labios y, sintiendo un dolor tan enorme como no recordaba, salió del despacho del hombre al que amaba...

Capítulo 22

Cuando Duncan escuchó la puerta cerrarse se le quedó la sangre helada, porque aquello no podía ser cierto.

¿Cómo de repente todo su maldito mundo se podía haber venido abajo?

Pues todo apuntaba a que había sido por culpa del amor, por culpa de ese «te quiero» que había dado al traste con todo.

Pero ¿qué iba a hacer? ¿Seguir callando? ¿Para qué? Si no hubiera sido en ese momento habría sido en otro, y más pronto que tarde Audrey lo iba a haber descubierto.

Así que qué más daba...

El caso era que Audrey había decidido salir corriendo y él tenía que respetarlo. Aunque no lo entendiera, aunque sus besos le dijeran lo contrario, aunque intuyera en lo más profundo que ella estaba sintiendo lo mismo por él.

No obstante, no pensaba agobiarla, ni presionarla, ni nada por el estilo. Ella había decidido que lo mejor era romper con todo y él lo único que tenía que hacer era aceptar su decisión.

Era lo que tocaba. Y la cosa iba a ser dura de pelotas, pensó Duncan, porque no había nadie como Audrey.

Ni como profesional, ni como amiga, ni como amante, ni como nada.

Su ausencia iba a dejar un hueco tan grande que sabía que le iba a doler y mucho. Pero no quedaba otra que seguir adelante y aferrarse a la esperanza, tal vez ilusa, de que Audrey algún día volvería a sus brazos.

Porque ¿no dicen que el tiempo lo cura todo?

Quién sabía.

Lo que Duncan anhelaba con todas sus fuerzas era que Audrey sanara con el tiempo sus heridas y por fin se viera en condiciones de pasar página y volver a amar otra vez con plena confianza y esperanza.

Y desde luego, que para cuando ese momento llegara, él iba a estar ahí esperando, porque no podía hacer otra cosa más que amarla.

Ahora que jodido, iba a ser tremendamente jodido...

Duncan era consciente de ello, pero a medida que fueron pasando las semanas sin Audrey, su ausencia fue pesando muchísimo más.

Y es que la extrañaba demasiado...

Había dejado un hueco tan enorme que no lo llenaba nada. Ni el trabajo duro, ni las salidas con amigos, ni el deporte, ni nada de nada.

Todo le recordaba a ella y todo era terriblemente más gris y más feo sin Audrey.

Era horrible.

Y solo llevaba un mes...

Un maldito mes en el que apenas pegaba ojo, comía fatal y le costaba mucho concentrarse en todo lo que no fuera ella.

Audrey y su sonrisa, Audrey y su olor, Audrey y su piel, Audrey y su encanto...

Y debía notarse muchísimo lo roto que estaba emocionalmente, porque un día de primeros de agosto en que quedó con el señor Morgan y su hijo David, los dos se alertaron mucho al verle:

—¿Qué te pasa, muchacho? Se te ve pálido y ojeroso y has debido perder unos cuantos kilos — dijo George Morgan en cuanto entró en el despacho, con su hijo al lado.

Duncan, que no tenía secretos con el viejo Morgan y al que consideraba un amigo, le confesó:

—¿Te acuerdas de aquella mujer de la que hablamos que me había robado el corazón?

—Por supuesto que lo recuerdo, ¿qué ha sucedido con ella?

—Eso quisiera saber yo. Todo iba como la seda hasta que le confesé que la amaba y salió de mi vida sin más.

—¿Cómo que sin más? ¡Alguna explicación te daría! —replicó el señor Morgan, que lamentaba que Duncan estuviera pasando por ese dolor.

—Me dijo que entre sus prioridades no estaba el amor. Ella era mi asistente, Audrey Lacer, la chica que tu hija trataba como un trapo, la chica a la que no hay hora del día que no eche de menos. Ella era todo para mí. Y sin ella no imaginas el vacío que siento. Sin ella me siento perdido, nada tiene sentido, los días se hacen largos y tediosos, nada me llena, todo me molesta o me aburre. No estoy centrado, no doy pie con bola, no duermo, no tengo apetito, no tengo ilusión... ¡Estoy jodido, George! ¡Tremendamente jodido!

George se revolvió en su asiento, muy preocupado por su amigo y replicó:

—Pero ¿qué es eso de que entre sus prioridades no estaba el amor?

Duncan resopló, se pasó la mano por la cara desesperado y luego contestó agotado:

—Pues lo que escuchas. Ella vino a mi empresa para trabajar duro, ahorrar y montar su propio negocio. Entre sus planes no entraba enamorarse, y en cuanto escuchó mi declaración de amor: se largó. Yo creo que se agobió y también que aún no supera lo que le pasó con su antigua pareja. Sufrió mucho y sé que tiene pánico a sufrir de nuevo. Tiene tanto miedo que prefiere renunciar al amor antes que arriesgarse a sufrir una nueva decepción.

—¿Y no tienes noticias de ella desde que se fue?

—Ninguna. Me dijo que se iba a Chicago, pero no he vuelto a saber nada. Ella me pidió que fuera así... No imaginas la de veces al día que estoy tentado a llamarla, incluso te confieso que me he escapado unas cuantas veces a Chicago a vagar por sus calles. Estoy mal, amigo. ¡Y como esto siga así voy a acabar metido en un manicomio!

El señor Morgan cada vez más preocupado por su amigo, le habló como haría con su hijo:

—Tienes que serenarte, Duncan. Lo que estás pasando es muy doloroso, pero tienes que cuidarte, dormir tus horas, alimentarte bien... ¿Y todavía no tienes asistente?

Duncan negó con la cabeza, porque lo menos necesitaba en ese momento era tener todo el día pegado a una inepta que le hiciera recordar más aún a su Audrey.

—¿Para qué? Ninguna le va a llegar a la suela de los zapatos...

El señor Morgan agarró un folio, sacó una estilográfica del bolsillo de la chaqueta y escribió algo mientras decía:

—Tengo a la persona perfecta para ti, Marion Smith, la hermana de Margot, tiene sesenta años, acaba de perder su empleo porque su jefe de toda la vida se ha jubilado, es una profesional magnífica y aceptaría el puesto encantada. ¿Verdad que sí, hijo? —le preguntó George a su hijo.

—Así es, la tía Marion está loca por trabajar y es una profesional de primera.

—Llámala. Te hará la vida mucho más fácil, hasta que lo tuyo con esa joven se arregle —dijo tendiéndole el papel.

Duncan cogió el papel, esbozó media sonrisa agradecido y luego habló:

—Muchas gracias, amigos. La llamaré. Pero lo mío con Audrey dudo cada vez más de que tenga arreglo. Y estoy desesperado. ¡Ya no sé qué hacer!

El señor Morgan le miró, sonrió y le dijo para que se calmara:

—No tienes que hacer nada, más que creer y confiar. Si tú la amas, cree y confía en ese amor, porque si es fuerte, acabará siendo, a pesar de todo.

—Pero me siento atado de pies y manos. Soy un tío de acción, resolutivo, proactivo, lo mío no es quedarme sentado a esperar que pasen las cosas. ¡Me gusta provocarlas! —exclamó Duncan exasperado, apretando fuerte los puños.

—¿Te parece poca provocación decirle que la amas? —apuntó David, que parecía un joven inteligente y despierto.

—Y en qué momento. Justo acababa de irse tu hija, George. Nos pilló besándonos. La puso verde y encima vino a contarme que Audrey se había hecho pasar por el chef Erik Lohm. Y sí, era cierto. Pero había una razón, resulta que una de mis clientas quería contratar los servicios del chef y como este se negó, Audrey se puso a clonar sus platos, que resultaron un éxito.

—Jajajajaja. ¡Caray, menuda es esa chica! —exclamó el señor Morgan, divertido.

—Es todo un carácter. Pero estaba muy arrepentida de haberme mentado, yo le dije que no pasaba nada, que lo había hecho por una buena razón, la verdad. Y luego le confesé mi amor... La cagué... Sí. Y puede ser como tú dices, David, que fuera una provocación visto así. Pero ¿ahora qué?

—Ahora tienes que dejar que ella haga su proceso, que digiera todo, y te garantizo que, si es amor, y todo apunta a que lo es, las cosas acabarán poniéndose en su sitio. Todas estas noches sin ti, todas esas noches en soledad, provocarán que haga lo que no se ha atrevido a hacer hasta ahora: escuchar a su corazón —le dijo el señor Morgan que sabía bien de lo que hablaba.

—Ojalá lo escuche... —musitó Duncan con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo hará, querido. Ya verás como sí. Solo tienes que tener paciencia y todo llega. Y si no miranos a nosotros... Y tranquilo que tú no vas a tener que esperar tanto para ser feliz, ya verás como no. Pero a nosotros nos ha tomado mucho llegar hasta aquí. El camino ha sido muy espinoso, sin embargo, al día siguiente de que habláramos le pedí el divorcio a Petunia. Me montó una escena, me amenazó, me arrojó un candelabro; no obstante, nuestros abogados ya están ultimando los detalles. Supongo que por eso mi hija se pasaría por aquí, porque la he echado del trabajo, no soportaba ni una incompetencia más. Mañana presentaré a mi hijo al accionariado, y estos días lo estoy presentando a todos mis amigos. En cuanto tenga el maldito divorcio, me casaré con Margot y en cuanto mi hijo se ponga al día con todo, le pasaré las riendas del negocio. Y Margot y yo por fin podremos recuperar todo el tiempo perdido.

Duncan se alegró de que la historia de George tuviera el final que se merecía:

—¡Qué maravilla! No sabes lo feliz que me hace escucharte.

—Me ayudó mucho hablar contigo aquel día y tenías toda la razón. Mi entorno me apoya y se alegra por mi felicidad. Y tú ya verás cómo pronto alcanzas la tuya —le aseguró George.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Duncan que no las tenía todas consigo.

—Porque aún recuerdo cómo hablaste de aquella chica aquel día, porque tuviste las agallas de dar la cara por ella, porque por ella rompiste con la vida que tenías, porque ella ha logrado que conozcas el amor verdadero y una mujer que te inspira todo eso, es alguien que no solo merece mucho la pena, sino que estoy seguro que siente por ti lo mismo que tú por ella. Así que ya solo tienes que tener paciencia y esperar a que ella siga por fin los dictados de su corazón. Y ya verás como lo hace, pues una mujer con tanto empuje, tanta fuerza y tanta inteligencia solo puede tomar

ese camino. Porque solo escuchando al corazón es como se es feliz. Y presiento que lo seréis los dos juntos...

Capítulo 23

Y mientras Duncan lo pasaba fatal en Nueva York, Audrey estaba padeciendo lo mismo en Chicago.

Y es que a pesar de que al poco de llegar le fueron las cosas rodadas en lo que se refiere al negocio, porque encontró un local estupendo con vivienda incluida y a muy buen precio donde se instaló enseguida, porque desde el primer día tuvo la suerte de tener clientes encantados que comenzaron con el boca a boca, y porque su éxito fue tal que ya en agosto todo el mundo quería contratar su cáterin para impresionar a sus invitados, no podía dejar de pensar en Duncan.

Y para sacarlo como fuera de su mente, lo que hacía era trabajar más todavía, a destajo, hasta la extenuación.

Pero nada...

Ni así lo lograba, ya que a medida que pasaban los días le recordaba más y más, le echaba de menos tanto que le dolía, y lo extrañaba todo. Su voz, su risa, sus caricias, los paseos por el parque y esas noches en las que ardían en llamas.

Pero aquello no podía ser...

Más que nada porque Duncan se merecía una chica con el valor y el coraje suficiente para amar con el corazón abierto de par en par. Y no ella, que con el primer «te quiero» había salido por piernas.

Así que lo mejor que podía hacer por Duncan, era mantenerse alejada de él, aunque raro era el día que no agarraba el teléfono con la intención de llamarlo.

Si bien, nunca lo hacía. Se guardaba las ganas en el bolsillo, apretaba los dientes y seguía con su día.

Hasta que acababa el día y, de nuevo, como cada noche, se masturbaba pensando en él, y luego orgasmaba gritando su nombre.

El nombre del hombre que tenía tan dentro que no había manera de arrancarlo de lo más profundo de su corazón.

Porque ese era el lugar donde estaba.

Para qué engañarse, ella ya no podía hacerlo, si lo que sentía por él era tan fuerte que hasta le dolía.

Sin embargo, ahí quedaba todo. Y así iba a ser por siempre.

Además, estaba segura de que, a esas alturas, él ya habría pasado página, estaría con otra y seguramente sería feliz.

Cosa que celebraba, sin duda se alegraba por él, no obstante, no podía evitar ponerse muy triste cada vez que se lo imaginaba con otra.

Pero ya se le pasaría, o esa era su intención mientras los días seguían sucediéndose y el verano se iba quedando poco a poco a atrás.

Con septiembre los días empezaron a ser más frescos, la luz de la tarde fue cogiendo el dorado del otoño y todo empezó a teñirse de una dulce melancolía.

Por lo menos así lo vivió Audrey que con el correr de los días no hacía más que extrañar con

más fuerza aún, esos días felices en que tocó el cielo con las manos.

Días que no volverían, días que serían por siempre un bonito recuerdo, días que probablemente Duncan ya habría olvidado.

O eso creía...

Porque a mediados de septiembre, tuvo por primera vez noticias de él, y fue por casualidad.

Y es que su fama crecía tanto por la ciudad, que un buen día contactaron con ella los de la cadena hotelera Morgan para que llevara el cáterin de los eventos más importantes de su hotel en Chicago.

Audrey obviamente, viendo de dónde venía la oferta, se puso en alerta, hasta que se fijó en que no la firmaba la bruja de Dafne sino un tal David Morgan, director adjunto, que no tenía ni la menor idea de quién sería.

Y como su correo electrónico era de lo más educado y encantador, decidió responderle y luego tras mucha insistencia por parte de David, empezaron a hablar por teléfono.

Audrey tenía claro que no iba a hacer negocios con los Morgan, pero David resultó ser tan persuasivo y paciente que al final no le quedó otra que claudicar, presentarse en su despacho y explicarle bien el porqué de sus reticencias:

—¡Buenos días! ¡Aún no me creo que estés aquí! ¡Lo que me ha costado convencerte! Siéntate, por favor —exclamó David Morgan, encantado de verla, tras estrecharle la mano.

Audrey se sentó y decidió ir directa al grano con ese joven que era de lo más amable y atento y se merecía una explicación:

—Verás, es que hay una razón por la que me resisto a cerrar el trato con los Morgan. Y es que hace meses tuve un encontronazo con Dafne Morgan...

David resopló, sin extrañarle por otra parte nada de lo que le estaba contando, de hecho, replicó:

—¡Y quién no!

Audrey no pudo evitar echarse a reír y luego quiso saber:

—Perdona que sea indiscreta, pero ¿tú eres uno de ellos? ¿O es casualidad que te apellides así?

David asintió y dijo con orgullo, porque demasiado había callado durante esos años:

—Soy el hijo de George Morgan.

Entonces, Audrey se quedó perpleja porque ella tenía otra información:

—Pero si George y Petunia solo tenían una hija... ¿No?

—Soy hijo de George y Margot. Mi padre tuvo una relación paralela desde siempre. Su novia de toda la vida era mi madre, si bien su familia acordó un matrimonio por interés y acabó con Petunia. Una historia triste, pero con final feliz, porque hace escasos meses mi padre decidió romper con la vida que no quería llevar, se divorció de Petunia y está con mi madre.

Audrey que no daba crédito y que se alegraba por ese final feliz, preguntó muerta de la curiosidad:

—¿Entonces Dafne ya no es la Directora Creativa de la cadena?

—Mi padre la echó, no valía para el puesto, y lo último que sé de ella es que se fue con su madre a pasar el verano a los Hamptons a ver si cazaban a algún millonario despistado. Pero las malas lenguas dicen que nadie ha querido invitarlas a sus fiestas, y que han caído en la más absoluta desgracia social. Cómo no será la cosa, que ayer me contaron que Dafne, harta de que ningún millonario caiga en su red, ha empezado a buscar trabajo desesperada. Pero nadie quiere contratarla: su fama le precede en todas partes.

A Audrey tampoco le sorprendió nada de lo que estaba escuchando:

—Conmigo no se portó bien, tengo muy mal recuerdo de ella, me tocó organizar su boda cuando era asistente de su prometido: Duncan Stone.

David la miró alucinado, se llevó la mano a la frente y exclamó entusiasmado:

—¡No puedo creerlo! Verás, yo llevaba semanas buscando un buen cáterin para los eventos de este hotel de Chicago y sucedió que cuando la directora del hotel me dio tu nombre, me sonó muchísimo. Estuve dándole vueltas y vueltas ¡y no he caído hasta ahora! Eres Audrey Lacer, ¡el amor de Duncan!

Audrey por poco no se cayó al suelo ahí mismo al escuchar aquello y farfullando preguntó:

—¿Conoces a Duncan?

—¡Le adoro! Le adoramos todos. Pero en especial mi madre y yo le tenemos mucho cariño porque gracias a él, mi padre encontró el apoyo y el estímulo que le faltaba para divorciarse de Petunia y empezar una nueva vida. Yo le estaré la vida entera agradecido por lo que ha hecho por mi familia. Es un gran tipo...

Audrey bajó la vista, porque sintió que se estremecía entera al escuchar hablar de él y musitó:

—Sí que lo es.

—¡Y te ama, Audrey! Perdona que me meta donde no me llaman, pero mi padre y yo quedamos mucho con él, para animarlo y está destrozado.

Audrey le miró con los ojos llenos de lágrimas y preguntó preocupada:

—¿Está bien?

David negó con la cabeza y le contó para que esa chica supiera, porque entendía que tenía que saber:

—Está flaco, ojeroso, pálido, desganado, desmotivado... Duerme mal, come peor, no se centra en nada. Desde que te fuiste está hecho un guiñapo y cada día que pasa está más desesperado porque siente que tú ya no vas a volver.

Un par de lágrimas recorrieron el rostro de Audrey, que se sintió fatal con lo que estaba escuchando:

—¡Dios mío, qué horror! Y yo que estaba convencida de que estaría feliz, de que habría conocido a alguien, de que estaría mejor que nunca.

—¿Cómo va a estar feliz lejos de la mujer que ama? —le preguntó David, emocionado con este encuentro.

Porque si con él iba poder ayudar a su amigo, desde luego que iba a ser la forma perfecta de devolverle todo lo que había hecho por él y su madre.

—¿Todavía me ama? —preguntó Audrey con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Más que nunca —confesó David, clavándole la mirada y con una sinceridad que ponía los pelos de punta.

—¿Después de lo que le hice? ¿Después de que salí huyendo tras su «te quiero»?

—Conozco la historia, él nos la contó, muerto de pena y de dolor. Y él entiende, asume y respeta la razón que tuvieras para hacerlo. No sabe cuál es, pero la respeta. Por eso, no te ha llamado, aunque se muera a cada instante por hacerlo...

Audrey al escuchar aquello ya sí que no pudo más, se echó a llorar desconsolada, y se sintió tan ridícula que se tapó la cara con las manos:

—¡Qué espanto! ¡Perdóname, David! ¡Vaya forma más poco profesional de comportarse en una entrevista!

David cogió un pañuelo, se lo tendió y le dijo con gentileza:

—Dejemos la entrevista para después. Esta conversación la estamos teniendo porque eres el amor de la vida de un gran amigo y yo quiero lo mejor para él.

Audrey se enjugó las lágrimas con el pañuelo y luego replicó entre hipidos:

—Gracias por tu comprensión, David. Y de verdad que no puedo creer que Duncan aún me ame...

—Con todas sus fuerzas, Audrey. Y si tu sentimiento es compartido, díselo, llámalo, búscalo. Él te está esperando. Dice que está dispuesto a esperarte el tiempo que haga falta, toda la vida incluso...

Capítulo 24

Audrey salió del despacho de David Morgan con un contrato de colaboración firmado y sin dejar de preguntarse si aquello que había pasado había sido verdad.

Y no lo decía por el contrato, sino por lo de Duncan.

Es que era increíble. ¡La amaba! Y la estaba esperando...

A ella. A la chica más cobarde del mundo, a la mentirosa, a la que había decidido meter la cabeza en un agujero para que no le hicieran daño.

Sin embargo, a pesar de todas sus carencias, él la quería tal y como era, y la seguía esperando a pesar de no haber recibido más que su silencio.

Estaba tan conmovida, tan impresionada, tan sobrepasada por todo, que cuando llegó a casa de su madre, pues ese día habían quedado para almorzar, la señora Lacer enseguida se dio cuenta de que pasaba algo.

—¿Y esa cara que traes, hija mía? ¿Qué es lo que te sucede? ¿Has tenido un mal día en el trabajo?

La señora Lacer estaba dando vueltas con una cuchara de madera a una sopa de verduras que le salía deliciosa.

Y es que Audrey si de alguien había aprendido realmente sobre cocina era de su madre y no del idiota de Antoine.

Pues con él más que nada se había puesto al día con la alta cocina, sofisticada y exquisita, pero con su madre fue con quien aprendió los verdaderos rudimentos de la cocina de verdad, de la que cura el alma, de la que te hace sentir especial, querida...

O al menos, ella se estaba sintiendo así al oler esa sopa que le recordaba que estaba en casa, que estaba segura, que nada malo podía pasarle.

—Vengo de reunirme con el director adjunto de la cadena hotelera Morgan y he firmado un contrato para hacer el cáterin de los eventos más importantes del hotel.

La señora Lacer miró a su hija entusiasmada y, sin entender nada, replicó:

—Eso es estupendo, tesoro. ¿Entonces por qué se te ve triste?

Audrey tenía tantas ganas de hablar, necesitaba tanto soltar lastre, sincerarse, echarlo todo fuera que decidió que había llegado el momento de decir la verdad.

Hasta entonces había decidido no contar a su madre nada de lo que había sucedido con Duncan.

Para qué.

¿Para que le dijera que había sido idiota y le aconsejara que saliera pitando a los brazos de Duncan?

Porque eso le iba a decir, y más con lo romántica que era.

Por eso, había decidido ignorar ese asunto, pues lo que menos había necesitado desde que dejó Nueva York era escuchar ese tipo de consejos.

Pero ya no podía más.

Y su madre tenía que saber, porque además es que no soportaba cargar sola con esa cruz.

Así que, aprovechando además que estaban solas y que su padre ese día no comía en casa,

levantó la tapa de la quesera donde su madre tenía un queso de vaca delicioso, agarró un cuchillo, partió un trozo y luego confesó:

—Hay algo muy importante de mi vida que no sabes, mamá.

Luego, mordisqueó el queso, ansiosa, mientras su madre sin dejar de dar vueltas a la sopa con la cuchara de madera, replicó intentando parecer tranquila:

—¿Es un asunto de salud? Si es eso, Audrey, ya sabes que estamos contigo y que todo va a salir bien...

Audrey negó con la cabeza, sonrió y le faltó tiempo para replicar a su madre:

—¡De salud estoy bien! Bueno, no es que duerma muy bien, pero es por lo que quiero contarte. Resulta que ¿te acuerdas que conocí a un chico en Malibú?

—Sí, Duncan, que luego fue tu jefe...

Audrey asintió, se acabó su pedazo de queso y siguió hablando con un nudo en la garganta:

—Exacto. Vale, pues en realidad nosotros nunca fuimos amigos.

La señora Lacer tras comprobar que la sopa estaba lista, apagó el fuego, dejó la cuchara a un lado y le dijo a su hija:

—¡Eso ya lo sabía yo! ¡Menuda novedad que vienes a contarme!

Audrey pestañeó muy deprisa, alucinada de que su madre supiera y replicó:

—¿Y qué es lo que sabes?

La señora Lacer se limpió las manos con un trapo que tenía sobre la agarradera del horno y respondió:

—No es que lo sepa. Es que lo imagino. Y era lo que deseaba que te sucediera, si te soy sincera. Yo quería que, en ese entorno idílico, vivieras un romance muy bonito, que volvieras a disfrutar de las cosas buenas de la vida y que acabaras enamorada hasta las trancas.

Audrey se echó a reír, porque su madre era incorregible y luego reconoció:

—Lo que pasó fue que tuvimos una tórrida aventura y ya. Yo no quería tener nada serio, no quería complicaciones emocionales y yo pensaba que él tampoco. O eso fue lo que pactamos. Pero resulta que cuando me lo encontré en Nueva York, me confesó que se había dado cuenta de que yo tenía lo que siempre había buscado.

La señora Lacer al escuchar aquello, se echó las manos al pecho y replicó:

—¡Qué bonito, por Dios! ¡Sigue! Y con lo guapísimo que es Duncan... ¡Esto es un romance de película!

—¿Cómo sabes que Duncan es guapo? —preguntó Audrey, extrañada.

—Hija, pues porque lo he visto en Internet. Puse su nombre y su compañía. Y listo. Tiene hasta videos hablando y qué porte, qué prestancia, qué voz y que todo. Es guapo hasta decir basta, tiene un cuerpazo de impresión y parece tan buena gente...

Audrey resopló, muerta de la vergüenza, y le suplicó a su madre:

—¡Para, por favor! ¡Qué corte me da esto!

—¿Corte por qué? Es un monumento de señor... Al César lo que es del César.

—Sí que es guapo y buena gente. Porque por lo visto él quiso venir a buscarme después de lo de Malibú, pero como yo le dije que no quería nada, me respetó. Todo esto me lo contó en Nueva York, donde él ya se había prometido con Dafne Morgan, pero no te lo pierdas: ¡se había comprometido para ver si así lograba olvidarse de mí!

La señora Lacer se echó las manos a la cara y exclamó muy emocionada:

—¡Ay, mi niña! ¡Lo que has tenido que sufrir todo este tiempo! ¡Y tú sin contarme nada! ¿Pero no sabes que las madres estamos para eso?

—¿Para sufrir? Deja, deja... El caso fue que acabó anulando el compromiso con Dafne porque tendrías que conocerla... Cómo no será la cosa que su padre, el señor Morgan de la cadena Morgan, la ha apartado de la compañía y ha puesto en la dirección a David, el chico con el que me he reunido, fruto de una relación con otra mujer. Bueno, el caso es que después de que rompiera con Dafne, se desató otra vez la pasión, empezamos a tener encuentros especiales y al final decidí irme a vivir con él. Pero sin implicaciones emocionales, y espero que esto no te escandalice, mamá.

La señora Lacer negó con la cabeza y repuso con total naturalidad:

—No me escandalizo porque no me creo que fuera algo meramente sexual. Ni por su parte, ni por la tuya...

—Trabajábamos estrechamente, éramos cómplices, nos entendíamos con mirarnos, teníamos una buena amistad, nos admirábamos y respetábamos... Claro que había mucho más, pero no amor. O eso creía porque un día de finales de junio me confesó que me quería, después de que Dafne se plantara en la oficina para reconquistar a Duncan y contarle que yo era una mentirosa.

La señora Lacer, que estaba perpleja con todo lo que estaba escuchando, preguntó con suma intriga:

—¿Y tú permitiste que te difamara?

—No, mamá. No me estaba difamando, estaba diciendo la verdad. Yo mentí a mi jefe, porque en su día me encargó que contratara a Erik Holm, el cocinero sueco, para un cáterin, y como este me dijo que no, y la clienta se empeñaba en que sí, no se me ocurrió nada mejor que clonar sus platos. Y decir que eran de él... Y el éxito fue tal que empezaron a pedirnos ese servicio, y ahí me tenías a mí, preparando platos después del trabajo —contó Audrey con una vergüenza infinita.

Pero a la señora Lacer le pareció todo tan gracioso que se echó a reír y replicó:

—No está bien lo que hiciste, pero tampoco fue tan grave. Tú querías complacer al cliente, tener a tu jefe contento, y todo salió bien. Quiero decir, que mentiste, pero fue una mentira piadosa.

—Eso dijo Duncan, pero yo me sentía tan mal... Y luego, me confesó que me amaba. A mí. A la chica que no solo era una impostora, sino que además estaba muerta de miedo. Porque sufrí tanto con Antoine, que tengo pavor a amar, a entregarme, a darme entera. No soportaría pasar otra vez por lo mismo, no quiero sufrir más, me niego a sentir otra vez el desprecio y el rechazo. No quiero pasar por eso. Entonces, lo que hice fue huir del amor, de Duncan y de Nueva York, y venirme para acá. Donde he logrado mi sueño, pero donde no dejo ni un solo instante de pensar en Duncan, mamá.

Audrey rompió a llorar y su madre la abrazó con fuerza, para consolarla mientras le decía:

—¡Todo va a salir bien, Audrey! ¡Ya lo verás! Y ahora llora, preciosa, saca todo ese dolor que llevas dentro.

Audrey lloró desesperada, aferrada a su madre, luego enjugó las lágrimas con un pañuelo que ella le pasó y le confesó:

—Yo creía que Duncan me había olvidado, que incluso estaría ya con otra chica, pero hoy me acaba de contar David Morgan, que es su amigo, muy buen amigo, que Duncan sigue enamorado de mí, que me ama y que me está esperando, es más dice que está dispuesto a hacerlo el tiempo que haga falta, como si es toda la vida.

La señora Lacer rompió a llorar, porque ya no podía más, pero esta vez de felicidad y le pidió a su hija:

—¡Vuelve a Nueva York, Audrey! No te lo pienses ni un segundo más. Ya habéis sufrido

demasiado, los dos os merecáis estar juntos y felices.

Audrey tragó saliva, miró a su madre y le preguntó:

—Pero tengo tanto miedo, mamá. No soportaría que me rompieran otra vez el corazón. Y mira cómo es Duncan, tan guapo, tan exitoso, tiene a miles de mujeres siempre rondándole...

—¿Y acaso no has mirado cómo eres tú? Eres una chica maravillosa, tienes que creer en ti y en el amor que os tenéis.

—¿Y cómo se hace?

—Se hace guiándote por el corazón y no por tus miedos, cariño. ¿Tú corazón que te dice? Porque ya sabemos lo que te está diciendo tu cabeza, que no ames, que te quedes en tu zona de confort. Pero ¿tú corazón, cuando le escuchas, qué dice?

—No me atrevo a escucharlo —confesó Audrey sintiéndose una cobarde de mierda.

—Tienes que empezar a hacerlo. Porque escuchando solo a tu cabeza ¿eres feliz, cielo?

Audrey tuvo que ser sincera y reconocer que su madre tenía razón:

—No, mamá. No lo soy. Me he blindado el corazón, me he cerrado totalmente para no sufrir, pero esto es una vida de mierda. Solo trabajo y trabajo, soy como un robot. Y es muy triste vivir con las emociones anestesiadas.

—Es que, por negarte a sufrir, te estás negando a vivir. Y eso no es bueno. Tienes que salir de ese círculo vicioso y enfrentarte a la vida sin miedo. Tú eres una mujer valiente. Mira lo que has logrado con tu empresa. Tú tenías un sueño, peleaste por él, trabajaste duro y hoy tienes tu negocio. Pues con el amor es igual, si amas a Duncan, lucha por él, arriésgate, atrévete y dile que le amas.

Audrey rota de dolor y bañada en lágrimas, pero con las cosas más claras que nunca, se escuchó a sí misma verbalizar por primera vez:

—Le amo, mamá. Amo a Duncan con todas mis fuerzas. Pero ¿y si sale mal?

La señora Lacer abrazó otra vez a su hija, le acarició el pelo para calmarla y respondió:

—Si sale mal, habrás amado, tesoro. Y quien ama siempre sale victorioso. El fracaso es no hacerlo. La derrota es no vivir un amor, dejarlo pasar, permitir que muera. Eso sí que es horrible, Dafne. Pero amar, amar siempre es maravilloso...

Capítulo 25

Una semana después, a las siete de la mañana, Audrey entró con su llave en la casa de la tía de Kate, la casa que había ocupado durante su anterior estancia en Nueva York, dejó las maletas en el vestíbulo y se fue corriendo a la habitación de su amiga, que solía despertarse a esas horas.

Y sin más, y ansiosa por darle la noticia de su regreso, abrió la puerta y exclamó feliz:

—¡Buenos *dí*...!

Y se calló porque vio un bulto debajo de las sábanas que se movía de una manera inconfundible.

—¡Dios mío, Audrey! —gritó Kate, asomando la cabeza por encima de la sábana.

—Perdona, por favor. ¡Yo no sabía que estabas acompañada!

Kate saltó desnuda de la cama y le dijo a la persona que estaba oculta debajo de la sábana:

—Tranquila, es mi amiga Audrey. Date una ducha y ahora te la presento.

Luego cogió una camiseta, se la puso y salió de la habitación cerrando la puerta tras ella.

—¡Qué corte, por favor! Lo siento muchísimo. Yo te juro que si llego a saber que... —se justificó Audrey.

—Deja de pedir perdón. Tú no sabías que estaba acompañada. ¡Y qué alegría verte, nena! ¿Pero está todo bien? ¿Por qué esta visita inesperada? —preguntó Kate, echándose a los brazos de su amiga y feliz de verla de nuevo.

—Es una larga historia, ahora te la cuento, cuando se me pase el bochorno de haber irrumpido así en tu intimidad.

—No pasa nada, solo nos has dado un susto de muerte, pero lo superaremos —bromeó Kate que tenía los pelos revueltos y una cara de felicidad infinita.

—Madre mía, ¡qué bien te veo, amiga! ¡Se te ve exultante! —aseguró Audrey que estaba encantada de ver a su amiga tan radiante.

Kate respiró hondo, se encogió de hombros y reconoció:

—Grace es la culpable.

Audrey se quedó alucinada y preguntó con los ojos chispeantes de felicidad:

—¿La persona que está en tu cuarto es Grace, tu Grace?

Kate asintió con la cabeza, sonrió de oreja a oreja y contestó:

—Es ella. Por increíble que parezca, es Grace. ¡Ven, vamos a hablar al salón!

Kate cogió a su amiga de la mano y la llevó hasta el salón en tanto que Audrey no podía dejar de hacer preguntas:

—¿Desde cuándo estás saliendo con ella? ¡Mira que no decirme nada! Y anda que no te preguntaba por Grace. Pero tú siempre con evasivas... Ahora sé por qué. Uf. ¿Y tú eres mi mejor amiga?

—Jajajajajaja. No te he contado nada, porque como lo estás pasando tan mal con lo tuyo, no quería ponerte los dientes largos. Yo con la mujer de mi vida y tú a dos velas. No era justo.

—¡Qué bobada! Ni que fuéramos siamesas y las dos tuviéramos que ser felices al unísono.

—Cuando hablábamos prefería escucharte, sentía que tú necesitabas más hablar que yo.

Aunque solo me hablaras de trabajo —le reprochó Kate, divertida.

—Es que no he hecho otra cosa más que trabajar. Pero no me des largas y háblame de Grace. ¡Dios, estás con ella! Lo sabía y ¡sabía que acabaríais juntas!

—¡Yo aún ni me lo creo! Porque después de que pasó lo de Blanca, que me dejó plantada en aquel restaurante, nuestra relación se enfrió muchísimo. Ya lo sabes. Es lo que te contaba por teléfono, teníamos una relación profesional y punto. Luego, yo me fui de vacaciones, más tarde se fue ella, después yo estuve unas semanas trabajando en San Francisco, y durante ese tiempo no tuvimos ningún contacto. Ni telefónico. Pero el primer día de mi vuelta a Nueva York, se acercó a mi despacho para invitarme a comer y yo acepté. ¡Ya ves, llevaba todo el maldito verano pensando en ella! Y ya en el almuerzo, Grace se abrió por completo. Lo primero que me confesó fue que me había echado mucho de menos ese tiempo que habíamos estado sin vernos. Yo le dije que también... Si bien, yo pensaba que se refería a que me había extrañado como amiga y tal. Pero no. Porque acto seguido lo que hizo fue soltarme, así de sopetón, que me dejó plantada en el restaurante porque ¡le dio un ataque de celos!

Audrey se partió de risa, porque sabía que esa solo podía ser la razón por la que había reaccionado así:

—¡Si es que estaba cantado, nena!

—¡Yo de verdad que pensaba que no era su tipo! ¡Ya lo sabes! Incluso a veces pensaba que era *hetero*. Así que ¿cómo iba a imaginar que reaccionó así por celos? Y encima, la pobre se llevó un chasco tremendo, porque ese día tenía previsto declararme su amor. Me contó que se había armado de valor para invitarme y cuando estaba a punto de decirme que estaba enamorada de mí: zas, apareció la otra y me plantó el pico. Pobre. Me dijo que se sintió tan mal que reaccionó de la peor manera. Y era tal la vergüenza que sentía por su reacción tan inmadura y exagerada que decidió distanciarse de mí.

Audrey torció el gesto y exclamó apenada:

—¡Qué rabia me dan estos malentendidos!

—Pues sí. Porque hemos perdido tanto tiempo. Menos mal que tuvo el valor de invitarme a almorzar, de abrirse y confesarme que no podía dejar de pensar en mí, que le gustaba desde la primera vez que nos vimos y que estaba enamorada de mí.

Audrey se llevó las manos al pecho de la emoción y exclamó:

—¡Qué bonito, por favor!

—Fue muy romántico. Porque yo le dije exactamente lo mismo, que me había pasado igual con ella y que le agradecía que hubiera dado el paso de abrirse, porque yo no lo habría dado en la vida.

—Y no será porque yo no te alenté para que lo hicieras...

—Sí, pero yo tenía tanto miedo a su rechazo, a que pasara de mí, ya lo sabes... Pero no. Porque resulta que le gustan las chicas como yo: pequeñas, con carnes, pelirrojas... ¡Mira, cuando me lo dijo creí que me moría! ¡Y yo convencida de que le gustaban las tías tipo modelo: largas y flacas!

—Si es que no hay que dar nada por sentado. Y sobre todo hay que atreverse, amiga. Por eso estoy aquí —habló Audrey, convencida, con la mirada chispeante.

Kate la miró con los ojos como platos, se echó el pelo a un lado nerviosa, y exclamó:

—¡Dime que has vuelto por Duncan!

Audrey sonrió feliz y asintió con la cabeza:

—¡Sí!

Kate gritó, se abrazó a su amiga y, muy orgullosa de ella, dijo:

—¡Así se hace, tía! ¡Con un par! ¡A tomar viento los miedos! ¡Tienes que luchar por tu felicidad! ¡Te mereces ser feliz de una maldita vez! ¡Qué narices!

—Lo he pasado fatal. Tenía tanto miedo después de lo de Antoine...

—Lo sé, Audrey.

—Pero sucedió que conocí a David Morgan por trabajo, es el nuevo director adjunto de la cadena hotelera Morgan, es hermanastro de Dafne, pero no se parece en nada a ella. Es un amor, y resulta que nos pusimos a hablar y es amigo de Duncan. Y entonces, me contó que Duncan no solo me ama, sino que está dispuesto a esperarme lo que hiciera falta. Y mira, yo me quedé muerta. Porque ya le hacía con otra, y cuando me enteré de que estaba esperándome... Uf. Mi mundo se puso del revés. Ese mundo en el que me sentía segura y en el que estaba muriéndome de pena. Porque como me dijo mi madre, a la que le conté todo ese mismo día en que me enteré de lo de Duncan, es horrible dejar que un amor agonice por miedo.

—Tu madre tiene toda la razón.

—Yo tenía tanto miedo a sufrir que al final acabé condenándome a una vida triste, gris y sin amor. ¿Y eso es vida?

Kate negó con la cabeza, agarró la mano de su amiga y respondió:

—Algo sé de eso. Yo tenía tanto miedo al rechazo de Grace que opté por vivir lo que sentía hacia ella en silencio. Menos mal que Grace tuvo el valor de sincerarse porque si no hoy seguiríamos las dos amándonos y cada una por su lado. ¡Cuánto tiempo hemos perdido! Y todo por el maldito miedo... Y no hay que tener miedo, Audrey. Hay que amar y ya está.

—Lo he pasado tan mal estos meses sin Duncan, que prefiero asumir todos los riesgos antes que seguir apartada de él. Porque le amo. Joder, lo he vuelto a decir: amo a Duncan Stone.

—Jajajajajaja. ¡Por fin! ¡Ya puedes decirlo!

—Sí, la primera vez que lo dije fue el otro día delante de mi madre. No imaginas lo que me ha costado poder verbalizar lo que siento. Estaba tan bloqueada, cerré mi corazón con tantos candados después de lo de Antoine, que ha sido muy difícil llegar hasta aquí.

Kate, mirando a su amiga con mucha admiración, le dijo:

—Has sido muy valiente.

—¡Vengo a por todas! He cerrado mi oficina de Chicago, me he traído todo otra vez y voy a abrir una oficina en Manhattan. Ya he visto un local... Y gracias a que David Morgan es un ser absolutamente adorable, no solo voy a encargarme del catering del hotel de la cadena Morgan en Nueva York, sino que me ha facilitado el contacto de varios clientes importantes y tengo mi agenda llena para los próximos tres meses.

Kate soltó una carcajada de pura felicidad y habló exultante:

—¡Esa es mi chica! Lo vas a petar. ¿Y Duncan sabe que estás de vuelta?

—No sabe nada. Le he pedido a David que no le dijera nada. Quiero que sea una sorpresa.

—¡Madre mía! Entonces, ¿sigues sin hablar con él desde que dejaste la ciudad?

—¡Así es!

Kate se llevó la mano a la boca, alucinada y repuso:

—¿Y qué haces que no sales corriendo a decirle que le amas? ¡Joder, Kate! ¡Pobrecillo! Tú sabes que él te ama. Juegas con ventaja. Pero él... Él lo mismo hasta piensa que le has olvidado.

—Él no sabe nada. Ya te digo que le pedí a David que no le contara, que prefería decírselo yo en persona.

—¿Y qué haces que no vuelas a su oficina? ¿Por qué te has plantado aquí primero, en vez de en

su apartamento? Y mira que me he alegrado de verte, pero hija, tienes un cuajo...

—Es que he dormido fatal, tengo unas pintas horribles, necesito una ducha tras el vuelo, cambiarme de ropa, y ponerme bonita para él.

Kate sonrió a su amiga, la miró con mucho cariño y le aseguró:

—Estás preciosa, amiga. No puedes hacerte una idea de lo bien que te sienta el amor.

Capítulo 26

Dos horas después, Audrey estaba muerta de nervios en las oficinas de Dunfly saludando a Betty la recepcionista, que se alegraba muchísimo de verla.

Y tras saludarse, Audrey le preguntó ansiosa por encontrarse con él:

—¿Duncan está reunido? ¿Puedo pasar a verlo?

—Llevo una mañana de locos, he tenido que ausentarme durante un rato y no sé decirte. Lo mejor será que preguntes a la señora Smith.

Audrey frunció el ceño porque no tenía ni idea de quién estaba hablando:

—¿Quién dices?

—¡Ah, perdona! ¡No la conoces! Es tu sustituta... Es muy agradable y es como tú. ¡Aguantate en el puesto, de momento! Pasa a su despacho y pregúntale.

Audrey asintió con la cabeza, se despidió de Betty y se dirigió a su antiguo despacho sintiendo que a pesar de lo que había sufrido, de lo mal que lo habían pasado los dos, todas las cosas al fin se estaban poniendo en su sitio.

Ella estaba de regreso al lugar que había sido todo su mundo, con un sueño profesional cumplido y una certeza en el corazón.

¿Se podía pedir más?

Sonrió. Llamó a la puerta del despacho de la señora Smith, ella le pidió que pasara y se presentó:

—¡Buenos días, señora Smith! Soy Audrey Lacer, la antigua asistente del señor Stone. Necesito hablar con él. ¿Está disponible en este momento?

La señora Smith, una mujer de unos sesenta años, de pelo canoso recogido en un moño bajo, achaparrada, ojos sabios y grises y cara redonda, se puso de pie, muy amable, le tendió la mano y replicó:

—Encantada, señorita Lacer. Pero llámame Margot, por favor.

—Y tú a mí, Audrey —dijo Audrey con una sonrisa afable.

—Es un placer conocerte, porque además me han hablado muy bien de ti. No hay día que el señor Stone no te nombre, *esto Audrey lo hacía así, esto así... Audrey decía, Audrey opinaba, a Audrey le gustaba...* Te tiene en el pensamiento a cada instante. Y siempre recordando tu buen hacer. Y...

Audrey se sonrojó, se encogió de hombros y la interrumpió para decir:

—Es muy halagador cuando los jefes reconocen nuestro trabajo.

—Y no solo es que reconozca tu trabajo, Audrey. Es que el señor Stone está enamorado de ti hasta las trancas.

Audrey se quedó rígida, pues lo que menos esperaba era que la señora Smith le hiciera esa tremenda confesión:

—¡Dios mío, Margot, no sé ni qué decir!

—Yo soy una mujer muy discreta, pero si estoy hablando más de la cuenta es porque he cogido mucho cariño al señor Stone en este tiempo que llevo trabajando con él. Y tú me caes genial,

aunque sea a través de lo que me han contado terceros.

—¿Cómo qué terceros? ¿Quién más te ha hablado de mí, aparte de Duncan?

La señora Smith sonrió con la mirada iluminada y respondió:

—Mi sobrino David.

—¿David Morgan es tu sobrino?

—Así es. Y mi ojito derecho. Yo no tengo hijos, pero quiero a ese niño como si fuera mío. Y digo niño porque para mí siempre lo será. Y sí, él me ha hablado también de ti. Dice que eres una chica maravillosa, inteligente, trabajadora, talentosa, dulce... Y también me ha hablado de tus platos que son deliciosos.

—Jajajaja. Sí, David es tan profesional que probó todos los platos de mi cáterin.

—¡Profesional y zampón!

—¡Sí! Se lo comió todo. Es un chico adorable. Y él es el culpable de que esté aquí. Porque yo después de huir de esta oficina al escuchar a Duncan decirme que me amaba, por puro miedo, estaba convencida de que no querría saber nada de mí. Incluso pensaba que estaría con otra, pero David me aseguró que no, que seguía amándome y esperándome. Y por eso estoy aquí...

Audrey bajó la vista, muerta de ansiedad, resopló y la señora Smith le dijo:

—Rectificar es de sabios.

—Yo tenía mucho miedo, tanto que tomé la peor de las decisiones.

La señora Smith le sonrió y repuso con una mirada de cariño enorme:

—Todos tenemos derecho a equivocarnos, Audrey. De hecho, es la única manera que tenemos de aprender. Prueba y error. No hay otra. Lo importante es aprender de los errores y saber tomar la senda adecuada.

—Por eso estoy aquí, porque sé perfectamente lo que quiero. Y no pienso desviarme ni un centímetro de mi camino.

La señora Smith la miró, y como si se conocieran de toda la vida, la abrazó con cariño:

—¡Eres una gran mujer, Audrey! No me extraña que tengas a mi jefe loco de amor.

—¡Y tú también eres genial, Margot! Porque para aguantar a Duncan como jefe hay que ser de otra pasta. Jajajajajaja.

—Sí, es un jefe un tanto...

—¿Cabrón? —musitó Audrey acabando la frase.

—Exacto, querida. Exige como nadie, es puntilloso, obsesivo, perfeccionista, lo tiene todo. Pero es también un pedazo de pan, un hombre noble, bueno y generoso, que jamás pide lo que no se ha exigido a él mismo. Yo lo admiro muchísimo.

—Y yo. Pero sé que no es fácil trabajar con él. De hecho, antes de que llegara todas las asistentes salían huyendo. Yo me quedé porque necesitaba el dinero... y bueno, luego me enamoré de él. Quiero decir que, si no tienes una motivación grande, es duro estar aquí.

—Es duro, pero yo soy fuerte. Y le he cogido mucho cariño...

Audrey sonrió agradecida de que ese tiempo hubiera estado Duncan asistido por alguien tan profesional y habló:

—Cuánto me alegro de que Duncan cuente con una persona tan formidable como tú. Muchas gracias por cuidarlo tanto, Margot.

—Es mi deber y lo hago con gusto. Y ahora pasa a su despacho, por favor, que ya es hora de que volváis a veros.

—¿No está reunido?

—No, está solo. Lleva ahí dentro toda la mañana, hace una hora le he pasado un tentempié,

tengo que estar encima de él, como una madre, porque si no se olvida hasta de comer. Está muy difuso, muy disperso, demasiado triste. Pero gracias a Dios, eso ya pasó.

Audrey respiró hondo, sonrió y de nuevo le agradeció todo a Margot, hasta que cuidara de él como si fuera una madre, y tras despedirse de ella, tomó el camino que tantas veces había recorrido hasta el despacho de Duncan.

Y ya frente a la puerta, sintió tantos nervios que las rodillas le temblaban como flanes, y en la mente se le agolparon miles de recuerdos.

Como aquella primera vez, en que tocó a esa puerta y descubrió que detrás de ella estaba el surfero que había conocido en verano.

Aquel chico con el que había tenido la aventura más loca de su vida, más excitante y más auténtica, y que para su sorpresa aún conservaba las pulseritas de cuentas de madera que le regaló aquel día en la playa.

Y después de un montón de avatares, de nuevo estaba ante esa puerta dispuesta a empezar con paso firme una nueva etapa en su vida.

Y sí, estaba que se moría de los nervios, pero convencida como nunca de que se encontraba en el lugar correcto, haciendo lo que tenía que hacer.

Por eso, llamó a la puerta con los nudillos, abrió el pomo como siempre hacía, asomó la cabeza y dijo:

—¡Buenos días, Duncan! Disculpa que te moleste, pero...

Esa frase con la que tantas veces había irrumpido en su despacho y que a Duncan le sonó a música celestial.

Tan celestial que de hecho pensó que se había quedado un poco traspuesto y acababa de escuchar la voz de Audrey.

Por eso, ni levantó la cabeza del informe que estaba leyendo, y se esforzó por concentrarse de nuevo en él, pero entonces escuchó un carraspeo y esa misma voz decir:

—Ejem... ¿Duncan, me escuchas?

Duncan levantó la cabeza, miró a la puerta y por poco no le dio algo porque no solo escuchaba, sino que estaba viendo a la mujer de su vida, en la puerta de despacho, más guapa que nunca y sonriéndole emocionado.

—¡Audrey! ¡Eres tú! ¡Dime que no me estoy volviendo loco! ¡Dime que no es una puta alucinación! ¡Dime que has vuelto!

Audrey corrió a sus brazos, llorando de la emoción, le besó en la boca desesperada y luego musitó sin parar de besarlo:

—¡Estoy aquí, Duncan! Soy yo...

Duncan le acarició el pelo, la miró a los ojos, la besó en los labios, mientras no dejaba de musitar:

—No me lo puedo creer. De verdad, dime que es cierto...

Audrey se abrazó muy fuerte a él y musitó con el corazón que se le iba a salir del pecho:

—Yo tampoco me lo creo, pero estamos juntos. Al fin...

Duncan la abrazó, con los ojos llenos de lágrimas y confesó:

—No sabes la de veces que he soñado con esto, pero te he llegado a sentir tan lejos.

Audrey le miró, estremecida de verle conmovido hasta las lágrimas y solo pudo replicar muerta de la pena:

—Perdóname por todo el dolor que te he causado.

Duncan negó con la cabeza, porque no se trataba de eso ya:

—No pidas perdón, preciosa. Si nos ponemos así, yo fui el que cometió el error de decirte que te amaba cuando aún no estabas preparada.

—Tú te limitaste a decir lo que sentías. Tú no hiciste nada mal.

—Sí, pero yo sé la herida tan grande que arrastrabas de tu relación anterior, sabía que necesitabas tiempo para pasar página definitivamente, y justo el día en que te confesé mi amor acababa de suceder lo de Dafne. Elegí el peor momento... Lo hice fatal y no me imaginas la de veces que me he culpado por ello.

Dafne le besó en los labios y le dijo convencida, y sintiendo que amaba a ese hombre con todo su corazón:

—No te culpes nunca por amar, Duncan. Tú abriste tu corazón y eso es algo maravilloso. Yo era la que tenía congelado el corazón, la que no quería sufrir, la que tenía pánico a que me hicieran daño. Pero lo que he aprendido todo este tiempo, es que la vida sin ti no es vida, que la vida sin tu amor no tiene sentido, que prefiero correr todos los riesgos a tu lado, que vivir sin ti. Por eso he vuelto, Duncan... Por eso, estoy aquí.

Capítulo 27

Duncan la besó desesperado, la besó como llevaba deseando hacerlo desde que la vio por última vez, luego casi sin aliento se separaron y él dijo:

—Te amo. Te amo como pensé que nunca lo haría. Y estaba dispuesto a esperarte lo que hiciera falta. Porque yo ya no concibo más vida que contigo.

Audrey con los ojos llenos de lágrimas, habló emocionada:

—Yo hasta hace una semana estaba convencida de que te habrías olvidado de mí, incluso que estarías con otra persona. Pero entonces apareció David Morgan y me lo contó todo.

—¿Cómo que apareció David Morgan? —preguntó Duncan que desconocía que ellos tuvieran contacto.

Y Audrey entonces cayó en que Duncan no sabía nada de lo que había sido de su vida desde que dejó las oficinas, así que le contó:

—Cuando salí de aquí, me fui a Chicago, donde alquilé un local con vivienda en el que cumplí mi sueño de tener mi propia empresa de cáterin.

—No sabía nada, Audrey. Y eso que he estado tentando de buscarte por todas partes, pero al final siempre concluía que lo mejor era respetar tu decisión. Tú me pediste que te dejara marchar y eso ha sido lo que he hecho. Eso sí, con la esperanza de que algún día regresaras. Una esperanza que muchas noches era tan vana que me sumía en un pozo de desesperación.

Audrey le miró y la verdad es que estaba muy desmejorado:

—Has perdido peso y tienes un montón de ojeras, pero sigues siendo el hombre *sexy* de siempre —dijo con una sonrisa cargada de ternura.

—Y eso que la señora Smith se empeña en cebarme, me trae guisos y de todo.

—Es un amor. La he conocido hace un rato y le he dado las gracias por cuidarte tanto.

—Me la recomendó George Morgan, es la tía de David, y es una santa porque yo no sé cómo me aguanta —reconoció Duncan con un gesto divertido.

—Es verdad que es una santa, y te adora. Y gracias a su sobrino estoy aquí, porque David me contactó para contratar mis servicios de cáterin para el hotel de Chicago. Yo le di largas, pues no quería tener nada que ver con Dafne, pero con todo insistió y él me explicó lo que había sucedido con ella y su madre.

Duncan, sintiendo un orgullo tremendo por la mujer en que se había convertido Audrey, le contó:

—George se merecía ser feliz y David es un chico brillante que está más que preparado para estar al frente de la dirección de la cadena Morgan.

—Sí que lo es. Y he cambiado el contrato y ya no me voy a ocupar del cáterin del hotel en Chicago, sino en Nueva York. Pero no solo eso, es que me ha pasado tantos contactos que tengo mi agenda llena para los próximos tres meses. ¡Y ya le tengo el ojo echado a un local!

Duncan la miró emocionado y pensó que estaba más guapa que nunca. Llevaba el pelo suelto, un maquillaje sutil y un vestido entallado azul con unos tacones a juego que no iba a olvidar en la vida.

Porque estaba perfecta. Porque era perfecta. Porque no había nadie en el mundo que fuera capaz de hacerle sentir tanto como lo estaba haciendo ella.

—¡Me alegro tanto de tus éxitos, preciosa! Has peleado tanto por conseguir tu sueño que te mereces esto y más... Porque esto solo es el principio de todo lo bueno que va a venir.

—Muchas gracias por tus palabras, Duncan. Pero tú tienes mucha culpa de mi éxito, puesto que con aquel cheque generoso...

Duncan le llevó el dedo índice a los labios para que no siguiera hablando de ese maldito cheque:

—El cheque que te merecías y punto.

Audrey entonces le miró, y al sentir el roce del dedo índice de Duncan sobre sus labios, le trajo tantos recuerdos de momentos tórridos, que entreabrió los labios, cerró los ojos, y él comenzó a acariciarlos despacio, de una comisura a otra.

Luego, Audrey sintiendo una punzada de deseo muy fuerte en su sexo, atrapó ese dedo y lo aceptó hasta el fondo.

Duncan gruñó de deseo, de un deseo que solo ella sabía desatar, sacó el dedo y le devoró la boca con una voracidad que provocó que las manos empezaran a volar por todas partes.

Duncan coló una mano por debajo del vestido y recorrió los muslos suaves hasta acabar justo ahí, en ese centro estrecho y mojado que, tras apartar a un lado la tela de la braguita, acarició con lascivia.

Audrey se estremeció entera, mientras introducía las manos por debajo de la camisa y acariciaba el torso de dios griego de ese hombre que solo tenía que estimularla un poco para ponerla al borde del orgasmo.

—¡Cómo te he echado de menos, Audrey! No hay noche que no me haya masturbado pensando en ti —reconoció hundiendo dos dedos en la estrechez.

Audrey se envaró, gimió y tras morderse los labios, musitó deseosa de mucho más:

—Y yo, Duncan. Cada noche...

Duncan apartó los dedos, cayó de rodillas ante ella y le despojó de las braguitas.

Audrey le miró con el corazón acelerado y entonces él enterró la cara en el sexo que devoró a conciencia.

A su estilo, tan él, perdiéndose en cada pliegue, lamiendo, chupando, exigiendo, hasta que Audrey no pudo más y, llevándose la mano a la boca para reprimir el grito, se corrió sintiendo que iba a desplomarse.

Pero no lo hizo, porque Duncan se puso de pie, la besó en la boca, ella saboreó su esencia, el sabor de su deseo, y luego Audrey le suplicó:

—Házmelo, Duncan. Quiero sentirte dentro. Muy profundo. Te necesito tanto...

Audrey descendió con la mano hasta la entrepierna dura, la apretó para hacerle gruñir y luego bajó la cremallera con el fin de colar la mano dentro y sentir esa maravilla en su mano.

Duncan al notar cómo la mano cálida de Audrey rodeaba su miembro y empezaba a estimularlo, le dijo muerto de la excitación:

—No tengo condones. Será en otro momento...

Audrey no podía esperar, no quería otro momento, necesitaba a su hombre justo en ese instante, y le quería así, sin nada que pudiera separarlos, porque ya habían estado demasiado tiempo el uno sin el otro.

—No quiero otro momento, Duncan. Te quiero ahora.

A Duncan se le encendió más la mirada todavía, y con unas ganas infinitas de enterrarse dentro

de ella y perderse hasta donde les llevara el placer, replicó:

—Y yo te quiero, ahora y siempre. Y estoy dispuesto a afrontar hasta la última consecuencia de mis actos, pero tú...

Audrey le miró convencida, segura, tranquila y con el corazón tan lleno que dijo:

—Yo te amo. Y quiero que sea así. Necesito sentirte de esa manera. No concibo otra. No quiero otra.

Duncan la cogió en volandas, ella rodeó el cuerpazo de ese hombre con las piernas, porque a pesar de que había perdido peso, seguía siendo un pedazo de hombre, con los músculos firmes y bien puestos, y así la llevó hasta el sofá.

La dejó encima, mientras se quitaba a toda prisa el pantalón y los calzoncillos y luego se tumbó sobre ella, clavándose hasta el fondo.

Audrey gimió al sentir esa invasión tan implacable, tan fuerte, tan como deseaba, y tras rodearle el cuello con las manos comenzó a besarle sin parar, devorándole la boca, en tanto que él la penetraba, hundiéndose hasta lo más profundo.

Como había soñado tantas noches, como quería sentirla, haciéndoselo tan duro que sentía que no iba a aguantar mucho así.

—Te necesitaba tanto, preciosa. Te deseo tanto...

—Y yo, y yo, y yo...

Y así siguieron un poco más, hasta que Duncan decidió cambiar de postura:

—Cabálgame, preciosa. Déjame verte de esa manera...

Duncan se apartó de ella, se tumbó en el suelo y Audrey ávida por llenar otra vez su vacío, se quitó el vestido y, ya totalmente desnuda, se sentó a horcajadas sobre él, clavándose entera.

—Te amo Duncan. Te amo.

Y tras decir esto, y con las manos apoyadas en el torso fornido, perfecto, espectacular, comenzó a hacérselo como una auténtica diosa.

Entregándose entera, moviendo sus caderas con ritmo, con intensidad, a veces hasta con fuerza, mientras Duncan solo podía pensar en que aquello era el paraíso.

Porque ¿qué otra cosa podía ser esa mujer tan preciosa, mirándole como jamás le había mirado nadie, con un amor inmenso y un deseo que le estaba haciendo arder en llamas, con esos pechos pequeños, de pezones duros, bamboleándose para él, y dándolo todo, fundiéndose con él, para llegar juntos a un clímax que iba a desbordarlos?

Pero lo mejor vino después, cuando Audrey, apartó las manos del torso de Duncan, las llevó a sus pezones que comenzó a pellizcar al tiempo que gemía diciendo:

—Te amo, Duncan. Te amo con todo mi ser, como jamás he amado a nadie...

Duncan al verla gozar de esa manera, descendió con una mano hasta el clítoris, hinchido, rosado, duro, y lo golpeteó como sabía que a ella le gustaba a la vez que musitaba:

—Y yo, mi amor. Eres la única a la que he amado y a la única a la que amaré...

Y tras decir esto, Duncan levantó un poco las caderas para hundirse más todavía, completamente, más duro que nunca.

De tal modo que Audrey le sintió de una manera tan intensa, tan sublime, tan desesperada, que cerró los ojos y gritó:

—Voy a correrme, Duncan... ¡Voy a correrme para ti!

Duncan al sentir que el interior mojado y estrecho comenzaba a contraerse alrededor de su miembro, al notar el clítoris más duro que nunca, se excitó tanto que también percibió cómo desde los riñones le sobrevinía una potente corriente de energía sexual que ya era imparable.

—Y yo, Audrey. Siento ya mi leche, ¿quieres que te llene con ella?

Audrey abrió los ojos, con las primeras contracciones del orgasmo estremeciéndola y suplicó:

—Quiero tu semilla, la quiero dentro de mí...

Duncan al sentir esas exquisitas contracciones apretándole, y sin dejar de mirar a esa diosa que castigaba duro sus pezones, que se entregaba como nadie a un placer sin límites, se dejó llevar y se desató la locura, pues un chorro caliente y espeso salió de su interior para llenar por completo el interior palpitante de la mujer que amaba...

Capítulo 28

Después se tumbaron los dos en el sofá, abrazados y sin decir nada, dejándose envolver por la magia del momento.

Y así estuvieron hasta que minutos después, sonó el teléfono móvil de Duncan...

—¡No pienso cogerlo! —exclamó, sin dejar de abrazar a Audrey.

—¿Y si es importante?

—No hay nada más importante que tú —respondió Duncan tras besarla en los labios.

Audrey sonrió, apoyó la cabeza en el hombro de Duncan y, justo cuando el teléfono dejó de sonar, reconoció:

—Me has curado.

—¿De qué? —preguntó él, acariciándole la espalda.

—De las heridas que tenía en mi corazón. Tú me has curado por completo, pues estoy haciendo lo que jamás pensé que volvería a hacer: amar como nunca. Amar de verdad. Amar tanto que siento que es la primera vez que lo hago.

Duncan le levantó el rostro, tomándola por la barbilla, y musitó:

—Para mí es la primera vez. Yo lo tengo muy claro, o es contigo o con nadie. No tengo más opciones.

—Yo tenía tanto miedo que mi única opción era esconderme en mi agujero. Hasta que tú con tu amor me enseñaste a que era la peor de las opciones.

—Mi amor lo vas a tener siempre, Audrey.

Audrey respiró hondo, le miró perpleja y confesó:

—Si no te conociera, que sé que jamás hablas en vano, pensaría que estás pirado.

—Puede que esté un poco pirado, pero sé que no va a haber nadie más que tú en mi corazón. Bueno, puedo hacer sitio para un par de críos y tal vez un gato. ¿Te gustan los gatos?

—Jajajajajaja. Pues, ahora que lo dices, yo siempre he querido tener un gato y llamarle Kazan.

Duncan puso una cara muy graciosa, pero amaba tanto a esa mujer que estaba dispuesto a todo, incluso hasta a transigir con el nombre del gato:

—Kazan es un nombre de perro, pero si te gusta tanto: de acuerdo. Le pondremos Kazan al gato. Y a los niños les pondremos... *Mmmm...*

Audrey se echó a reír, porque aquello no podía ser más surrealista:

—No puede ser que estemos hablando de esto. De estos temas se habla cuando llevas como tres años de noviazgo...

Duncan negó con la cabeza, porque ya había tenido suficiente castigo:

—¿Quieres un noviazgo de tres años? ¿Viviendo en casas separadas y todo ese rollo?

—A mí es que me encanta tu apartamento. Me saldría mucho más económico vivir juntos, dónde va a parar —comentó divertida.

Duncan entornó los ojos, y conteniendo las ganas de partirse de risa, replicó:

—Señorita Lacer, que se la está viendo demasiado el plumero. A ver si va a estar conmigo por mi apartamento...

—Y por tu dinero. Obviamente. El otro día leí en una revista financiera que tu compañía iba a crecer una barbaridad en los próximos cinco años.

—¡Vaya si me ha salido interesada mi novia! Eres toda una joya, nena —canturreó risueño.

Audrey se puso seria, frunció el ceño y preguntó con sumo interés:

—¿Soy tu novia?

—Después del calvario que me has hecho pasar, por lo menos me merezco ser tu novio.

Audrey sonrió otra vez, porque ese hombre sabía arrancarle sonrisas como nadie, y replicó:

—De acuerdo.

—Chica, lo dices de una manera, que parece que te estén condenando a galeras.

—Jajajajajaja. Te juro que todavía no me creo que estemos teniendo esta conversación. ¡Si hace nada te hacía siendo feliz con otra! Y ahora soy tu novia. ¡Esto es delirante! —exclamó Audrey que estaba feliz.

—Pues sí, lo es. Pero es lo que hay, señorita Lacer. Es más, podemos estropearlo más todavía y comprometernos. Si me esperas un momento, me bajo un segundo a la joyería de la esquina y te compro un anillo de pedida como Dios manda. ¿Te parece bien en oro blanco y diamantes?

Audrey soltó una carcajada porque aquello ya sí que le pareció la locura total:

—Señor Stone, tú no estás un poco pirado, tú estás pirado del todo. Esto está cogiendo una velocidad como las típicas novelas románticas que se aceleran en los últimos capítulos y de repente viene la boda y el bebé.

—El bebé lo mismo viene ya. Yo no digo nada, pero lo que acabamos de hacer... Tú me dirás.

Audrey se mordió los labios, puso una cara muy divertida y replicó:

—No creo que tengas tanta puntería, vaquero.

—Jajajajajaja. Te tenía tantas ganas, que lo mismo he apuntado al centro de la diana. Y te advierto que sería el hombre más feliz del mundo, si llegara Maximilian Darius...

Audrey le miró perpleja, y muerta de risa al escuchar ese nombre, y exclamó:

—¿Qué? ¡Me niego a llamar al niño con ese nombre!

—¿Y yo tengo que transigir con poner al gato un nombre de perro?

—Al gato le va a encantar llamarse así, pero al niño llamarse *Maxinosequé* ya te digo yo que no.

—Son los nombres de mis dos abuelos. Y si es una niña, le pondremos los nombres de tus dos abuelas.

—¿Coralina Emireth? Jajajajajaja. No, gracias. Con los nombres tan bonitos que hay... A mí me gusta: Sally. Pero ¿de verdad que estamos hablando de esto?

—Mira, lo hemos pasado tan mal este tiempo que nos merecemos hablar de esto. Te confieso que yo me había hecho la idea de que cuando tuvieras noventa años o así, por fin escucharías a tu corazón.

—¿Y me habrías esperado tanto?

Duncan arqueó una ceja, puso cara de chico malo y respondió:

—¿Tú que crees?

Audrey sonrió y dijo con una convicción absoluta, porque es que no tenía más que mirar al hombre que amaba para saberlo:

—Creo que me amas, que me amas de verdad, con todo lo que soy. Y eso es tan bonito, señor Stone...

—Sí que lo es. Y estoy tan feliz que le voy a decir a Margot que anule todas las citas de hoy, y tú y yo nos vamos a ir a casa.

—¿Tú vas a cancelar tus citas de hoy? ¿Pero si jamás has hecho eso?

Duncan sabía que iba a decirle algo parecido, pero es que todo había cambiado:

—Estoy enamorado. ¿Qué quieres que haga? Esta locura va a ser solo la primera de todas las que vendrán después.

Audrey le besó en los labios, se abrazó a él y musitó feliz como no recordaba:

—Genial. Yo estoy abierta a todas las locuras. Y hoy, déjame que te prepare unos platos nuevos que he inventado. En Chicago han causado una auténtica expectación.

Duncan la besó de una forma muy *sexy* en el cuello y luego le susurró al oído:

—Hazme lo que quieras.

—Deseo sobre todo que pruebes un plato que hago con una mezcla de lo más sorprendente y explosiva entre lo dulce y lo salado.

Duncan le mordisqueó el labio inferior, mientras decía con ganas de todo otra vez:

—Tú sí que tienes una mezcla perfecta de dulce y salado...

Audrey le agarró por el cuello, le besó en la boca con auténtico deseo, y luego musitó:

—Madre mía, ¡lo que me estaba perdiendo por mis puñeteros miedos!

—Deja de torturarte con eso. Lo hemos pasado fatal, pero nos ha servido para darnos cuenta de lo importante. Eso es con lo que debemos quedarnos... Con eso y con que has vuelto convertida en una empresaria de éxito jodidamente *sexy*.

Audrey se echó a reír, abrazó a Duncan muy fuerte y sintió no solo que era su hombre, sino que por fin estaba en casa...

EPÍLOGO

Dos años después, Audrey estaba vestida de novia en la misma playa de Malibú donde conoció a Duncan, dispuesta a darle el sí quiero.

Era verano, estaba anocheciendo y Audrey llevaba un vestido blanco, de estilo bohemio, y una corona de flores frescas en la cabeza.

Duncan iba también vestido de blanco, pantalón y camisa, muy Malibú, y no podía dejar de mirar embobado a la novia que estaba preciosa.

Y es que aún no se creía que eso estuviera pasando, que Audrey estuviera a punto de casarse con él y que la pequeña Sally los mirara desde la primera fila tan tranquila en los brazos de su abuela.

Porque sí, aquel día apuntó demasiado bien, y a los nueve meses del reencuentro vino ella.

El mejor regalo que les había dado la vida. Una niña preciosa, cariñosa y divertida que les tenía completamente enamorados.

Y junto a ella y a todas las personas que les querían estaban celebrando esa boda junto al mar, la que los dos habían soñado tantas veces, sencilla, mágica y muy especial.

Una boda íntima, bajo una pérgola blanca, y sin más decoración que unas telas blancas, sillas azules, flores frescas y antorchas de bambú.

No necesitaban nada más, porque el protagonista absoluto solo podía ser el amor que los había llevado a dar ese paso tan importante.

Un amor que habían aprendido a construir y a alimentar cada día, y por el que estaban dispuestos a luchar hasta el final de sus días.

Un amor que era posible gracias a muchas de las personas que estaban en esa ceremonia: Kate que siempre había apostado por esa relación, la señora Lacer que ayudó a Audrey a enfrentarse a sus miedos, David que fue crucial para despejar tantas dudas, la señora Smith que cuidó de Duncan cuando se quedó solo...

Incluso estaba hasta la señora Lee que fue la culpable de que Audrey soltara aquella mentirijilla que provocó de alguna manera que se convirtiera en la emprendedora que era.

Porque su negocio seguía creciendo como la espuma y el de Duncan igual...

Eran muy afortunados, pero más allá de lo material, se sentían afortunados porque solo tenían que mirarse para sentir que se tenían el uno al otro. Que pasara lo que pasase iban a estar juntos para afrontar todo lo que viniera.

Y eso era algo tan profundo y tan bello que, cuando el oficiante de la ceremonia les preguntó que si se aceptaban como esposos, los dos dijeron sí sin ningún tipo de duda o de reserva en el corazón.

Luego, se besaron emocionados y todos rompieron a aplaudir porque esa historia de amor tenía el final que se merecía.

Y ya terminada la ceremonia, cuando acababan de convertirse en marido y mujer, Duncan tendió la mano a Audrey y ella se percató entonces de algo:

—No me puedo creer que te hayas casado con las pulseritas que te regalé en este mismo lugar.

Duncan sonrió, asintió y dijo divertido con la vista puesta en las pulseras:

—Me han dado mucha suerte y no pienso arriesgar. Yo no me las voy a quitar en la vida.

—Pero imagino que algún día se acabarán rompiendo...

—De momento, aquí están —dijo Duncan, mostrándoselas risueño.

Audrey se echó a reír y, recordando tantos momentos vividos, replicó:

—Anda que si me llegan a decir todo lo que me esperaba el día que te regalé las pulseras...

—Si te lo hubieran dicho: ¡habrías salido corriendo! Por eso, lo mejor es que en la vida todo sea sorpresa —repuso Duncan.

Sin embargo, Audrey le rodeó el cuello con las manos y, tras negar con la cabeza, habló:

—No. No habría salido corriendo. Habría pensado que era imposible disfrutar de tanta felicidad.

—¿De verdad? —inquirió Duncan, arqueando una ceja.

—De verdad. Hemos pasado por momentos duros y difíciles...

—Como cuando fui tu jefe... —recordó Duncan poniendo una cara muy graciosa.

—Aún recuerdo la sorpresa que me llevé cuando abrí la puerta de tu despacho y te vi. Lo primero que pensé fue ¿qué clase de broma es esta? Tú eras el tío con el que tuve la mejor aventura de mi vida. Un surfero que suponía que trabajaba de camarero o similar. ¡Pero no un jefe! Y más mi jefe. Es que no daba crédito. Tú no podías ser mi jefe. Era delirante.

—Y encima estaba comprometido con la bruja.

—Anoche me contó David que trabaja en un *outlet* de ropa usada vendiendo gangas a 5 dólares. Es el único lugar donde la han aceptado para trabajar.

—Es que George le ha puesto como condición para pasarle una asignación que trabaje, en lo que sea, pero que trabaje. Y a ella no le ha quedado más remedio que aceptar ese empleo. Está que trina, porque es la primera vez que trabaja de verdad. Y ya era hora ¿no te parece?

—Ojalá encuentre su lugar en el mundo y pueda ser feliz algún día —respondió Audrey, sin resquemor.

Duncan, admirado de que su esposa no le guardara rencor a esa mujer que se había portado tan mal con ella, replicó:

—Eres maravillosa, Audrey. Tienes un corazón tan bonito como enorme.

—Un corazón que guardé bajo siete llaves, pero que solo tú supiste abrir con tu amor inquebrantable.

—Es que ya no puedo hacer otra cosa más que amarte...

Audrey le miró con los ojos llenos de lágrimas, le besó en los labios y luego musitó:

—Ni yo, Duncan. Ni yo.

Y después de un convite de lo más divertido y de bailar hasta las tantas, disfrutaron de una maravillosa noche de bodas en la que hubo tanto amor que engendraron esa misma madrugada a Max, porque lo de Maximilian Darius era demasiado.

Un bebé que lo primero que hizo nada más venir al mundo fue engancharse a las pulseras de su papá y romperlas de un tirón:

—¡Menudas zarpas que tiene este Max! —exclamó Duncan, mirando con orgullo a su hijo.

Audrey, que no podía sentir más amor al ver a Duncan con su hijo en brazos, afirmó:

—Tiene mucha fuerza, nuestro pequeñín.

—Y es muy listo. Puesto que ¿sabes por qué me ha roto las pulseras?

Audrey sonrió, negó con la cabeza y masculló:

—¿Por qué?

—Porque tu madre me ha llamado hace un rato para decirme que Sally se ha encariñado con un gatito que se han encontrado en la puerta de casa.

Audrey sin entender nada, pestañeó muy deprisa y preguntó:

—¿Cómo?

—Que ya estamos todos. Solo faltaba Kazan y lo acaba de encontrar Sally...

Audrey se percató entonces de que estaba hablando de aquella conversación tan loca que tuvieron el día del reencuentro:

—¡No me digas que ya tenemos gato! —exclamó entusiasmada.

—Sí, dice tu madre que es guapísimo. Por eso, este me ha roto las pulseras, porque sabe que es imposible que yo tenga más suerte en la vida. Contigo, con Sally, con él y con Kazan: ¡yo ya no puedo pedir más! Lo tengo todo, preciosa. Absolutamente todo.

Audrey le miró emocionada, porque su marido tenía razón. No podían pedir nada más. Y luego le dijo:

—Cuando hablamos de niños y demás, te prometo que pensé que estabas pirado, pero ahora sé que te lo mereces todo por haberte atrevido a amar, por haber creído y confiado, por haberme enseñado a dejar atrás hasta el último de mis miedos y por dármelo todo, absolutamente todo.

Duncan colocó al pequeño Max en el regazo de su madre, la besó en los labios y musitó:

—Tú sí que me lo das a mí, preciosa.

Y entonces, sucedió que los dos se miraron con la certeza de que aquello tan hermoso que tenían iba a ser para siempre.

A pesar de todo y con todo, para siempre.

Como así fue.

NOTA DE LA AUTORA

Miles de gracias por llegar hasta aquí, por leer y apostar por esta historia que he escrito con todo mi cariño.

Si tú la has disfrutado, si te has emocionado y si te ha hecho sentir cosas, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon para que pudiera servir de ayuda a otras lectoras que estén buscando próximas lecturas.

Y cómo no, también me gustaría aprovechar el momento para dar las gracias a todas las lectoras que me siguen desde mis primeros libros y que sé que estáis ahí, esperando cada lanzamiento.

Sois geniales y os debo todo. Gracias infinitas.

Y ya, por último, déjame que te recuerde que, si quieres estar al tanto de mis novedades y demás, me puedes encontrar en Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100009232082162>

¡Allí nos vemos! ¡Y felices lecturas!